Iris Blythe Grey

Querida Sofía



IRIS BLYTHE GREY

Querida Sofía

Copyright © 2025 by Iris Blythe Grey

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

Safe Creative: 2507182530069

Contents

1. Maya
2. Sofía
3. Maya
4. Sofía
5. Maya
6. Sofía
7. Maya
8. Sofía
9. Maya
10. Sofía
11. Maya
12. Sofía

1

Maya



Hay dos tipos de lunes. Los que empiezan con café derramado en la camiseta a las 7:03, y los que lo hacen a las 7:04. Hoy, claramente, vivía al límite: el café impactó a las 7:03 en punto. Pecho izquierdo. Blanco alcanzado. Doble diana.

Me quedé mirando la mancha como si me hubiera insultado personalmente. Mi taza decía "La orientadora más normalita del mundo" en letras doradas medio borradas. La ironía no pasaba desapercibida.

—Genial —murmuré, intentando secar el tejido con una servilleta de 2019 y un nivel de optimismo del todo injustificado.

La oficina olía a limpiador industrial, ansiedad adolescente y traición en forma de grano de café. De camino al fregadero, me di con la esquina del escritorio. Otra vez. Porque, al parecer, a mis treinta y pocos, la conciencia espacial sigue siendo un mito.

La impresora ya estaba en plena insurrección. Parpadeaba con un "ERROR: ATASCO DE PAPEL" escrito en esa fuente pasivo-agresiva que te odia hasta a nivel molecular. El Wi-Fi flotaba entre "inexistente" y "crisis diplomática". Y el radiador hacía unos chasquidos inquietantes, como si intentase decir en código Morse: Sal. De. Aquí.

Bienvenidos al Instituto Rosemont, donde mi trabajo como orientadora escolar consiste en un 30 % de terapia, un 30 % de control de daños y un 40 %

de averiguar qué estudiante ha vuelto a fumar porros en el baño de la tercera planta.

Me dejé caer en la silla, que crujió como si pidiera la jubilación anticipada, y eché un vistazo a mi despacho. Acogedor. O al menos esa es la palabra que usarías si acogedor significara una caja de zapatos con trauma incluido. Pilas de carpetas a punto de colapsar, una planta medio muerta, y una placa motivacional rota que antes decía "¡Tú marcas la diferencia!" y ahora sólo decía "Tú marcas la dif". La verdad, bastante acertado.

Acerqué el portátil e intenté aparentar que era una adulta funcional y profesional, una persona que no se había abrasado un pezón con café rancio hacía diez minutos. Este era el trabajo. Estabilidad. Rutina. Respiraciones profundas. Ayudar a que los adolescentes no implosionen mientras lidio, en silencio, con mi propia crisis de identidad en combustión lenta.

Llamaron a la puerta y pegué tal respingo que me clavé una grapa en el dedo.

—¿Señorita Bell? —Una alumna asomó la cabeza—. Mi madre dice que o hablo con alguien o me quita el móvil, así que…

Le hice un gesto para que pasara con una sonrisa resignada.

—Has venido al lugar adecuado. Siéntate y cuéntame tu equipaje emocional. Intentaré no sangrar encima de ti.

Parpadeó mirando la grapa incrustada en mi pulgar.

—Es broma —dije—. Casi.

Se sentó y sacó el móvil, dándole al play antes de que pudiera ofrecerle una de esas fichas genéricas sobre "emociones y por qué existen aunque las odiemos".

Y entonces ocurrió.

Una voz salió del altavoz. Familiar. Brillante. Como miel con un toque de sarcasmo.

Y yo sentí cómo mi alma abandonaba el cuerpo en tiempo récord.

Al principio no lo asocié. La alumna —¿Emma? ¿Emily? ¿Algo con E?— divagaba sobre cómo su mejor amiga la había bloqueado en BeReal y que eso era, literalmente, "terrorismo psicológico", mientras yo asentía con expresión de adulta funcional y rebuscaba en una pila de fichas terapéuticas caducadas que nadie usaba jamás.

Y entonces la oí.

La voz.

Suave. Segura. Con ese deje divertido, como quien lee un poema de amor mientras se burla de sí misma. Sentí la columna vertebral erguirse de golpe, como si me hubieran dado una descarga.

Esa voz.

Levanté la mirada, entrecerrando los ojos hacia el móvil que había dejado boca arriba sobre el escritorio. Como si no fuera un teléfono, sino una mina emocional a punto de estallar.

La pantalla mostraba una app de pódcast. Episodio 146: *La carta que lo cambió todo*.

El estómago se me dio la vuelta.

Conocía esa voz. Me la sabía de memoria. La había seguido por pasillos, aulas y gradas durante más de un año. En la época en que llevaba camisetas de anime dos tallas más grandes y evitaba el contacto visual como si me fuera la vida en ello. En la época en la que la única forma que tenía de ser sincera era a través de una carta que juré no volver a oír jamás.

Sofía Rey.

Por supuesto que era ella.

Por supuesto que el universo, en su infinita crueldad, había traído su voz a mi despacho por Bluetooth.

—¿Es Sofía Rey? —pregunté, sin que mi cerebro tuviera tiempo de interceptar a mi boca.

Emma-Emily-Eloise se iluminó.

—¡Sí! ¿A que es increíble? Está leyendo una carta que alguien le escribió cuando era adolescente. Es súper romántica. Lloro siempre que la escucho.

Parpadeé.

—¿Qué tipo de carta?

—Ya verás —dijo ella, sonriendo como si no acabara de hacer estallar diez años de represión emocional con un solo clip de audio.

Podría haber parado el episodio.

Debería haberlo parado.

Pero mis manos no respondían. Se habían quedado pegadas a los reposabrazos como si me hubieran atado a una montaña rusa emocional

diseñada por Satanás y distribuida por Spotify.

El audio siguió.

La voz de Sofía descendió apenas un tono. Ese susurro que se usa al leer algo íntimo. Podía oír su sonrisa. Y entonces dijo:

—A veces, cuando te ríes, siento que el mundo vuelve a tener sentido…

Mis pulmones se olvidaron de respirar.

—…y luego recuerdo que yo no estoy en él.

No.

No no no no no.

Me puse de pie tan rápido que la silla salió rodando hacia atrás y chocó contra el archivador. La alumna dio un bote.

—¿Está bien? —preguntó, de verdad preocupada.

—Bien —logré decir, aunque mi corazón intentaba escapar por la clavícula.

Esa frase.

Esa. Maldita. Frase.

La había escrito yo. Con un boli Bic mordido. En la parte de atrás de un examen de Literatura. En el baño del segundo piso. Todavía podía oler el jabón barato y la angustia existencial.

Y ahora Sofía la estaba leyendo. En voz alta. Para el mundo. Con millones de oyentes y una dicción perfecta y un tono que convertía mi vómito emocional adolescente en algo que sonaba a poesía real.

Iba a morir. Ahí mismo. En ese despacho. Con Wi-Fi intermitente y una alumna que pensaba que BeReal era una amenaza geopolítica válida.

Y sinceramente, lo veía justo.

Se me cayó la carpeta que tenía en las manos. No con elegancia. No con dignidad. Fue una de esas traiciones completas del cuerpo en las que los dedos se rinden, y toda la pila de documentos decide suicidarse a lo grande por el suelo.

El estruendo fue importante. De simulacro de incendio, como poco.

Nombre-con-E dio un respingo en la silla.

—Guau.

—Estoy bien —dije por inercia, ya agachada recogiendo papeles mientras fingía que no estaba teniendo un colapso interno de proporciones bíblicas.

Intenté respirar. Inhalar. Exhalar. Mantener la compostura. Tal vez esto no era real. Tal vez había muerto en 2012 y esto era el infierno. A ver, explicaría lo del café y la moqueta.

El pódcast seguía. La voz de Sofía aún llenaba la habitación, dulce y serena, con ese matiz de cuidado reverencial… como si estuviera sosteniendo algo frágil. Algo mío. Mi corazón garabateado a los diecisiete.

Recogí la última ficha y me dejé caer en la silla con la elegancia de un mapache sedado.

Sofía seguía leyendo.

—Me tiemblan las manos cada vez que pasas a mi lado y finges que no existo…

No. Basta. No puedo.

Clavé la mirada en la estantería del fondo e intenté pensar en cualquier otra cosa. En Hacienda. En el deshielo del Ártico. En aquella vez que me corté el flequillo en la universidad y acabé pareciendo una niña victoriana poseída. Cualquier cosa.

—Esto no está pasando —susurré.

—¿Perdón? —preguntó la alumna.

—Que fascinante —mentí, con la energía de un pepino de mar.

No servía de nada. Ni el sarcasmo. Ni respirar hondo. Ni la maldita mancha de café que seguía floreciendo en mi camiseta como una flor del oprobio.

Estaba teniendo un ataque de pánico. Vestido de khakis y con la acreditación de orientadora colgada al cuello.

Debería haber quemado aquella carta. Haberla triturado y esparcido las cenizas en un volcán. Ni siquiera tendría que haberla escrito. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué fui una adolescente llena de hormonas, anhelos reprimidos y esa vena poética estúpida que arruina vidas diez años más tarde?

Sofía leyó otro párrafo y se rió. No de mí—de la frase. Con ternura. Como si significara algo. Como si aún importara.

La alumna se sonó la nariz.

—Siempre me hace llorar. ¿Usted escucha su pódcast?

—Todas las noches mientras grito al vacío —contesté. Y sólo medio en broma.

Seguía leyendo.

Línea tras línea.

Cada sílaba arrancada directamente de mi alma de diecisiete años, ahora pulida por el tiempo y lanzada al mundo por la misma chica a la que iba dirigida.

Me quedé completamente quieta. Como una lagartija intentando no existir, mientras mi sistema nervioso decidía inmolarse en directo.

La voz de Sofía bajó aún más, como si temiera que las palabras se espantaran.

—Nunca dije esto en voz alta. Ni a ti, ni a nadie. Pero solía pensar… que si alguna vez me mirabas como miras a la gente que de verdad ves, quizá dejaría de sentirme invisible.

La alumna dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Uf. Estaba enamorada.

Ya ves, Sherlock.

Clavé la vista en el techo, intentando abandonar mi cuerpo por pura fuerza de voluntad. Nada funcionaba. Seguía allí. Atrapada en mi despacho de confesionario cutre, escuchando mis sentimientos secretos narrados como si fueran un audiolibro premiado.

Y para rematar, la alumna parecía al borde del llanto. Como si estuviera a punto de escribir su propia carta y entregársela a su crush entre clase y clase. Mientras tanto, yo estaba a un solo suspiro de vomitar en la papelera de reciclaje.

Sofía hizo una pausa. Pequeña. Justo antes del último párrafo. Ese tipo de pausa que se te mete bajo la piel.

—No sé si alguna vez leerás esto. Ni siquiera sé si quiero que lo hagas. Pero si lo haces… solo quiero que sepas que hiciste que alguien sintiera algo bueno. Algo real. Aunque no fuera tu intención.

Silencio.

Ese silencio que envuelve la garganta como una bufanda de seda: suave, elegante… y absolutamente letal.

Y entonces:

—Nunca supe quién escribió esa carta —dijo Sofía, con la voz cargada de algo parecido a la nostalgia—. Pero si me estás escuchando… gracias. Por

hacerme sentir vista, antes siquiera de saber quién era.

Me atraganté.

Literalmente.

Empecé a toser como una huérfana victoriana con tuberculosis. La alumna se asustó.

—¿De verdad está bien?

—Sí —dije con voz ronca—. Todo bien. Solo… emociones. Traumas. Y la lenta toma de conciencia de que ya no queda nada sagrado.

Me ofreció su botella de agua. La rechacé con un gesto mártir.

Por dentro, me estaba resquebrajando. No llorando, no. Agrietándome. Como si alguien hubiese rebobinado una cinta VHS de mi peor año y ahora la estuviera emitiendo en streaming para todo el planeta.

Ella no lo sabía.

Todavía no lo sabía.

Y aun así… había guardado la carta. La recordaba. Había sentido algo.

Eso debería haberme consolado.

No lo hizo.

Me sentía expuesta. Desnuda por dentro. Mi verdad más hormonal y ridícula convertida en contenido. En tendencia, probablemente. Hashtag "misteriosa lesbiana poética", o lo que sea.

Quería huir. O esconderme. O gritar en una almohada hasta que mis antepasadas me oyeran.

Pero me reí.

Un poco. Una risa breve, sin aliento. Fuera de lugar.

La alumna me miró de reojo.

—¿Segura que está bien?

Asentí.

—Absolutamente. De maravilla.

Porque si lo repites lo suficiente, quizá un día llegue a ser verdad.

Cuando se fue —aún con los ojos brillantes, murmurando algo sobre "destino queer" y "cartas de amor" y "voy a escribir la mía"— asentí con la solemnidad de una anciana lesbiana sabia y cerré la puerta en cuanto su coleta desapareció por el pasillo.

Luego la eché con llave.

Después, me dejé caer en la silla como protagonista trágica de una novela decimonónica, pero sin la gracia ni los pómulos.

Vale.

Hora de evaluar daños.

Hecho: esa era mi carta. Hecho: Sofía la había leído. En voz alta. A desconocidos. Hecho: no me había reducido a cenizas en el acto, lo cual, sinceramente, me parecía una falta de respeto por parte del universo.

Respiré hondo, cerré los ojos y apoyé la cabeza en el respaldo de la silla.

—Voy a morir —dije, con total serenidad, mirando al techo.

Y el techo, en toda su sabia decrepitud beige, no respondió nada.

Abrí los ojos y me quedé mirando el patrón de las baldosas manchadas del techo hasta que mi cerebro dejó de gritar. Entonces, como hace cualquiera en momentos de horror existencial, empecé a hacer una lista mental.

Personas que podrían saber que escribí esa carta:

—Yo.

—Satán.

—Dios, tal vez.

—Nadie más. Probablemente. Espero. POR FAVOR.

Nunca se lo conté a nadie. Ni siquiera la firmé. Fui la reina adolescente de la negación plausible. Un fantasma en mi propia historia de amor.

Sin iniciales. Sin letra reconocible. Ni siquiera usé el mismo papel que en clase. Quemé el borrador, por el amor de Dios.

A menos que…

Me incorporé de golpe. Ojos entrecerrados. Mente en ebullición.

Había una posibilidad.

El borrador. La versión original. La vomitera emocional sin filtros que nunca quise conservar, pero que tampoco fui capaz de tirar porque, aparentemente, tengo los instintos de acumuladora emocional de un mapache en terapia.

Estaba en una caja. En alguna parte.

Enterrada bajo libros de texto de la universidad, bolígrafos secos y el peso insoportable de mi dignidad.

Me hice una nota mental: encontrarla. Y quemarla. De verdad esta vez. Con fuego, salvia, y si hace falta, un exorcista.

Porque si alguien la veía… si Sofía llegaba a ponerle las manos encima…

No. Demasiado arriesgado.

Puede que no me recuerde, pero tonta no es. Acabaría uniendo las piezas. La letra. Las frases. Mi obsesión adolescente con las metáforas y los sentimientos.

¿Y luego qué?

—Hola, soy la friki de segundo que se derrumbó en secreto por tu brillo de labios con olor a fresa y te escribió una carta de amor anónima que jamás pensé que acabarías leyendo en voz alta para millones de personas una década más tarde. ¿Tomamos un café y lo hablamos?

Sí, claro. Ni de coña.

Cogí el cojín pequeño del sofá de la oficina —el que supuestamente es para comodidad del alumnado pero que yo uso para mis espirales postalmuerzo— y me acurruqué en él boca abajo.

Tal vez, si me quedaba lo suficientemente quieta, el tiempo me ignoraría. Como un oso pasando de un zarigüeya muerta. O como Sofía Rey ignorando a la chica emocionalmente inestable de la tercera fila en 2012.

—No estoy aquí —susurré al cojín—. No puedes percibirme.

Maya está mal. Pero de forma sarcástica y altamente identificable.

Al final dejé de esconderme como criatura del bosque y me incorporé. A duras penas.

El portátil seguía abierto, inocente, con la ventana del pódcast en pantalla como si no acabara de destriparme emocionalmente desde dentro. Debería haberlo cerrado hacía una hora. O haberlo tirado por la ventana. O donarlo a un monasterio donde el Wi-Fi sea pésimo y los sentimientos vayan a morir.

Pero no lo hice.

Porque, muy en el fondo, aún estaba escuchando.

La voz de Sofía tenía otro tono ahora. Más bajo. Más íntimo. Ese que la gente usa cuando cree que nadie les oye —aunque, por supuesto, es cuando todo el mundo escucha.

—Siempre me he preguntado quién escribió esa carta —dijo—. A veces la imaginaba. En mi cabeza. Cómo sería. Qué sintió al meterla en mi taquilla. Si me vio leerla. Si se arrepintió alguna vez de haberla escrito.

Tragué saliva. Demasiado fuerte.

¿Arrepentirme? Todos los martes desde 2013, gracias por preguntar.

—Y la verdad —continuó Sofía— es que no sé quién es. Y probablemente nunca lo sabré. Pero solo quiero que sepa…

Pausa.

Mi estómago se encogió como una estrella moribunda.

—…que sus palabras me salvaron. En aquel momento. De una forma que nada más lo hizo. Yo aún no sabía quién era. No del todo. Pero alguien ahí fuera sí lo sabía. Y me hizo sentir vista antes siquiera de entender lo que significaba.

Parpadeé. Una vez. Otra.

La emoción intentó subir por mi garganta como una invitada no deseada en un funeral. La reprimí con cinta americana emocional y un extintor mental.

—Supongo que solo quiero decir… si estás escuchando —dijo en voz baja —, gracias.

El audio se desvaneció.

El episodio terminó.

Silencio.

Miré la pantalla como si me hubiera traicionado personalmente.

Y entonces, con toda la teatralidad de una viuda victoriana que acaba de recibir un telegrama con malas noticias, cerré el portátil.

Despacio.

Con intención.

Como si fuera un ataúd.

Y susurré, porque de verdad no había nada más que decir:

—Matadme. Pero que sea rápido.

Y ahí estaba. Mi lunes. Mi maldito, manchado, embrujado lunes. Con impresoras muertas, adolescentes confusos, y la repentina resurrección viral del artefacto emocional más vergonzoso de mi vida.

Me levanté, me estiré y traté de recuperar algo parecido a la dignidad. Spoiler: fracasé.

En algún lugar del mundo, millones de personas acababan de escuchar a Sofía Rey leer mis palabras y dar las gracias a una desconocida.

Y no tenía ni idea de que esa desconocida era yo.

Al menos… aún no.

Me giré hacia el espejo de la puerta de mi despacho. El pelo electrizado, la camiseta aún manchada, y una cara que parecía la de alguien a quien el destino acaba de bajarle los pantalones en público.

Así que, como era lo lógico, sonreí a mi reflejo y dije:

—Estupendo inicio de semana, Bell. Lo estás petando.

2

Sofía



Lo primero que vi al bajarme del taxi fue un cartel escrito a mano que decía:

"¡Bienvenida a casa, Sofía Rey! ¡Tenemos emociones y dulces caseros!"

Lo segundo fue una mujer que se parecía sospechosamente a mi profesora de tercero de primaria, cruzando la plaza del pueblo a la carrera con una bandeja de empanadillas en forma de corazón, gritando:

—¡Eres la de la carta!

Así que sí. Empezábamos con fuerza.

El aire olía a nostalgia, humedad… y quizá a entusiasmo horneado en exceso.

Tuve exactamente tres segundos para respirar ese "madre mía, este sitio no ha cambiado nada en diez años" antes de que comenzara el desfile humano de bienvenida. Abrazos. Chillidos. Selfies. Un tipo me dio una bolsa de tela pintada a mano con el lema *Equipo Carta Misteriosa*. Otro me colocó entre los brazos un tarro con una especie de mermelada rosa gelatinosa y susurró:

—Es mermelada de amor de frambuesa. Para inspirarte.

Alguien puso el pódcast a todo volumen en un altavoz Bluetooth. Otra persona lloró. Juraría que un niño pequeño me pidió matrimonio.

Aun así, mantuve la grabadora encendida. Siempre lo hago. En cuanto puse un pie fuera del coche, pulsé "grabar", porque si hay algo que he aprendido tras

años hablando de amor, rarezas y todas las catástrofes preciosas que hay entre medias… es que el mejor material siempre aparece cuando menos te lo esperas.

—Soy Sofía Rey —susurré, medio riéndome, al micrófono—. Estoy de vuelta en el pueblo donde llevé sandalias de gelatina sin rastro de ironía. Me rodea el afecto pastelero y una inquietante búsqueda organizada para encontrar a la autora de una carta de amor que accidentalmente convertí en viral. Enviad ayuda. O más empanadillas.

Una mujer que me sonaba vagamente de la oficina de correos se me echó encima con los brazos abiertos.

—¡Has vuelto! —lloró.

—Al parecer —sonreí, intentando no morir asfixiada entre perfume de lavanda y euforia colectiva.

Todo el mundo —y cuando digo todo, quiero decir TODO— quería saber si había averiguado quién escribió la carta. Aquella carta que leí en el pódcast hace dos semanas, que se volvió viral sin previo aviso, que generó miles de mensajes privados y creó una subcultura online entera de detectives queer y teóricos del amor. TikTok seguía haciendo montajes con fondo de piano lento.

—No sabía que una carta de amor podía generar un fandom —murmuré, esquivando el abrazo bienintencionado de alguien que, tal vez, fue mi canguro en algún momento.

Sobre la panadería del pueblo colgaba una pancarta:

¿QUIÉN ES LA CHICA DE LA CARTA? ¡ENCUÉNTRALA Y CENA CON SOFÍA REY!

Había galletitas con mis iniciales. Un puesto de camisetas. Una rifa.

En algún punto entre "icónico" y "por favor, basta ya", me convertí en leyenda del folclore gay local.

Y quizá eso no estaba tan mal.

Quizá.

Lo que nadie te cuenta sobre volverte viral es que, en algún momento, la historia deja de ser tuya.

Todo el mundo quería hablar de la carta. Del misterio. De la historia de amor sin nombre. De la tragedia poética que suponía no saber quién me había escrito aquellas líneas. Querían imaginarme como una especie de musa queer

de diecisiete años, recibiendo declaraciones anónimas como si fuera una Cenicienta sáfica.

Pero la verdad fue otra.

Era un jueves. La carta estaba arrugada y un poco húmeda, como si la hubieran metido a presión en mi taquilla. Mi mejor amiga de entonces —Olivia— la encontró antes que yo, leyó las dos primeras líneas y gritó:

—OH DIOS MÍO, ALGUIEN ESTÁ OBSESIONADA CONTIGO.

Yo llevaba una camiseta de tirantes a rayas, demasiado eyeliner y la resiliencia emocional de una toallita húmeda. Acababa de suspender un examen de mates. Me acuerdo porque, en cuanto Olivia empezó a leer la carta en voz alta, mi único pensamiento fue: **por favor, que se abra la tierra y me trague. Ahora.**

La carta era preciosa. Honesta. Desordenada en esa forma tan particular que tiene el amor adolescente. Cada palabra era como una linterna diminuta apuntando a una parte de mí que aún no sabía cómo nombrar.

Y por eso mismo… me reí.

Demasiado alto. Demasiado tiempo. Hice un comentario estúpido, algo tipo: "**Vaya, a alguien le va la poesía trágica.**" Y todos a mi alrededor se rieron también, porque eso es lo que haces cuando tienes diecisiete años y estás aterrada ante la posibilidad de que alguien… realmente te vea.

Esa noche la volví a leer. A solas. En mi cuarto. Con los auriculares puestos, acurrucada bajo el edredón rosa, con el corazón latiendo como si supiera algo que yo aún no entendía. Tracé la caligrafía con el dedo. Releí la frase sobre mi risa y el mundo cobrando sentido. Lloré un poco. Y luego escondí la carta en el cajón de los calcetines, como si pudiera explotar si la miraba demasiado rato.

Nunca se la enseñé a nadie más.

Pero tampoco la tiré.

Me convencí de que era porque quería resolver el misterio. Encontrar a la persona que la escribió. Darle las gracias, quizá. Pero la verdad es que no estaba preparada para saberlo.

Porque si descubría quién era… la historia se volvía real.

Y si era real, tal vez ya la había arruinado.

Así que hice lo que haría cualquier adolescente emocionalmente atascada: la enterré bajo viejas paletas de maquillaje y me negué a aceptar nada.

Diez años después, la he leído en voz alta para todo el mundo. He llorado al micrófono, convertido mi confusión privada en catarsis pública… y, de alguna manera, he hecho carrera de ello.

Pero ese instante —ese microsegundo en el que me reí en lugar de escuchar — todavía me persigue.

Así que sí.

Este viaje no va solo de encontrarla.

Va de enfrentarme a quien fui cuando aún no sabía dar las gracias. Cuando no entendía que ser vista da miedo… y a la vez lo es todo.

Que quede claro: no he venido aquí para convertirme en símbolo ambulante del anhelo adolescente.

He venido a grabar un pódcast. A cerrar una etapa, si acaso. A comer un churro. Fin.

Pero al segundo día, ya había salido tres veces en la radio local, besado a un bebé (de procedencia incierta) y recibido un mapa dibujado a mano titulado "Sospechosas posibles: Operación Carta de Amor".

Así que sí, todo iba sobre ruedas.

Lo más surrealista fue lo del concurso de Radio Rosemont —lema: "Más estática, menos política"—, que organizó una especie de gincana emocional por todo el pueblo:

Encuentra a la Autora y Gana una Cena con Sofía Rey.

Primer premio: contacto visual incómodo y pasta recalentada conmigo.

Segundo: tarros de mermelada con forma de corazón, cortesía de la esposa del alcalde.

Tercero: una sesión de terapia. Supuestamente.

Me senté en la cabina de grabación junto a una DJ que llevaba una sudadera que decía "Las chicas tristes crean buen contenido" y sonreía como si todo aquello fuera completamente normal.

—¿Tienes alguna pista de quién podría ser? —preguntó.

—Ninguna —respondí con la mejor de mis sonrisas—. El punto de una carta anónima es… el anonimato.

Ella me guiñó un ojo.

—Pero esperas que aparezca, ¿verdad?

No respondí.

Porque sí. Lo esperaba. Y me fastidiaba lo mucho que lo hacía.

Fuera, un grupo de adolescentes me seguía por la plaza preguntando si alguna vez había salido con una tal Carolina. Uno llevaba un cartel que decía *Equipo Bibliotecaria*. Otro, una petición para renombrar la plaza principal como **Plaza del Amor Sin Nombre**.

Me sentía como un desfile del Orgullo sobre ruedas organizado por un pueblo con cinco semáforos y una fe desmesurada en el romanticismo.

Parte de mí quería gritar. Otra —probablemente la parte que guardó esa carta durante diez años— lo adoraba un poco.

Era como estar dentro de una telenovela de bajo presupuesto, de esas con luces suaves, ángulos de cámara raros y al menos un monólogo dramático por episodio. Y yo era la protagonista. La queer. Con historia.

Y sí, era ridículo.

Pero también… un poquito mágico.

Volví a encender la grabadora mientras caminaba por el centro del pueblo.

—Nota mental —dije al micrófono—: la próxima vez que leas en voz alta una carta de amor escrita por una adolescente, asegúrate de estar emocionalmente preparada para que tu pueblo convierta la experiencia en una búsqueda del tesoro con tintes paganos y emociones sáficas.

De fondo, un grupo de señoras mayores discutía si la autora de la carta podría haber sido una estudiante de intercambio de Valencia.

Una de ellas me vio y saludó con entusiasmo.

—¡Sofía! ¡Estamos horneando cupcakes queer para mañana!

Les devolví el saludo. Por supuesto que lo estaban.

Por mucho que quisiera fingir que todo esto se me escapaba de las manos… sabía que no era verdad.

Esto no era una simple parada en el camino. Era una especie de peregrinación.

Y de algún modo, entre los tarros de mermelada, las rifas y las abuelas convertidas en investigadoras aficionadas, empezaba a parecer algo más.

Algo para lo que no estaba del todo preparada.

Pero tal vez… no quería estarlo.

Tal vez lo único que deseaba era ser encontrada.

He leído cientos de cartas desde entonces.

Las envían al programa constantemente. Cartas de ruptura, de perdón, de cumpleaños que nunca se entregaron. La mitad son desastres divertidos que acaban con un "P.D.: todavía tengo tu sudadera".

Pero esta…

Esta se me metió bajo la piel.

No pedía nada. No confesaba con dramatismo ni proponía huidas románticas. Solo… me veía.

Y eso me aterraba.

Lo he intentado, de verdad. He revisado anuarios, mirado fotos, recordado rostros, hecho listas. Las he tachado. Las he reimaginado.

Pero sigo sin saber quién era.

La autora.

La chica que, con diecisiete años, pensó que yo merecía ese tipo de honestidad. Ese tipo de amor vulnerable, sin red.

Y lo que más me duele es esto:

Creo que no lo merecía.

No entonces.

Porque hay algo que nadie te explica sobre crecer siendo queer en un pueblo pequeño: no sales del armario una sola vez. Sales cada día. En cada mirada, cada silencio, cada palabra que no dices. Y a veces te haces tan experta en fingir que no te importa… que olvidas cómo decir la verdad.

Ella la dijo.

Y yo me reí.

No era mi intención. Pero lo hice. Y ese fue el momento que se me quedó grabado. No la belleza de la carta. No el calor. No el anhelo. No la esperanza.

Lo que recordé fue la risa.

Así que tal vez no quiera encontrarla solo para darle las gracias. Tal vez lo que quiero es pedirle perdón. Por tener miedo. Por tratar con descuido algo sagrado. Por no reconocer la valentía cuando me la deslizaron por la ranura de la taquilla, escrita a mano.

Tal vez lo que quiero es tener una segunda oportunidad para responder.

Todavía recuerdo cómo se sentía el papel. Liso. Ligeramente cálido, como si alguien lo hubiera sostenido durante un buen rato antes de soltarlo.

Recuerdo haberlo leído una y otra vez aquella noche. Pensando:

¿Alguien me ve así?

Y justo después:

¿De verdad lo merezco?

Esa segunda pregunta me ha acompañado más tiempo que las propias palabras.

Creo que por eso nunca la tiré. Por eso la guardé, incluso en la universidad, incluso después de mudarme a Nueva York, comprar plantas carísimas y convertirme en alguien que dice cosas como "contenido emocionalmente resonante".

Porque nadie me había mirado así antes. No a los ojos. Al alma.

Ella sí.

Y ahora quiero saber su nombre. Su voz. Su expresión al escribir esas palabras.

Pero más que nada… quiero saber si lo decía de verdad.

Porque si lo hacía…

Dios.

¿Qué se supone que dices ante algo así?

Pasear por Rosemont es como ser perseguida por una versión adolescente de mí misma que no se calla.

"**¿Te acuerdas de esta panadería?**"

"**Aquí te dieron tu primer chupetón.**"

"**Usaste ese banco hasta desgastarlo, escribiendo en tu diario de Lisa Frank mientras te autoboicoteabas emocionalmente.**"

Cada rincón es un recuerdo. Cada farola, una trampa emocional. Y no sé si he venido para recordar… o para reescribir.

El pueblo no ha cambiado mucho. Y eso es lo inquietante. Las aceras siguen agrietadas en los mismos sitios. El mural desvaído del centro comunitario aún parece una bandera del Orgullo vomitada sobre un paisaje bucólico. El cartel del instituto todavía tiene la bombilla fundida que convierte "Tigres de Rosemont" en "Tigres del Terror" cuando cae la noche.

Pasé por la tienda de golosinas que me obsesionaba. Sigue igual: ventanas pegajosas, carteles escritos a mano, cinturones ácidos a precio de oro. No entré. No estaba lista para saber si la chica del mostrador me recordaba como "la que compraba regaliz y lloraba al salir de clase".

En su lugar, tomé el callejón que bordea la plaza. El atajo que solía usar cuando no quería cruzarme con nadie.

Sigue oliendo a asfalto caliente y virutas de lápiz. No sé por qué, pero sí.

Al final del camino, justo detrás de la biblioteca, estaba el banco. Antiguo, oxidado, ridículamente pequeño para reflexiones de tamaño adulto. Y aun así, me senté. Porque la nostalgia es una masoquista de manual.

Aquí solía sentarme después de clase, cuando aún no podía ir a casa. Cuando casa se sentía como un escenario y yo no estaba lista para interpretar ningún papel. Escribía en libretas con bolígrafos de purpurina, fingiendo que algún día alguien escribiría una carta para mí.

Y ahora estoy aquí. Otra vez. Fingiendo, en parte.

Porque la verdad es que… no me reconozco del todo en este lugar.

Me fui con diecinueve. Me escapé, más bien. Sin mirar atrás. Me mudé a la ciudad, construí un nombre, levanté un escudo. Qué curioso que el éxito se parezca tanto a la distancia.

Y aun así, sentada en ese banco de metal oxidado, me sentí de nuevo con diecisiete. No en plan *throwback cute*, sino en plan *creía haber sanado esto y resulta que no*.

Un perro ladró. Sonó una campana. La brisa olía a cloro y verano.

Y la recordé a ella.

No su cara. No su voz. Pero sí la sensación. Ese tirón lento y cálido de sentir que alguien te mira sin juzgar. Como si viera algo en ti que tú aún no sabías que existía.

Ya no me siento como aquella versión de mí. Pero recuerdo lo que necesitaba.

Y tal vez… por eso estoy aquí.

No por respuestas. No por cierre.

Solo para comprobar si todavía es posible que alguien te mire así.

Cuando el sol empezó a derretirse detrás de las colinas, ya había recorrido el pueblo dos veces y acumulado tres cupcakes, una flor prensada y siete

teorías completamente contradictorias sobre quién escribió la carta.

¿Mi favorita? Que fue mi profesor de mates de segundo de bachillerato, el señor Calderón, "como metáfora".

¿La peor? Que me la escribí yo misma. Para generar contenido.

(Sí. Alguien lo preguntó. Con total seriedad).

De vuelta en la pensión donde me hospedaba, me quité los zapatos, me dejé caer en la cama y me quedé mirando el techo de madera como si fuera a darme respuestas si pestañeaba lo suficiente.

No lo hizo.

Cogí de nuevo la grabadora, porque a veces la única forma que tengo de entender las cosas es hablándolas en voz alta. Al vacío. Al micro. A las partes de mí que no visito tanto como debería.

—Aquí estoy —dije en voz baja—. Día uno de vuelta en el sitio al que juré no regresar salvo por boda o funeral. Y técnicamente, aún no ha ocurrido ninguno.

Pausa. Silencio. De ese que solo conocen los pueblos pequeños.

Y entonces:

—No sé si quiero encontrarla.

Salió sin avisar. Crudo. Honesto.

—Una parte de mí piensa… que quizá es mejor no saberlo. Que la magia de esa carta era eso. Que existía sin pedir nada. Que era pura. Caótica. Valiente.

Me incorporé. Me froté la nuca.

—Pero la otra parte de mí —la más grande, la más ruidosa, la más inoportuna— necesita saberlo. Porque hay algo en todo esto que nunca me ha dejado en paz. Y ahora que lo he dicho en voz alta, que lo he compartido con el mundo, que he invitado esta avalancha de emociones… no creo que pueda echarme atrás.

Miré por la ventana. El cielo se teñía de rosa y oro, como si supiera cómo terminar las cosas mejor que yo.

—Quizá esto no va de ella —dije—. Quizá va de mí.

Y sí, es una frase de autoayuda. Pero también era cierta.

Porque por mucho que me haya convencido de que todo esto va del pódcast, de la historia, de darles a otras chicas queer el cierre que yo no tuve… no es solo eso.

Va de la chica que me escribió esa carta.

Y de la que yo era al leerla.

Y de la mujer que soy ahora, aún preguntándose si un amor tan verdadero desaparece alguna vez del todo.

Apagué la grabadora.

Me tumbé de nuevo.

Dejé que el peso del día se me acomodara en los huesos.

En algún lugar —quizá aún en este mismo pueblo— estaba la persona que me hizo sentir vista antes de que yo supiera siquiera cómo mirar hacia dentro.

Y ahora…

No sé qué espero.

Pero esto sí lo sé: no he vuelto solo para contar una historia.

He vuelto porque algo inacabado me ha llamado a casa.

Y empiezo a pensar… que la chica que escribió aquella carta está mucho más cerca de lo que imagino.

3

Maya



Hay dos tipos de crisis escolares. Las que implican simulacros de incendio y verdaderas emergencias… y las que giran en torno a cartas de amor lésbicas virales leídas en voz alta en Spotify.

Adivinad cuál me ha tocado vivir.

Desde el momento en que la voz de Sofía Rey salió flotando del móvil de una adolescente la semana pasada y detonó **la carta**, el instituto entero se convirtió en una especie de serie policíaca escrita por un grupo de adolescentes inestables emocionalmente y demasiado entregados al teatro.

Esta mañana, al llegar a la oficina de orientación, me encontré con un tablero de conspiración pegado a la puerta.

Literalmente. Un tablero de conspiración.

Hilos rojos, capturas impresas, fotos borrosas del anuario y, en el centro, un gran corazón brillante con purpurina donde se leía: "**Chica misteriosa** 💌". Había post-its con interrogantes. Alguien incluso había creado un código QR que te llevaba a una encuesta: *¿Quién crees que escribió la carta?* Las opciones incluían: "Esa alumna de último curso que se transfirió a Valencia" y "¿La señorita Bell? 👀"

Sí.

Yo.

Obviamente, le saqué una foto. Por pruebas. Y porque si me hunden, al menos que haya capturas.

Dentro, el caos era aún peor.

Una alumna en el pasillo tenía una libreta titulada *Perfiles de sospechosas*, con bocetos incluidos. Otro grupo estaba grabando un TikTok delante de mi oficina, haciendo playback del pódcast como si fuera un monólogo de Broadway.

Mi escritorio había sido desplazado. Otra vez. Creo que alguien lo usó como escenario para recreaciones dramáticas.

¿La sala de tutorías? Transformada, al parecer, en sala de interrogatorios. Una chica de segundo intentó psicoanalizarme durante nuestra sesión.

—Señorita Bell, ¿usted cree que el amor puede trascender el anonimato?

—Creo en los límites —respondí—. ¿Tienes los deberes de mates?

Entrecerró los ojos como si acabara de esquivar una investigación del FBI.

—Entonces admite que podría haberla escrito.

—Admito que has llegado diez minutos tarde y que estás emocionalmente sobreinvolucrada.

Su amiga intervino:

—Seguro que fue ella.

Apreté la grapadora con una sonrisa. No precisamente dulce.

Más tarde, pillé a dos estudiantes espiando fuera de mi despacho, susurrando algo sobre mi "vibra". Al parecer, tengo la justa dosis de misterio para ser poética, pero también la distancia emocional de alguien con secretos oscuros.

Gracias. Se llama trauma y dependencia de la cafeína.

A cuarta hora, alguien puso una lista de reproducción en los altavoces del instituto titulada *Para la chica que escribió la carta*. La canción número dos era "You Belong with Me", versión de Taylor. Obviamente.

¿Y yo?

Yo me senté en mi silla, sorbiendo café frío y calculando si podría fingir mi muerte sin que se notara demasiado.

Porque mientras todo el mundo jugaba a detectives del amor, yo era… la autora original. La culpable con todas las letras.

Armada con una sonrisa sarcástica, una planta medio muerta y una necesidad creciente de meterme debajo del suelo.

Y lo peor es que nadie —ni una sola persona— lo ha descubierto aún.

Salvo, quizá, la única que de verdad importa.

Y ella ha vuelto.

Si crees que los adolescentes son intensos, es porque nunca has pisado la sala de profesores de un instituto durante un misterio viral en pleno apogeo.

A la hora de comer, el profesorado había perdido por completo el juicio.

El de mates, Matthew, apareció con una hoja de cálculo que incluía "indicadores de personalidad" y "posibles inclinaciones poéticas" de antiguas alumnas que podrían encajar con el estilo de la carta. La presentó como si optara a una plaza fija en criminología sentimental.

—Desde un punto de vista estadístico —dijo mientras masticaba un apio—, apuesto por la profesora de biología de 2009. ¿La recordáis? Escribía haikus en los márgenes de los exámenes.

—Se jubiló en 2017 —dije, sorbiendo mi té recalentado y esforzándome por mantener los ojos emocionalmente muertos.

—Aun así —añadió, golpeando la mesa con su bolígrafo como si fuera un mazo judicial—, es una candidata sólida. El romanticismo no se jubila con el sistema educativo.

—O —intervino Sarah, del departamento de Historia—, ¿y si fue alguien que sigue aquí?

Y me miró.

A mí.

Como si estuviera testificando en un juicio por asesinato.

Le levanté una ceja y le dediqué mi mejor sonrisa de "como vuelvas a insinuarlo te lanzo el yogur".

—Si hubiera sido yo —dije—, al menos habría terminado la carta con una frase decente, ¿no?

Eso provocó algunas risas.

Me gané unos cuatro segundos de tranquilidad… hasta que apareció el señor Bianchi —el profe de teatro más entusiasta del mundo— y sacó de su chaqueta una pluma estilográfica. Literal.

—Solo digo —declaró— que la estructura, la cadencia emocional, la elección de palabras… es demasiado sofisticado para una adolescente media. Esto lo escribió alguien con sangre literaria. Alguien que entiende el anhelo. Alguien que… edita.

—Madre mía —murmuré—, ¿estás haciendo análisis grafológico?

Se encogió de hombros, imperturbable.

—Es por amor. Todo vale en el pódcast y la poesía.

Al otro lado de la sala, alguien había dibujado un corazón en la pizarra blanca con la frase **¿Quién es ella?** escrita debajo, como si estuviéramos en una grabación en directo de *Pequeñas mentirosas: versión claustrofóbica del claustro*.

Y por supuesto, alguien —probablemente el profe de Educación Física— añadió un enorme signo de interrogación rojo junto a mi nombre. Con rotulador de pizarra. De los permanentes.

Me quedé mirando la pizarra un segundo de más. Lo justo para que mi corazón gritara **HUYE**, pero no lo suficiente como para que mi cara delatase nada.

Hace años que perfeccioné la cara neutra.

—¿Estás bien, Maya? —preguntó Matthew.

—Siempre —respondí, alargando las sílabas como si estuviera grabando un vídeo de rehenes.

Cogí un plátano que no me apetecía y lo pelé con la furia silenciosa de alguien que perfectamente podría haber escrito esa carta… y que jamás lo admitiría.

Porque estas personas —con toda su buena voluntad y su sueldo congelado — no tienen ni idea.

Y no necesitan tenerla.

Porque si miran más de cerca… si empiezan a hacer preguntas de verdad, yo no tendré que confesar nada.

Mi cara lo hará por mí.

Si hubiera sabido que Sofía Rey iba a volver a este instituto luciendo como si viniera directamente de una entrevista en un programa matinal sobre estilo de vida queer, habría fingido estar enferma.

O habría simulado un ataque de rabia. O pedido entrar en un programa de protección de testigos.

Cualquier cosa menos esto.

Porque cuando entró —botas de cuero, americana perfecta, esa elegancia casual que grita "he sobrevivido a mis traumas y ahora los monetizo"— todo el instituto contuvo la respiración.

¿Crees que exagero?

La señora del comedor se llevó la mano al pecho y murmuró:

—Ay, pero qué guapa.

El profe de gimnasia se sonrojó.

El profe de gimnasia.

Un grupo de estudiantes susurraba "Ya está aquí. Ya está aquí", como si hubieran visto a Beyoncé repostando en una gasolinera.

Y Sofía… solo sonreía. Esa sonrisa suya, tranquila, entrenada para los medios, devastadora. De esas que podrían vender leche de avena o iniciar una revolución, según el ángulo de la luz.

Yo me quedé en el pasillo. Medio oculta tras la máquina de snacks, bebiendo de mi taza agrietada que dice *No me hables hasta que te haya orientado emocionalmente*, intentando mantener suficiente riego cerebral como para no desmayarme.

Y sin embargo, ella… parecía exactamente igual.

Solo que más.

La última vez que la vi tenía diecisiete, se reía con sus amigas y no tenía ni idea del accidente a cámara lenta que había provocado en mi pecho. Y ahora estaba ahí. Misma risa. Misma luz. Solo que esta vez el mundo sí estaba prestando atención.

—¡SOF! —gritó alguien, porque aparentemente ahora todas somos íntimas. Ella giró la cabeza, saludó con la mano y dijo:

—¡Encantada de volver!

Encantada de volver.

Claro que sí.

La observé desde las sombras mientras los alumnos la rodeaban. Como polillas. Polillas hormonadas, digitales y absolutamente entregadas.

Uno le regaló una pulsera de cuentas que decía **LETTER GIRL**.

Otro le pidió que firmara su iPad. Con un lápiz digital.

La directora la abrazó. **La directora**. Llevo cinco años trabajando aquí y todavía me llama "la que es buena con los límites".

Pero Sofía…

Sofía recibe un abrazo. Y un discurso. Y probablemente le pongan su nombre a un edificio si se queda lo suficiente.

El profesorado la adoraba, cómo no. Sarah se ofreció a hacerle un tour por el instituto, sonriendo como si estuvieran en una comedia romántica ambientada en el trabajo. Matthew intentó citar su pódcast… y tropezó con su propia represión emocional.

¿Y yo?

Yo me quedé inmóvil, viendo cómo la chica a la que escribí una carta de amor —la que se rió, se fue, y se convirtió en voz, rostro y fenómeno— regresaba al sitio del que yo nunca me fui.

Ella recibió aplausos.

Yo esta mañana he recibido una caja de zumo… lanzada al contenedor de reciclaje con saña.

Todo bien.

De verdad.

Porque ella es Sofía Rey. Querida nacional del colectivo. Presentadora de *Entre dulce y punzante*. Poeta de los corazones rotos.

Y yo soy Maya Bell.

Orientadora de instituto. Duende local del caos. Autora de una carta anónima que se niega a morir.

No hay comparación.

Excepto que…

Entonces me miró.

Y durante un segundo —uno solo— sus ojos recorrieron el pasillo como si estuviera buscando algo.

O a alguien.

Y luego volvió a sonreír.

Pero no a mí.

Todavía no.

Estaba en la sala de profesores, fingiendo que rellenaba el tarro del azúcar, cuando se abrió la puerta y Dios dijo: "No vas a librarte de esta."

Solo que Dios, en este caso, era Sofía Rey.

Entró como si el edificio le perteneciera —que emocionalmente, probablemente ya lo hace— y saludó con uno de esos asentimientos casuales que hacen que cualquiera en un radio de dos metros se sienta protagonista de su propia serie.

Llevaba un café en una mano, el móvil en la otra, y un blazer del color exacto de la autoconfianza silenciosa… y la destrucción. De esos conjuntos que gritan: *he procesado mi trauma y lo he convertido en contenido de marca*.

Yo, mientras tanto, llevaba una rebeca sacada de la caja de objetos perdidos… y unos zapatos que chirrían cada vez que cambio de peso.

No me vio. No al principio. Estaba demasiado ocupada sonriéndole a Sarah, que en ese instante se convirtió en la versión humana de un signo de exclamación.

Las observé hablar. Cómodas. Naturales. Como gente que sabe comunicarse en público, en pódcasts, en luces tenues. No como yo, cuyo estilo de interacción social se basa en sarcasmo y pánico contenido.

Me quedé quieta, con un sobrecito de azúcar en la mano, rogando al universo que me volviera invisible.

Y entonces me miró.

Y todo se paró.

Sus ojos se encontraron con los míos, y por un momento —un respiro— hubo algo.

No reconocimiento, exactamente. No certeza.

Pero algo.

Un parpadeo. Una pausa.

Como si su cerebro estuviera hojeando un viejo anuario mental y casi, casi, aterrizara en mí.

Me quedé helada. Postura rígida. Manos en suspensión. Cara a medio camino entre "compañera cordial" y "ciervo existencial atrapado en los faros".

Inclinó un poco la cabeza. Apenas un centímetro.

Y entonces Sarah dijo algo… y el hechizo se rompió.

Sofía sonrió. Esa sonrisa perfecta, ensayada. Y volvió a su conversación.

Solté el aire sin darme cuenta. Típico. Mis pulmones no han evolucionado desde 2012.

Retrocedí hacia la nevera, agarré un yogur que no quería y salí de la sala con la retirada estratégica de un personaje secundario que evita meterse en la trama principal.

Ya en el pasillo, empecé a pasear como un personaje del *Sims* con necesidades bajas y problemas de ruta.

Me ha visto.

Me ha visto.

¿Me ha reconocido?

No. Probablemente no. He cambiado. Llevo flequillo. Gafas. Y la energía vital de alguien que lloró una vez en una reunión con padres porque un alumno dijo:

"**Eres como… recursos humanos, pero de adolescentes.**"

Pero aun así.

Esa mirada.

Ese momento.

Había algo en sus ojos. Algo justo detrás. Como si estuviera a punto de recordarme.

Y eso es peor que si no me recordara en absoluto.

Tiré el yogur a la basura y me alejé deprisa.

Más deprisa de lo necesario.

Porque si lo recuerda —si encaja las piezas— no tengo ni idea de qué va a pasar.

Y no estoy preparada.

Aún no.

Todo empieza con un sonido.

Su risa.

Clara, afilada, cálida.

No se burlaba. No era cruel. Solo… fuerte. Fuerte como para romper algo.

Recuerdo perfectamente dónde estaba. Todo el mundo dice eso sobre los traumas, ¿no? Como si fueran catástrofes naturales o fiestas nacionales.

Pero para mí fue un jueves. Cuarta hora. Calor pegajoso, uniforme sudado. Estaba escondida tras el carrito de libros junto al patio, fingiendo que

ordenaba unos folletos que nadie jamás leía.

Y Sofía… estaba leyendo mi carta en voz alta.

A sus amigas.

Vi primero el sobre en su mano: arrugado, manchado, aún caliente por haberlo apretado como si fuera un secreto. Lo había metido en su taquilla con la precisión de una agente encubierta. Sin nombre. Sin firma. Solo esperanza doblada en cuatro.

No sabía que yo la estaba mirando. No se suponía que debía mirarla.

Pero no pude evitarlo.

Asomé un poco tras el carrito y la vi abrirla. Inclinar la cabeza, apartarse el pelo de la cara. Sonreír al leer las primeras líneas, suave y confundida.

Y entonces… se rió.

La risa de verdad.

Después, la voz de Olivia —tan cortante como siempre— soltó:

—Madre mía, esto es de culebrón.

Y alguien más añadió:

—¿Quién escribe así? Parece un Crepúsculo lésbico.

Sofía volvió a reír. Más fuerte.

No dijo nada cruel. No directamente.

Solo leyó otra línea.

"**A veces, cuando te ríes, parece que el mundo vuelve a tener sentido…**"

Sentí que se me colapsaban los pulmones.

El aire se volvió espeso. Recuerdo eso. Como si quisiera empujarme fuera de aquel momento antes de que me ahogara del todo.

Ellas siguieron hablando. Siguieron adivinando. Siguieron riendo.

Y yo me quedé ahí, con el corazón hecho trizas, cada célula de mi cuerpo gritando que corriera. Pero no lo hice.

Me quedé quieta. Paralizada por la vergüenza y la incredulidad, viendo cómo todo lo que me había atrevido a sentir se convertía en un chiste.

Fue ahí cuando pasó.

Ahí se levantó el muro.

El que no he parado de reforzar desde entonces —con bromas, con desvíos, con sarcasmo convertido en armadura.

Porque le di mi corazón.

Y ella se rió.

No importa que no fuera con maldad. No importa que tuviera diecisiete años, que estuviera asustada, abrumada.

Lo que importa es que en cuanto habló, me volví invisible.

Y no he dejado de serlo desde entonces.

Ni siquiera ahora. Ni después del pódcast, ni de la fama viral, ni de su regreso.

Ella sigue sin saberlo.

Y yo… sigo sin poder olvidarlo.

Así que cada vez que alguien dice "Me pregunto quién la escribió", yo sonrío.

Y cada vez que ella entra en una sala, yo miro hacia otro lado.

Porque ser invisible duele.

Pero que te vean… y luego te olviden…

Eso es aún peor.

Esto es lo que me repito:

Ya no soy la chica de la carta. Esta no es mi historia. Esto es un arco nostálgico de un pódcast y yo soy la figurante que organiza talleres vocacionales y llora en el aparcamiento por los recortes.

Eso es todo.

Esa es la verdad.

O eso creía.

Porque, por lo visto, mi cuerpo no se ha enterado.

Cada vez que Sofía pasa por el pasillo, algo dentro de mí se activa. No en plan montaje de comedia romántica. Más bien como una fuga de gas que nadie reportó.

Empiezo a notarlo en las manos —tensas, temblorosas—, luego en el pecho. Como si las costillas encogieran para hacer sitio a un recuerdo que nunca pedí revivir. Mi cerebro se llena de estática. Mi boca olvida cómo saludar. ¿Mis piernas? Inútiles. Sirven para pasear en círculos, y poco más.

Me repito: **esto ya pasó**.

Fue hace diez años. Drama adolescente. Hormonas. Papelería bonita.

Pero ahora ha vuelto.

Y está en todas partes.

Habla con la directora sobre programas de empatía. Se hace selfies con el alumnado de arte. Se sienta en "mi" lado de la sala de profesores, con las piernas cruzadas, tomando café y riéndose como si este edificio no estuviera lleno de los fantasmas de todo lo que alguna vez sentí.

Y lo peor.

Lo peor es que sigue siendo buena persona.

Incluso más.

Como si aquella versión de ella a la que le escribí —segura, magnética, sin quererlo tierna— se hubiera hecho realidad. Ya no es un misterio. Es una persona. Una que sostiene la mirada como si importara. Una que se aprende los nombres. Una que convierte cualquier sala en calor.

Y debería hacerlo más fácil.

Pero no lo hace.

Llevo una década archivando esa carta bajo la etiqueta de *cosas que duelen pero me hicieron más fuerte*. Me he construido toda una identidad en torno a soltarla.

Entonces… ¿por qué cada vez que ella me mira siento que algo me tira?

Como si la gravedad se aburriera y decidiera cambiar sus reglas solo para nosotras.

No quiero una segunda oportunidad. No quiero que me recuerde. No quiero volver a meterme en este lío.

Solo quiero…

Dios, ni siquiera lo sé.

¿Paz? ¿Cierre? ¿La capacidad de pasar a su lado sin sentir que estoy en una película indie en cámara lenta con banda sonora de Phoebe Bridgers?

Y sin embargo, aquí estoy.

Evitando miradas. Evitando espejos. Evitando esa parte de mí que sigue escribiendo cartas en su cabeza y finge que es solo journaling.

No estoy aquí para un reencuentro romántico. Estoy aquí por el sueldo, el plan de pensiones, y con suerte una barrita de cereales olvidada en la enfermería.

¿Lo demás?

Lo demás es historia antigua.

Historia que a veces lleva americana azul marino y se apoya en la fotocopiadora como si posara para una editorial de moda.

Historia que huele a canela… y a un cierre que no me puedo permitir.

Historia que, por un instante, me miró como si… como si tal vez recordara algo.

Pero está bien.

No es nada.

Fue hace diez años.

Y sin embargo, aquí estamos.

Respirando el mismo aire.

Otra vez.

4

Sofía



He hecho muchas cosas incómodas en mi vida. Una vez presenté un episodio en directo de mi pódcast en un bar de vinos de Brooklyn donde el sistema de sonido murió a mitad de una confesión y alguien me lanzó una magdalena vegana al escenario. Una vez, por error, le mandé un mensaje subido de tono a mi terapeuta. Y ahora, al parecer, me toca entrar en la sala de profesores de un instituto y ser recibida por un iceberg humano con falda lápiz.

—¿Señorita Rey? —dijo la secretaria—. Su coordinadora para el taller está al final del pasillo. Estará con Maya Bell hoy.

Maya Bell.

El nombre no me decía nada.

Pero en cuanto crucé la puerta del aula y la vi—alta, con una postura impecable, el cárdigan abotonado como si fuera una armadura emocional—lo sentí.

Esa chispa interna extraña. Como entrar en una audición equivocada y darte cuenta de que todo el mundo conoce el guion menos tú.

No sonrió. Ni siquiera con ese gesto educado de "puedes invadir mi espacio, pero solo porque tengo beneficios laborales". Solo asintió, los brazos cruzados, como si preferiría estar en cualquier otro sitio.

—¡Hola! —dije, con un entusiasmo que rozaba lo exagerado—. Soy Sofía.

Asintió de nuevo, tan levemente que parecía más bien una cuestión existencial.

—Lo sé.

Claro. Por supuesto que lo sabía. Había estado en su bandeja de entrada, en su correo del centro, en su calendario. Probablemente también en sus pesadillas a estas alturas.

—Bueno —intenté de nuevo—, gracias por encargarte de esto. Espero que no sea demasiada molestia.

Giró ligeramente la cabeza.

—Hemos sobrevivido a epidemias de vapeo adolescente y a un incendio provocado por pegamento con purpurina. Sobreviviremos a ti.

Parpadeé. ¿Eso era… sarcasmo?

¿O simple hostilidad con buena dicción?

Fuera lo que fuese, me golpeó como una bofetada envuelta en seda. Ese tipo de tono que te deja sin saber si reír, disculparte o inventarte una excusa y salir por la ventana.

—Vale, entonces —dije, ajustándome la blusa e intentando mantener la compostura—. ¿Vamos al aula?

No respondió de inmediato. Simplemente se dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo, los tacones marcando el ritmo como signos de puntuación. Yo la seguí.

Porque, ¿qué otra cosa podía hacer?

El aire entre nosotras era tan denso que podrías embotellarlo y venderlo como Tensión: Eau de Remordimiento Escolar.

No volvió a hablar hasta llegar a la puerta. Entonces, con el tono más seco que he oído jamás:

—Intenta que el daño emocional no supere las tres horas. Tenemos exámenes de mates en la siguiente hora.

Sonreí. Una sonrisa tensa. Controlada. De esas que se usan cuando sabes que acabas de entrar en algo personal y complicado, y no estás segura de si eres la intrusa o el blanco.

Y al cruzar el umbral de esa clase iluminada por fluorescentes, no pude evitar pensar:

He entrado en entrevistas, firmas de libros y directos con más confianza que esto.

Pero Maya Bell no se sentía como una audiencia.

Se sentía como un espejo.

Y no tenía ni idea de lo que estaba reflejando.

Había preparado esta sesión. Lo juro.

Material impreso, preguntas abiertas, transiciones suaves hacia la vulnerabilidad. Incluso me había traído mi voz de pódcast calmada, esa que uso cuando digo cosas como: "Cuéntame tu primer desamor" y de verdad quiero saberlo.

Pero para cuando crucé la puerta del aula, ya era demasiado tarde.

El ambiente estaba cargado de cafeína, curiosidad y esa urgencia emocional sin filtros tan propia de los adolescentes. La mitad del alumnado miraba el móvil; la otra mitad susurraba teorías como si estuvieran a punto de destapar una conspiración. Y, por supuesto, todos callaron justo en el instante en que abrí la boca.

Lo cual, por supuesto, fue peor.

—Hola —empecé, dejando mi botella de agua sobre la mesa con una dignidad que no sentía en absoluto—. Soy Sofía Rey, y hoy vamos a hablar sobre la conexión emocional: qué significa sentirse visto y cómo crear espacios para relaciones auténticas y significativas.

No había terminado de respirar cuando varias manos se alzaron al unísono.

—¿Vas a hablar de la carta?

—¿Y si la persona que la escribió está en esta sala?

—¿Era tu novia?

—¿Crees que fue una profe? Porque, la verdad, tiene ese rollo.

Desde el fondo del aula, Maya dejó escapar una tos seca.

Giré la cabeza tan rápido que casi me lesiono el cuello.

Estaba sentada tras un escritorio, en una esquina, una mano en una carpeta y la otra sujetando lo que supuse era una pelota antiestrés camuflada como bolígrafo. Su expresión oscilaba entre "estoy bien" y "voy a prender fuego al edificio sin remordimientos".

—Quizá deberíamos… empezar hablando de los límites —dije, forzando mi mejor sonrisa profesional. Que probablemente parecía la misma cara que pondría si Hacienda decidiera auditarme en directo.

Una chica de la primera fila levantó la mano con teatralidad.

—¿Crees que no supiste quién la escribió porque eras, en plan, demasiado popular para ver a quienes sí te veían de verdad?

Parpadeé.

No lo dijo con malicia. Era una pregunta genuina. Curiosa. Incluso un poco triste.

Maya no tosió esta vez. Solo se movió ligeramente en la silla.

La clase se volvió, de pronto, demasiado silenciosa.

—Yo… —empecé a responder, pero las palabras se me atascaron.

Quise decir: No, no era popular, estaba aterrada. Sonreía para que la gente no mirase demasiado de cerca. No notaba a nadie porque no quería que nadie me notase a mí.

Pero lo único que logré decir fue:

—Es un buen punto.

Otra mano.

—¿Alguna vez has recibido otra carta así?

—¿Sigues pensando en ella?

—¿Saldrías con la autora si se presentara?

Y en medio de ese aluvión, cometí el error de mirar a Maya.

Sus ojos eran indescifrables.

Como una habitación cerrada con llave.

Como un poema que olvidaste haber escrito, hasta que alguien empieza a leerlo en voz alta.

Y no pude evitar pensar: fuera lo que fuese en lo que acabo de meterme, ella ya llevaba tiempo hundida hasta el cuello.

¿Conoces esa sensación cuando vas conduciendo, te das cuenta de que te has pasado la salida… y ya estás a diez kilómetros del desvío más cercano?

Así se sentía este taller.

Solo que en lugar de autopista, era un aula llena de adolescentes en modo detective emocional.

Y en lugar de un giro equivocado, era yo. Tropezando con frases que creía tener dominadas y cayendo en emociones que ni sabía que seguían abiertas.

Intenté reconducir la sesión hacia el guion. Incluso pronuncié la palabra "temario" como si eso pudiera salvarme.

Spoiler: no lo hizo.

El alumnado era como sabuesos. Olfateaban cada pausa, cada mirada nerviosa, cada frase con carga oculta.

—Entonces… si no sabías quién la escribió —dijo una chica con dos piercings en la nariz y una pegatina que ponía "rata bollera" en el portátil—, ¿eso quiere decir que podría haber sido literalmente cualquiera? ¿Hasta alguien invisible?

Otra intervino sin molestarse en levantar la mano:

—Quizá no la viste porque no querías. O no podías.

La primera añadió:

—Igual estaba justo delante de ti, pero estabas demasiado ocupada intentando ser la versión de ti que pensabas que los demás esperaban.

Ese comentario me golpeó más de lo que esperaba.

Abrí la boca para responder—algo pulido, neutro—pero solo me salió un suave:

—Puede.

Maya no se movió. Ni un gesto. Pero juro que el aire a su alrededor cambió.

Una especie de silencio cargado floreció en la sala. Como si todo el mundo hubiera contenido la respiración.

Me giré hacia la pizarra. Escribí "Visibilidad = Reconocimiento + Intención" como si aún tuviera el control.

No lo tenía.

Por dentro, algo tiraba de mí.

No solo de mis recuerdos. También de esas partes difusas que había decidido emborronar. Aún podía verme en aquel patio, hace diez años, con la carta entre las manos temblorosas, sonriendo demasiado fuerte para ocultar lo confundida que estaba.

¿De verdad nunca me pregunté quién la escribió?

¿O lo supe, muy en el fondo, y simplemente decidí no mirar?

El alumnado seguía hablando. Debatiendo. Llenando el aula con teorías como si fuera un documental de crímenes reales.

Pero mis ojos volvían una y otra vez hacia ella.

Maya.

Sentada ahí, con los brazos cruzados y la cara completamente inmóvil. No a la defensiva. Ni curiosa. Solo… contenida.

Demasiado contenida.

No es que pareciera indiferente. Es que parecía entrenada para ello.

Como alguien que lleva años construyendo un tipo de silencio que te mantiene a salvo.

Y entonces empecé a preguntarme:

¿Me había perdido algo?

¿O alguien?

¿Había una cara que debería haber recordado?

¿Un momento que tendría que haber atesorado?

¿Y si la chica tras la carta no fue tanto una anónima como alguien… borrada?

No lo sabía.

Pero de repente, necesitaba averiguarlo.

Porque lo que estaba pasando aquí no era solo un tema de pódcast.

Esto se había vuelto personal.

Y yo llegaba tarde a mi propia historia.

Cuando el último alumno salió del aula—entre risas, susurros y sillas mal empujadas—el silencio cayó como un telón.

Me quedé de pie junto a la pizarra, aún sujetando el rotulador como si fuera un arma blanca. En la pizarra se leía "presencia emocional" en tinta azul y con una caligrafía temblorosa. Me parecía una farsa.

Maya no se había movido.

Seguía allí, apoyada en el marco de la puerta, con las manos cruzadas delante del cuerpo, espalda recta, rostro impenetrable. Un tipo de quietud que te hace dudar de si esa persona ha respirado en los últimos cinco minutos.

Carraspeé.

—Bueno —dije, con ese tono torpe que uno solo usa en las primeras citas o en los funerales emocionales—. Eso ha sido… intenso.

Asintió. Una vez. De esas que no significan "estoy de acuerdo", solo "te he oído".

Esbocé una sonrisa. Tensa.

—¿Siempre interrogan así a los invitados? ¿O este recibimiento tan cálido está reservado a quienes comparten demasiado por vocación?

Le temblaron un poco los labios. Casi una sonrisa.

—Tienen curiosidad. Les diste una historia. Y ahora quieren encontrarse dentro de ella.

Parpadeé. La frase pesaba más de lo que parecía.

—Supongo que no son los únicos —murmuré.

Entonces me miró.

Directa. Firme.

Nos quedamos así, en silencio. Lo bastante tiempo como para que la luz del fluorescente empezara a zumbar como una advertencia.

Di un paso hacia ella, golpeando suavemente el rotulador contra la palma de la mano.

—Siento si todo esto ha sido… disruptivo —intenté—. Seguro que no esperabas hacer de apoyo emocional durante una sesión improvisada del club de fans de un pódcast.

Ella ladeó la cabeza.

—Das por hecho que me afecta.

Eso me descolocó.

—No era mi intención suponer nada. Solo que tú… —Me interrumpí.

—¿Tengo pinta de estar al borde del colapso? —terminó por mí, alzando una ceja.

—No —dije demasiado deprisa—. Bueno, no más de lo habitual. En un entorno escolar, digo.

Estaba en caída libre.

Ella dejó que me estrellase sola. Sin prisa.

Y entonces, con una calma quirúrgica, soltó:

—¿Siempre les preguntas a tus invitados si reciben cartas anónimas? ¿O eso solo lo reservas para los silencios incómodos y la tensión mal digerida?

Me congelé.

Porque sí. Se lo había preguntado.

Cuando la clase aún vibraba con entusiasmo y yo creía que podía permitirme bromear.

Pero ahora sonaba como una acusación afilada.

—Era una broma —dije.

No parpadeó.

—Yo también.

Pero las dos sabíamos que no era cierto.

Algo punzante se instaló entre nosotras. No era hostilidad. No exactamente. Era… conciencia.

La clase de conciencia que hace que el aire te pese. Que tu respiración suene demasiado alta.

Ninguna dio un paso. Ninguna rompió la distancia. Seguíamos ahí, dos mujeres adultas fingiendo que esto era solo un pequeño momento incómodo post-taller.

Pero entre nosotras, flotaba algo real.

Algo que no queríamos nombrar.

Y aún así, ninguna apartó la mirada.

Es curioso cómo un aula puede parecer más ruidosa cuando ya no queda nadie.

No había estudiantes. No había papeles moviéndose, ni risitas nerviosas, ni susurros con teorías.

Solo quedábamos Maya, yo y el zumbido incesante de los fluorescentes. Ese tipo de zumbido que parece susurrarte: *deja de fingir*.

Ella seguía ahí, clavada en el marco de la puerta. Como un signo de puntuación. Cerrada, contenida, indescifrable. Pero sus ojos volvían a buscar los míos. No con curiosidad, sino con algo más calculado.

Y bajo ese acero… había calor.

Quise romper el hielo con algo ligero. Algo humano.

—Has gestionado bastante bien el caos. Creo que tres de ellos están listos para fundar una secta.

Su respuesta fue quirúrgica:

—La obsesión adolescente es más fácil de manejar que la amnesia adulta.

Me sobresalté.

No se me notó. No lo suficiente para que supiera que había dado en el blanco. Pero lo sentí. Esa punzada en el estómago que llega cuando alguien descubre que estás fingiendo y te lo deja caer con delicadeza quirúrgica.

—Vale —dije despacio—. Sé que quizá he pisado más de una mina desde que llegué, pero tampoco creo que merezca tanto fuego cruzado.

Ella me miró. Firme. Inmutable.

Y eso lo hizo peor.

Porque no era indiferencia. Era contención.

Esa clase de contención que solo tienen las personas que saben lo afiladas que son… y eligen no herirte. Aún.

Me crucé de brazos, cambiando el peso de un pie a otro. Intentando mantener en pie mis propios muros.

Ella seguía en silencio.

Y yo empecé a sentirme como si estuviera suspensa en un examen para el que no sabía ni que me había presentado.

Así que hice lo único que se me ocurrió: me lancé.

—Sabes —dije, ladeando la cabeza—, tengo la sensación de que no te caigo bien.

Exhaló por la nariz. Casi una risa.

—No te conozco.

—Exacto —asentí—. Pero hay algo en mí que te molesta. Me miras como si fuera una mala decisión que pensabas que ya habías eliminado.

Hubo un destello en su rostro. Una grieta. Rápida. Fugaz.

—Te miro —dijo en voz baja— como alguien que no tiene tiempo para teatrillos.

—¿Eso ha sido una crítica a mi taller —pregunté con una sonrisa— o a mi personalidad entera?

—A ambas.

Solté una carcajada. Pero sonó hueca.

Porque debajo de la broma, algo estaba creciendo. Pesado. Denso. Familiar de una forma que no lograba identificar.

Había algo en ella.

En su forma de estar de pie. De hablar. De contener la respiración como si le doliera.

La conocía.

No sabía cómo, ni de dónde, ni cuándo… pero algo en mi pecho repetía: *ya has estado en esta habitación antes. Y ella también estaba*.

Y eso me daba miedo.

Porque no suelo olvidar a la gente. No de verdad.

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de haber caminado toda la vida a su lado sin haberla visto nunca?

No sé qué fue lo que me empujó a preguntarlo.

¿La curiosidad? ¿Los nervios? ¿Esa presión extraña en el aire, como si si no decía algo, iba a implosionar?

Quizá solo quería romper la tensión. Quizá esperaba que se riera.

Pero en vez de eso… rompí algo.

Seguíamos cada una en un extremo del aula: ella junto a la puerta, yo al lado de la pizarra. Como piezas de ajedrez que se resisten a moverse.

Así que ladeé la cabeza y lo solté con ligereza, envuelto en falsa inocencia:

—¿Nos conocíamos de antes?

Vi la pregunta flotar entre nosotras. Suave. Estúpida. Inofensiva, en teoría.

Y entonces vi cómo cambiaba su rostro.

No se inmutó. Maya Bell no se inmuta.

Pero sus ojos se volvieron fríos.

Su espalda se tensó medio centímetro.

Y el silencio que siguió fue tan denso que parecía que las luces parpadearan.

Me miró con algo que no era ira. Era más preciso. Más limpio. Como si lo hubiera ensayado.

Y cuando habló, su voz era firme.

Letal.

—No, Sofía —dijo—. Nunca nos conocimos.

Solo eso.

Sin pausas. Sin sonrisas. Sin vacilaciones.

Un corte quirúrgico.

Sentí el golpe antes de entender por qué dolía.

Y entonces, sin esperar respuesta, giró el picaporte y se fue.

No de forma dramática. Ni con prisas.

Simplemente… se fue.

Y el aula se quedó más fría.

De ese frío que no tiene nada que ver con la temperatura, sino con la ausencia de algo que no sabes nombrar.

Me quedé ahí, paralizada.

Como una niña que ha tirado de un hilo suelto y ha visto cómo se deshacía todo el jersey.

No había querido ofenderla. No había querido nada, en realidad.

Solo quería situarla.

Entender por qué su presencia me hacía temblar las tripas.

Preguntar, con delicadeza: *¿por qué me pones nerviosa sin razón?*

Pero ahora lo sabía.

Porque lo que sea que me perdí entonces—la persona a la que no vi—ella lo recordaba.

Y no lo había perdonado.

El silencio que dejó fue afilado. Y no podía quitarme de encima la sensación de que acababa de pronunciar la única pregunta que ella llevaba una década intentando no oír.

Me senté. De golpe. Como si el cuerpo no pudiera sostenerme ya.

Recorrí con un dedo el borde del escritorio y susurré, para nadie:

—Como si la chica que me escribió aquella carta… aún recordara que yo no supe leerla.

Y que, quizá ahora…

Ya no quiera darme una segunda oportunidad.

5

Maya



He decidido que si un adolescente más menciona "el caso", me voy a comer mi propia grapadora.

Al principio era una broma, creo. Un grupo de WhatsApp medio en serio, algunos comentarios entusiastas en la cuenta no oficial del instituto en Instagram. Pero para las 8:13 de la mañana del martes, la broma se había convertido en una secta plenamente funcional con carnés plastificados y una carpeta de Google Drive llamada *Operación: Verdad Epistolar*.

Se hacen llamar *Club de Investigación Sentimental*.

Sí, en español. Porque, al parecer, el drama emocional suena más legítimo si lleva acento europeo.

Se reúnen cada día durante el recreo en el aula de música, beben té de lavanda y debaten sobre "pistas". Uno de ellos ha hecho una hoja de cálculo cruzando los números de taquillas de hace diez años con estimaciones de muestras de escritura.

Otro ha creado un tablero en Pinterest titulado *Estética de la Chica que Escribió la Carta*.

¿Y adiviná is qué?

Estoy en su lista de sospechosas.

Número cuatro.

Hay una lista impresa. Literal. Colgada en el corcho frente a la sala común de estudiantes.

Principales Sospechosas – Actualización Semanal

- Sra. González (Historia): "Demasiado poética."
- La bibliotecaria: "Una vez dijo 'anhelo' en voz alta."
- Entrenadora Rina: "Blanda por dentro."
- Señorita Bell: "Misteriosa, emocionalmente reservada, una vez citó a Emily Dickinson en una asamblea."

Me quedé mirándola un buen minuto esta mañana, con el café en la mano como si pudiera protegerme de la realidad.

¿Lo peor?

Que no están del todo desencaminados.

Sí, cité a Emily Dickinson. Una vez. En un momento de debilidad.

Sí, soy emocionalmente reservada. Es, básicamente, la definición de ser adulta funcional.

Y sí, vale, quizá sí soy misteriosa. Pero eso no es lo mismo que ser "una antigua lesbiana adolescente desastrosa escribiendo cartas de amor", ¿no?

Arranqué la lista del corcho. Con calma. Como una persona adulta y racional que no tiene absolutamente nada que ocultar.

Luego caminé hasta mi despacho y cerré con llave. Con más fuerza de la necesaria, probablemente.

No sé cómo ha podido descontrolarse esto tan deprisa. Un episodio de podcast y, de repente, estoy viviendo un spin-off de *Glee: Misterio Queer*, donde todo el mundo es detective o sospechoso, y yo soy, de alguna forma, ambas cosas.

Y lo más desesperante es que…

Lo están disfrutando.

Los alumnos me hacen preguntas "off the record", como si fuera la cronista emocional del instituto. Una chica me preguntó si creía en las almas gemelas. Otra quiso saber si alguna vez me había enamorado de alguien que no lo supiera.

Le dije:

—Creo en acostarse pronto y en los acuerdos de confidencialidad legalmente vinculantes.

Ella respondió:

—O sea, sí.

Puede que la fulminara con la mirada.

También puede que considerara esconderme en el armario de material escolar hasta que pasara la graduación.

Porque la verdad es que no quiero formar parte de esta historia.

Pero el problema de escribir algo tan vulnerable —aunque sea de forma anónima— es que, una vez que el mundo decide que importa, ya no puedes recuperarlo.

Ni siquiera cuando lo único que deseas es desaparecer.

Y *especialmente* entonces.

La siguiente fase del apocalipsis emocional llegó en forma de proyector… y una cantidad de purpurina absolutamente criminal.

Entré en la sala de profesores buscando cafeína y una coartada creíble, y en su lugar me encontré con un grupo de alumnos de segundo de bachillerato proyectando su nuevo corto: *Amor Anónimo: Una Carta a Través del Tiempo*.

Era… una dramatización.

Un estudiante, con sudadera con capucha y delineado dramático, sentado a un escritorio junto a una vela parpadeante, escribiendo frenéticamente en una libreta. Primeros planos de manos temblorosas, voz en off con el audio de la carta original, música instrumental suave que, juraría, han sacado de un anuncio de perfume francés.

Lo rodaron en blanco y negro.

Con subtítulos.

Uno de ellos me vio mirar y sonrió como si acabara de ganarse el cielo.

—¡Lo vamos a presentar a festivales!

Asentí con lentitud, sorbiendo mi café.

—¿A cuál?

Se encogió de hombros.

—A todos.

Por supuesto.

La cuenta de Instagram del instituto ahora incluye una encuesta semanal: *Lettergate – ¿Quién es la autora más probable?* Hay gifs. Hay memes. Hay fanfiction.

Fan. Fic. Tion.

Un fragmento narra una escena de miradas furtivas entre la bibliotecaria y la profesora de biología a través de un microscopio. Otro me empareja con la encargada del comedor en un romance de desarrollo lento ambientado durante una reunión de padres.

Tiene más de dos mil "me gusta".

Me encantaría reírme. Pero estoy demasiado ocupada asegurándome de que todas mis muestras de escritura de aquel entonces estén debidamente destruidas.

En medio de todo este delirio, nuestro querido claustro ha decidido convertirse en una especie de club de detectives aficionadas.

Sarah, la de Historia, ahora firma todos sus correos con una carita guiñando el ojo y la frase: *"Sé cosas."*

Matthew (el de Matemáticas) está convencido de que fue la profesora de Educación Física, basándose en su "represión emocional y caligrafía sorprendentemente legible".

Incluso el conserje me detuvo en el pasillo para preguntarme si me sentía "inspirada últimamente".

¿Inspirada?

No he escrito nada en años que no fuese una derivación al psicólogo escolar o una nota pasivo-agresiva pidiendo que limpien el microondas.

Intento aparentar indiferencia. De verdad que lo intento.

Pongo los ojos en blanco por los pasillos. Murmuro *la generación Z necesita terapia* por lo bajo. Hago comentarios secos en las reuniones de profes, como: "Al menos están comprometidos con la literatura."

Pero por dentro…

Se me está desmoronando todo.

Más rápido de lo que pensaba.

Porque ver cómo convierten tu momento más íntimo en teatro público te revuelve por dentro de una manera extraña. Es como ser un fantasma en la

escena de tu propio crimen. Como ver desfilar una versión de ti misma que creías enterrada, disfrazada de hashtags y personajes con peluca.

Y lo peor es que…

Lo están contando mal.

No fue cinematográfico. Ni valiente. Ni remotamente heroico.

Fue solo yo.

Con diecisiete años.

Aterrada. Esperanzada. Escribiendo algo porque no sabía cómo más sobrevivir al hecho de desear a alguien que ni me veía.

Y ahora, todo el maldito pueblo está montando una función de *Romeo y Julieta: edición queer*, mientras yo me escondo en una esquina intentando no gritar.

O llorar.

O ambas.

Pero bueno.

Al menos la fotografía es decente.

La plaza es un lugar horrible para esconderse.

Y aun así, ahí estaba yo, medio agazapada detrás de la estatua del fundador de Rosemont —seguramente algún señor colonial con opiniones nefastas— intentando no parecer una acosadora en pleno acto de espiar.

Spoiler: lo era.

Porque Sofía Rey estaba justo ahí.

En mitad de un semicírculo de abuelitas con cárdigans de colores pastel, recibiendo sobres como si fuera una especie de Papá Noel queer que recogía cartas de amor en vez de listas de deseos.

Una de ellas —Lucy, creo—le acarició el brazo con dulzura y le dijo:

—Esta es de mi nieta. Le da vergüenza dártela en persona.

Sofía aceptó la carta con las dos manos, como si fuera sagrada. Sonrió. Esa sonrisa. La que es mitad ternura, mitad armadura. La que hace que la gente se sienta vista, comprendida… y un poco enamorada.

Y entonces la abrió.

Allí mismo.

No escuché lo que ponía. No hacía falta.

Bastó con ver cómo le cambiaba la cara—sutil, como si una sombra le cruzara la mirada en plena luz del día—para entenderlo.

Volvió a sonreír. Más leve. Más sincera. Dobló la carta con cuidado, como si fuera algo frágil, y dijo algo amable que hizo que Lucy sonriera como si acabara de presenciar un milagro.

Me escondí tras la estatua tan deprisa que me raspé el hombro con la maldita espada de bronce del fundador.

Tenía el pecho encogido. Las palmas sudorosas. Todo el cuerpo en alerta máxima, como si estuviera en una película de terror y acabara de ver al fantasma de mis sentimientos no resueltos.

Porque, verás…

Sofía está buscando.

De verdad.

No está posando para la historia. No está sonriendo por educación para el podcast. Está recogiendo cartas. Leyéndolas. Dejándose tocar por ellas.

Y yo no estoy preparada para lo que puede pasar si llega a la mía.

O peor: si la reconoce.

O aún peor: si no.

Porque verla sonreír con las palabras de otra persona fue como un corte con papel que no ves venir. Pequeño. Agudo. Lo justo para hacerte sangrar sin previo aviso.

Y entonces pensé —de forma estúpida, egoísta—:

¿Y si le gusta más la carta de otra?

No es racional. No es justo. Pero fue real.

Durante unos segundos, odié todas esas cartas. Cada uno de esos pliegues bien hechos. Cada caligrafía temblorosa. Cada confesión escrita en hojas pautadas.

Odié la forma en que las trataba como si importasen.

Porque con la mía no lo hizo.

Entonces, se rió.

Ahora, las cuida.

Y quizá tenga sentido—quizá haya madurado, sanado, aprendido a escuchar—pero todo lo que yo sentí fue el zarpazo de llegar tarde. De ser el borrador que alguien arrugó antes de aprender a leer entre líneas.

Me fui antes de que me viera.

Caminé demasiado rápido. Me metí por una calle lateral. Dejé que el dolor se me asentara en el pecho como un hematoma.

Creía que había enterrado esa carta.

Pero resulta que aún sabe encontrar el camino de vuelta.

No pensaba abrirla.

Lo juro.

Solo estaba ordenando. Recogiendo. Doblaba una manta que no uso y recolocaba unos diplomas que ni miro. Lo típico. Comportamiento normal de adulta funcional sin remordimientos emocionales.

Pero la caja estaba allí. En el fondo del armario. Detrás del contenedor de bufandas de invierno del IKEA y unos folletos electorales caducados. Cerrada con cinta. Etiquetada como "Varios", como si no supiera perfectamente qué había dentro.

Me quedé con los dedos suspendidos sobre la cinta durante treinta segundos enteros antes de arrancarla.

Dentro: cuadernos viejos, programas de teatro, una pulsera de la amistad medio rota, una entrada de un concierto de un grupo que fingí que me gustaba.

Y entonces, dentro de una carpeta roja marcada con "Personal – NO TOCAR", porque aparentemente mi yo de diecisiete años creía que eso era sigiloso…

La carta.

La original.

Mi versión.

La que escribí a oscuras, en un pupitre, con el corazón latiendo tan fuerte que pensé que me iba a reventar el pecho. La que luego copié a limpio, quitando todos los detalles que pudieran identificarme, y firmé sin nombre, solo con esperanza.

La abrí con cuidado. Como si pudiera deshacerse entre mis dedos.

El papel estaba más blando. La tinta algo corrida. Aún se veían las marcas de lápiz del primer borrador bajo los trazos de bolígrafo. Como si mi yo adolescente necesitara andamios para poder decir lo que sentía.

Me senté en el suelo.

Con las piernas cruzadas. Descalza. Vulnerable de una forma que me daban ganas de reír o vomitar. O ambas.

Y la leí.

Línea por línea.

Cada palabra que aún sabía a deseo.

"A veces, cuando te ríes, parece que el mundo vuelve a tener sentido…"

Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que casi me provocan una migraña.

Pero no dejé de leer.

"…y entonces recuerdo que yo no formo parte de él."

Dios.

El dramatismo.

La sinceridad brutal. Ese nervio expuesto a plena luz.

Quise romperla. Quemarla. Reciclarla como una ciudadana responsable sin sentimientos enquistados.

Pero no lo hice.

La volví a leer.

Y otra vez.

Como si pudiera encontrar algo nuevo entre las líneas. Una señal. Una advertencia. Un motivo para soltarla al fin.

Pero solo encontré la verdad.

La misma de siempre.

La mía.

Intenté reír. De verdad. Pero el sonido que salió fue más bien un suspiro. O una grieta.

Y quizá fuera el cansancio. O la soledad. O haberla visto sonreír ayer con las palabras de otra.

Pero me temblaban las manos.

No mucho.

Solo lo justo para emborronar la última línea mientras la leía de nuevo:

"Contigo empiezo a creer que podría ser querida. Y eso me aterra."

Y lo sigue haciendo.

Lo encontré a las 7:42 de la mañana.

El pasillo aún estaba medio a oscuras, la máquina expendedora emitía su zumbido existencial, y el despacho olía a ese aroma genérico de ambientador barato que llaman "Brisa Marina".

Allí estaba.

Pegado a la puerta de mi oficina.

Un simple folio doblado de cuaderno, sin purpurina, sin pegatinas, sin caligrafía en forma de corazón.

Solo mi nombre. A lápiz.

Miré a mi alrededor.

Pasillo vacío.

Sin risas contenidas. Sin zapatillas chirriando sobre el linóleo. Solo silencio.

Despegué la nota con el mismo cuidado con el que suelo abrir los boletines de estudiantes con potencial y padres emocionalmente ausentes.

Dentro, en una letra ligeramente inclinada, ponía:

"Gracias por ayudarme a no esconderme. Eres lo más parecido que he tenido nunca a la chica de la carta."

Me quedé mirándola.

Solo eso… mirándola.

Porque aquello me golpeó distinto. Tal vez porque no era una broma. Ni una teoría. Ni un meme con mi cara sobre el retrato de una poetisa victoriana.

Era real.

Suave. Sencillo. Amable.

Demasiado amable.

Abrí la puerta de la oficina, entré y la cerré tras de mí.

Me senté como si el asiento pudiera romperse. O yo.

Sujeté la nota con ambas manos como si fuera a desvanecerse.

Me ardían los ojos.

Una tontería.

Había sobrevivido a todo este circo. Al club, a las dramatizaciones, a las votaciones semanales. Me había tragado el sarcasmo cada mañana y había levantado barricadas emocionales a base de folletos plastificados. Era la imagen perfecta del autocontrol. Una profesional.

Pero esto…

Esto me abrió algo por dentro.

Porque me recordó que las palabras importan.

Todavía.

Incluso ahora.

Incluso cuando crees que ya no llegan a nadie.

Y quizá eso es lo que más miedo me dio.

Dejé la nota sobre el escritorio y la miré como si fuera un artefacto antiguo.

Y entonces hice algo que no había hecho en años.

Lloré.

No en alto. No de forma dramática.

Solo… lloré.

Como si mi cuerpo soltara, por fin, algo demasiado pesado para seguir cargando.

Me cubrí los ojos con una mano. Apoyé la cabeza en la otra. Me recogí sobre mí misma como una carpeta mal cerrada.

Sin sollozos. Sin pañuelos. Solo sal y silencio.

Ese tipo de llanto que solo llega después de fingir tanto tiempo que todo va bien, que tu alma decide llamarte la atención.

No sé cuánto tiempo estuve así.

Lo justo para que sonara el timbre. Para que el pasillo se llenara de pasos, de risas, de gritos sobre álgebra.

Pero yo seguí quieta.

Solo un momento más.

Solo lo suficiente para recordar que ser vista—de verdad—no siempre es algo bueno.

A veces, duele.

A veces, cura.

Y a veces… hace ambas cosas a la vez.

Esto es lo que me gustaría decir:

Que solo fue una carta.

Un momento adolescente, tinta y adrenalina. Un episodio puntual que dejó un moratón, sí, pero que ya ha desaparecido. Que crecí. Que tengo un trabajo. Que me compro chaquetas rebajadas. Que he sobrevivido.

Me gustaría decirlo.

Incluso me gustaría creerlo.

Pero lo cierto es que, cada vez que la veo cruzar el pasillo—con su carpeta, su camisa planchada, ese pelo algo despeinado que aún me corta la respiración—me doy cuenta de que me miento con una seguridad que debería estudiarse.

Porque sigue teniendo eso.

Esa risa.

Ese mecanismo de defensa disfrazado de encanto. Esa manera de iluminar un sitio sin querer. Esa maldita sonrisa que una vez me rompió por dentro… y ni se dio cuenta.

Habla con el alumnado como si los viera de verdad.

Escucha como si su trabajo fuera comprender, no solo responder.

Y yo solo puedo pensar: ¿cómo creí que una carta bastaría?

¿Cómo pensé que unas líneas poéticas podrían alcanzarla si ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos?

A veces la pillo mirándome en las reuniones del claustro. Solo un segundo. Como si intentara ubicarme en un recuerdo que ya no tiene forma. Como si hojease páginas antiguas y mi nombre estuviese borrado en los márgenes.

Y cada vez que ocurre, lo siento otra vez—esa esperanza absurda, cosida en mis costillas, susurrando tal vez.

Tal vez empieza a verlo.

Tal vez recuerda algo.

Tal vez esto aún no ha terminado.

Pero la esperanza es peligrosa.

Llevo años transformando la mía en ironía, doblándola en sarcasmo seco y expresiones perfectamente controladas. Y ha funcionado. Casi siempre.

Hasta ahora.

Hasta que volvió.

Hasta que mi carta se hizo viral.

Hasta que este pueblo entero decidió desenterrar aquello que yo enterré tan hondo que llegué a pensar que jamás había sucedido.

Pero ocurrió.

Pasó.

Y yo sigo aquí.

Con el mismo corazón, solo más viejo. El mismo anhelo, solo más cansado. La misma chica dentro de mí, aún preguntándose: ¿Y si me hubiese mirado mejor?

Todo esto no lo digo en voz alta. Por supuesto que no.

Yo grapó cosas.

Yo redacto correos.

Yo corrijo redacciones con anotaciones pasivo-agresivas sobre las comas mal puestas.

Pero por dentro, algo se mueve.

Lento. Silencioso. Inevitable.

Y esta noche, cuando cerré la oficina, pasé junto a ella en el pasillo—apoyada en el tablón de anuncios, sonriendo a algo que dijo una alumna—lo sentí otra vez.

Ese tirón. Ese anhelo tonto que ya no sé disimular.

Y comprendí:

No estoy tan lejos de aquella carta.

Y tampoco estoy tan lejos de ella.

No de verdad.

No ya.

6

Sofía



Si alguien me hubiera dicho que leer una carta de amor escrita hace diez años en mi podcast acabaría con mi cara impresa en velas votivas y en envoltorios de cupcakes, me habría reído en su cara. Y luego le habría bloqueado. Amablemente, eso sí. Pero sin dudarlo.

Y sin embargo, aquí estamos.

Día 19 desde mi regreso inesperado a Rosemont y ya soy oficialmente la Santa Patrona de los Misterios Sentimentales. Hay hashtags. Hay rumores. Incluso hubo un homenaje improvisado de baile en línea en el centro cívico. No tengo ni idea de qué tenía que ver conmigo, pero alguien lo grabó y me etiquetó con un pie de foto que decía: "Que encuentre a su chica 💌".

Adorable. Terrorífico. Y, sobre todo, una mezcla de ambas cosas.

Este pueblo me ha convertido en la protagonista de una canción de Taylor Swift versión queer, y ni siquiera sé de qué disco soy. ¿Folklore? ¿Reputation? Honestamente, cada vez se parece más a una recopilación inacabada de *Pánico Emocional – Caras B*.

Adolescentes me paran en el supermercado para contarme sus nuevas teorías. Mujeres adultas dejan cartas en la puerta de mi alquiler temporal. El panadero me regaló una tarta en forma de sobre. En glaseado ponía: "Tienes correo… ¿y quizá sentimientos?"

Sonreí. Le hice una foto. Me la comí entera mientras hacía doomscrolling en la bandeja de entrada.

Pero lo más raro de todo este circo no es la obsesión pública.

Es la privada.

Es Maya Bell.

La orientadora. La que me mira como si yo fuera una amenaza a la seguridad disfrazada de ponente. La que desaparece por los pasillos antes de que le dé tiempo a levantar la mano. La que responde los correos con una sola línea y los puntos bien colocados como puñales.

Al principio, era solo otra cara conocida. Una profesional cumpliendo su función. Silenciosa. Eficiente. Impecablemente vestida con tonos tierra que gritan "emocionalmente inaccesible pero con un pelazo que da envidia".

Pero últimamente… está en todas partes.

No de forma literal. Más bien en modo "te acecho mentalmente en 4K".

Me descubro pensándola en mitad de entrevistas. Me pierdo editando episodios del podcast porque he recordado cómo se ajusta las gafas cuando se pone nerviosa. Me he dado cuenta de que aprieta los labios cuando alguien menciona la carta. Y que nunca ríe… pero a veces parece que está a punto de hacerlo.

Es… desconcertante.

Inquietante.

Y lo peor: familiar.

No porque la recuerde.

Sino porque algo dentro de mí, sí.

Alguna parte callada que hace años dejé de escuchar, me tira de la manga cada vez que pasa cerca, susurrando *fíjate bien*.

No sé qué significa.

Solo sé esto: con todo el ruido, el caos, y los vecinos bienintencionados intentando emparejarme con cualquier mujer en cinco kilómetros a la redonda…

Maya Bell es la única de la que no puedo apartar los ojos.

Y empiezo a preguntarme si el misterio que vine a resolver… no es, en realidad, el que debería estar buscando.

Estoy acostumbrada a que me miren.

Viene con el trabajo—presentadora de podcast, voz pública, esa persona que accidentalmente compartió su despertar emocional con millones de oyentes. Me he acostumbrado a las miradas, a la curiosidad, a que intenten leer entre líneas mientras aún estás hablando.

Lo que nadie te advierte es lo que ocurre cuando tú eres la que empieza a mirar.

Últimamente, observo a Maya Bell.

No de forma deliberada. No del todo. Es solo que… siempre está casi en la habitación.

Como esta mañana—sala de profesores, café aguado, magdalenas con forma de corazón tan secas como la conversación. Entré ya con mi estrategia de charla preparada, y vi justo el borde de su blazer desapareciendo por la puerta lateral. Fuera del alcance antes de que siquiera llegara a la mesa.

En el pasillo, antes de clase, estaba hablando con una alumna sobre gestión del estrés, tranquila y profesional… hasta que me vio acercarme. La sonrisa se borró. Asintió, con esa educación neutra. Y luego, otra vez, desapareció. Rápida. Precisa. Como si su única habilidad fuera hacer magia con la evasión.

He empezado a cronometrarlo, sin querer.

El récord está en once segundos. Una vez logró salir de la biblioteca en once segundos exactos desde que notó mi presencia.

Pero de vez en cuando—solo de vez en cuando—no escapa a tiempo.

Y ahí es cuando ocurre.

Esa mirada.

Estoy en medio de una conversación, fingiendo compostura, y levanto la vista. Y ella está ahí. Mirándome.

No de forma rara. Ni siquiera demasiado tiempo.

Pero con esa intensidad honesta, directa… que te hace encoger el estómago sin permiso.

Como si me viera por dentro.

O peor aún—como si recordara algo que yo no.

El contacto visual dura quizá dos segundos.

Pero se queda.

Como una huella en el cristal.

Y no sé qué significa, pero no puedo dejar de seguirla con la mirada. De buscarla.

Me dije que era simple curiosidad. Que desconfía de mí, que le molestan los cotilleos, que solo quiere que acabe la semana sin convertirse en meme.

Pero eso no explica cómo se tensa cada vez que me río demasiado alto. O cómo su voz se vuelve más rígida cuando alguien menciona la carta. O por qué, cuando nuestras miradas se cruzan, siento algo que no debería tener cabida en un pasillo de instituto un martes a las ocho cuarenta y cinco de la mañana.

Es como estar frente a una puerta cerrada que juras no haber abierto nunca… y sin embargo, tener la llave en el bolsillo.

Y lo peor de todo es que… no quiero dejar de mirar.

Porque cada vez que la veo—de verdad la veo—es más difícil saber si esto va sobre el pasado…

O sobre otra cosa.

Algo que está pasando ahora.

Algo que se está despertando.

Ni siquiera debería haber estado allí.

La sesión era para un grupo de alumnas de último curso con "autoestima romántica baja", lo cual, sí, es tanto la mejor como la más inquietante forma de nombrar algo en un correo institucional. Me pasé por si podía aportar un poco de perspectiva, tal vez contar una anécdota que sonara a crecimiento personal y no a trauma.

No esperaba lo que vino después.

Había una docena de chicas sentadas en círculo, con las piernas cruzadas sobre cojines, sujetando cafés helados como si organizaran un TED Talk feminista. Maya estaba delante, con su carpeta y esa expresión peligrosamente neutra. Parecía querer desaparecer entre la moqueta.

Una de las chicas, alta, segura de sí misma, con cejas que parecían tener personalidad propia, levantó la mano.

Y preguntó:

—Señorita Bell… ¿alguna vez ha escrito una carta de amor?

La sala se congeló.

Yo estaba medio sonriendo al techo, sin prestar atención del todo. Pero algo en el silencio me hizo mirar hacia abajo.

Maya no se había movido.

Ni un parpadeo.

Simplemente… se quedó quieta.

Fue un instante—apenas un parpadeo, un temblor—pero lo vi. Sus nudillos se tensaron sobre el bolígrafo. La mandíbula se contrajo. Parpadeó una vez. Luego otra.

Y entonces habló.

—Sí —dijo, con su voz más seca que nunca—. Tuve una etapa muy intensa de poesía. No fue mi mejor obra.

Todas rieron.

Menos yo.

Porque yo lo vi.

El cambio.

Ese retardo mínimo. La forma en que sus ojos se movieron—demasiado rápido, demasiado lejos—como si acabara de recibir un golpe y aún estuviera calculando si correr o fingir que no había pasado nada.

Era la expresión de alguien intentando no recordar algo muy concreto.

Y yo conocía bien esa expresión.

La había llevado puesta durante años. Dios, había construido toda una identidad sobre ella.

La vi recomponerse. Vi cómo la broma aterrizaba, cómo el momento pasaba, cómo continuaba como si nada.

Pero yo no pude.

Porque ahora tenía una nueva carpeta mental.

Evidencias: Posible Autora de la Carta

— Se congela al mencionar cartas de amor.

— Usa el humor como escudo.

— Escapa con una precisión de cirujana.

— Me mira como si esperara que lo entienda.

Intenté que no se notara. Bebí un sorbo de agua. Asentí como si todo fuera normal. Incluso tomé una nota mental sobre lenguaje corporal, como si fuera para el podcast.

Pero por dentro…

Por dentro estaba temblando.

Porque si fue ella quien escribió aquella carta… Si todos estos años fue Maya…

Entonces cada silencio cobraba sentido.

Cada mirada esquiva no era desinterés—era recuerdo.

Y quizá no interpreté mal la carta. Quizá solo… no supe ver a la chica que estaba detrás.

El pensamiento me atravesó, justo entre la clavícula y el pecho. No era exactamente dolor. Tampoco alegría.

Era solo el principio de una verdad que no estaba segura de querer.

Pero algo sí sabía:

Algo se resquebrajó en Maya Bell hoy.

Y yo estaba allí para verlo.

Hay un punto en toda investigación—en todo episodio del podcast—en el que dejas de hacer preguntas sobre los hechos y empiezas a fijarte en los patrones.

Ya no te interesa tanto qué pasó como por qué sigue pasando.

Y justo ahí estoy yo. Con Maya Bell.

He empezado a fijarme en todo.

En cómo ordena los papeles en su escritorio en absoluto silencio, alisándolos como si intentara planchar también los pliegues de su cerebro.

En cómo se recoge el pelo detrás de la oreja solo cuando está concentrada, como si el propio flequillo intentara distraerla de sentir algo.

En cómo se muerde el labio inferior—apenas un segundo—cuando alguien dice algo que le toca demasiado cerca.

Es… ridículo, en realidad. Me he convertido en una mezcla de Jane Austen y novela negra. Monólogos internos, miradas robadas, análisis de posturas como si fueran señales de humo que van directas a mi estómago.

Y lo peor es que ya ni intento disimularlo.

El otro día, por ejemplo, ella estaba en la fotocopiadora, peleándose con un atasco de papel. Yo estaba al otro lado del aula, hablando con alguien. Pero mi cerebro hizo zoom como si no hubiera nadie más. La vi apretar el botón de "borrar", soltar un "por supuesto" por lo bajo, y cerrar los ojos un segundo más de lo necesario.

Ese segundo me descompuso.

Porque lo dijo todo. Cansada. Frustrada. A punto. A punto de qué, no sé. Pero quise acercarme. No para ayudar. Ni siquiera para hablar.

Solo para estar lo bastante cerca como para comprobar si huele a lo mismo que parece: a lavanda, a café, y a secretos.

Que no es precisamente una reacción profesional.

Lo sé.

Pero también sé que esto que me está pasando con Maya no es solo curiosidad.

Es algo más profundo. Más físico. Más inevitable.

Quizá empezó con la carta. Con el misterio. Con la nostalgia de saber que alguien te quiso tan intensamente y en silencio.

Pero ahora…

Ahora va de ella.

De Maya.

La de ahora.

Con su forma de andar como si no encajara del todo en ningún sitio, pero cruzando cada espacio como si gobernara el silencio. Con su manera de escuchar sin hablar, y cuando por fin lo hace, decir justo lo que duele. Con su forma de mirarme como si no estuviera recordando… sino como si jamás hubiera olvidado.

Es como caer en un déjà vu que no te has ganado.

Y la verdad…Ya no sé si quiero que me lo confirme. Creo que solo quiero que se quede.

Hay algo salvaje en el momento en que empiezas a ver a alguien de verdad. No mirar. Ver.

Como si la luz cambiase de ángulo y, de repente, te dieses cuenta de que esa persona ha estado en la misma habitación que tú durante años, solo que envuelta en una especie de capa de invisibilidad emocional. Una que, tal vez, tú misma ayudaste a ponerle.

Así me siento con Maya.

Cada día que paso aquí, cada vez que la pillo mirándome a medias, cada respuesta cortante y cada silencio que usa como escudo… me doy cuenta de que no estoy observando a alguien que podría haberme escrito una carta.

Estoy mirando a alguien que fue como yo.

Antes. Cuando aún no tenía palabras. Cuando no tenía un micrófono, ni una audiencia, ni una razón para decir la verdad.

Maya usa el sarcasmo igual que yo usaba la sonrisa a los diecisiete: como armadura. Como distracción. Como una forma de decir "mírame", pero no demasiado.

Y de pronto, todas esas cosas que había descartado como frialdad o distancia—su manera de hablar con precisión quirúrgica, cómo esquiva las conversaciones, cómo mantiene la espalda erguida como si temiera desmoronarse—empezaron a cobrar un sentido aterrador.

No está distante.

Está protegiendo algo.

Y no puedo dejar de preguntarme si ese algo… soy yo.

No la de ahora, con el programa, la seguridad, la piel que por fin encaja. Sino la de antes. La que reía demasiado alto porque tenía miedo de quedarse callada. La que se perdió cosas—personas, sentimientos, tal vez incluso una carta—porque le aterraba mirar la verdad directamente a los ojos.

Quizá Maya era como esa chica. Quizá era esa chica.

O quizá es la chica de la carta.

Y sinceramente…

Eso me aterra.

Porque no sé qué hacer con la idea de que alguien me viera tan claramente. Que alguien llevara tanto afecto dentro y decidiera escribirlo, soltarlo, dejarlo ir… solo para poder respirar con menos dolor.

Pienso en lo que debió costarle—escribir aquello y dejarlo sin respuesta.

Y pienso en la chica que era yo cuando lo recibí: popular, sí. Segura, claro. Pero solo por fuera. Por dentro, todo eran esquinas y caos. No habría sabido qué hacer con algo tan real.

Pero ahora…

Ahora lo anhelo.

No la carta.

Sino la presencia. La mirada. La claridad de ser vista así.

Y me pregunto… ¿de verdad he vuelto aquí buscando a la persona que escribió la carta?

¿O estoy buscando a alguien que aún sea capaz de mirarme así?

Porque cuando Maya me mira—cuando de verdad se permite hacerlo—no parece que esté recordando.

Parece que nunca lo ha olvidado.

Y quizá el verdadero misterio no sea quién fue ella entonces…

Sino quién está intentando ser ahora.

Esto es lo que sé.

Volví a este pueblo pensando que estaba persiguiendo una historia. Una voz del pasado. Un susurro anónimo y dulce de alguien a quien no vi, no conocí, no pude sostener.

Y lo decía en serio. Lo sentía de verdad.

Quería encontrarla—a esa chica que me vio con tanta nitidez cuando yo aún estaba aprendiendo a verme a mí misma. Quería darle las gracias. Tal vez abrazarla. Tal vez reírnos con incomodidad de las hormonas adolescentes y de todo lo que nunca dijimos.

Pero últimamente… empiezo a pensar que eso no es lo que de verdad estoy buscando.

Porque ahora, cada vez que Maya pasa por mi lado, con la cabeza gacha, la mandíbula apretada y los ojos sellados, siento algo que es antiguo y nuevo a la vez. No solo curiosidad. Ni siquiera nostalgia.

Anhelo.

Un anhelo real, físico, aterrador.

Y sigo intentando archivarlo bajo "misterio". Asunto pendiente. Cierre emocional, tal vez.

Pero la verdad es que solo quiero que me mire.

Que me mire de verdad.

Quiero preguntarle, sin rodeos, "¿Eras tú?" Quiero que diga que sí. O que no. O lo que sea que suene a verdad.

Pero sobre todo, quiero que deje de huir.

Porque su silencio pesa demasiado para ser simple desinterés. Porque cada vez que roza mi brazo al pasar, siento el eco de algo que había olvidado que sabía desear.

Y cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de esto:

Ya no se trata de la carta.

Se trata de ella.

Ahora.

De su ahora.

De cómo se mueve como si siempre estuviese esperando el impacto. De cómo se ablanda, solo un poco, cuando cree que nadie la mira. De cómo escucha como si estuviera memorizando cada palabra, por si alguien decide quitárselas.

Quiero que hable primero.

Pero sé que no lo hará.

Así que sigo rondando. Flotando. Esperando una señal de que quiere ser encontrada.

Y lo odio.

Porque yo no soy la chica que espera.

Soy la que tiene el micrófono, las preguntas, el foco. Sé cómo hacer que la gente hable. Sé cómo sacarles sus historias con encanto, con ritmo, con la pausa justa.

Pero con ella…

Soy otra vez esa niña de trece años. Esperanzada. Sin aliento. Dolorosamente insegura.

Así que lo acepto.

Acepto el dolor, la incertidumbre, y el modo en que su nombre se me clava en el pecho como un "quizá" envuelto en alambre de espino.

Y admito esto—solo para mí, en un susurro que no digo en voz alta:

Quiero saber si es ella. Quiero que me lo diga. O que me mienta bien. O que se quede y no diga nada—pero que se quede. Porque este limbo, donde cada silencio parece una confesión que no me está permitido oír… es insoportable.

Y luego, aún más bajito:

Porque si ella es la chica que me escribió aquella carta…

Entonces llevo todo este tiempo buscando en todas partes—menos en el único lugar al que nunca me atreví a mirar.

7

Maya



Lo curioso de mantener las distancias emocionales es que la mayoría de la gente las respeta. Notan el frío, la precisión, esa energía de "gracias pero no" que emanas como si llevaras un perfume caro hecho a base de sarcasmo y autocontrol.

Sofía Rey, por lo visto, no recibió el memo.

Fue entre tercera hora y "no-me-importa" en punto cuando ocurrió. Caminaba por el pasillo con mis objetivos habituales: evitar el sol directo, esquivar adolescentes ruidosos y sobrevivir otro día sin tener un ataque de ansiedad en el armario de material escolar.

Y entonces, giré la esquina y allí estaba ella.

Sofía. Sonriendo.

Pero no era una sonrisa cualquiera. Era una pregunta disfrazada de pintalabios e intención.

—Hola —dijo con toda la naturalidad del mundo, como si aquello fuera un pasillo cualquiera, un día cualquiera, y no el escenario de mi drama emocional personal.

Asentí. Profesional. Correcta. Lista para seguir andando.

Ella ladeó la cabeza.

—Deberíamos hablar, ¿no crees?

Parpadeé.

Ahí estaba. Suave, nada amenazante, imposible de esquivar.

La versión adulta de un "te espero detrás del gimnasio", pero con mejor iluminación y un subtexto de guerra psicológica.

Mi cerebro empezó a buscar salidas: di que estás ocupada, que estás enferma, finge una llamada, sufre combustión espontánea.

Pero lo que salió de mi boca fue:

—Vale.

Vale.

Como si fuera una idiota sin nada que esconder. Como si no llevara semanas evitándola desde que apareció en este instituto con ese pelo perfecto y esa voz que me suena a flashback con banda sonora.

—Genial —dijo, ya victoriosa—. ¿Café?

Volví a asentir. Traicionada por mi propio cuello.

—¿Hoy?

Quería decir que no. Quería inventarme una terapia, una enfermedad, un evento catastrófico… cualquier excusa que no implicara quedarme atrapada frente a ella, la única persona capaz de desenterrar una década de negación con solo arquear una ceja.

Pero lo que dije fue:

—Sí, claro.

"Sí, claro". Otra vez.

Necesito un vocabulario nuevo. Y quizá una identidad nueva.

Para cuando volví a mi despacho, mi pulso estaba coreografiando un musical y mi estómago había descendido hasta la altura de las rodillas.

Café.

Con ella.

Con sus preguntas. Su encanto. Su habilidad para hacer que la gente confiese cosas que no sabía ni que recordaba.

Traté de convencerme: no pasa nada. Es solo un café. Dos adultas. Civilizado. Aburrido. Contenido.

Daré respuestas cortas. Mantendré la mirada en un nivel seguro y neutral. Sobreviviré.

Spoiler: no lo haré.

La cafetería no había cambiado.

Ni un milímetro. Las mismas sillas cojas, los mismos menús plastificados hasta el infinito, el mismo olor a aceite recalentado, azúcar quemado y algo indefinible que solo puedo describir como residuo emocional.

No venía aquí desde el instituto.

Entonces era el sitio al que ibas para llorar en una esquina después de que te dejaran, o para mirar por la ventana con dramatismo si habías suspendido un examen de mates y decidías que tu vida estaba arruinada. Para mí, fue el lugar donde me senté una sola vez, mirando a Sofía Rey a través del cristal mientras se reía con sus amigas.

Ella no me vio.

Claro que no.

Y ahora estoy otra vez aquí. En el mismo sitio. Con ella.

El universo tiene un sentido del humor cruel.

Ya estaba sentada cuando llegué—esquina del local, luz suave, dos tazas humeantes sobre la mesa. Alzó la vista, sonrió y me hizo un gesto como si esto fuera un café de media semana entre amigas y no una cirugía emocional a corazón abierto con cubiertos de plástico.

Me senté.

Tiesa.

Cada músculo preparado para desviar, esquivar y huir.

—Bueno —dijo, rodeando la taza con las manos como si necesitara el calor —. Gracias por venir.

Asentí.

—Es solo un café. No es una toma de rehenes.

Sonrió.

—Todavía.

Un breve silencio.

Removí mi bebida aunque no hiciera falta.

La mesa entre nosotras parecía demasiado pequeña y, a la vez, de kilómetros de ancho.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó, echando un vistazo alrededor.

—No desde que estaba obligada a pensar que los fingers de mozzarella contaban como grupo alimenticio —respondí.

Rió. Ligera, divertida, imperturbable.

Odié lo fácil que lo hacía parecer todo.

—¿Y cómo va la vida? —preguntó, con esa falsa informalidad que ya me olía a trampa.

¿Estamos en ese punto?

—En su mejor momento —dije—. Mucho drama académico, cortes de papel, crisis existenciales. Ya sabes, la rutina soñada.

—Suena sanísimo.

—Estoy muy bien regulada emocionalmente. Pregúntaselo a mi terapeuta.

Otro silencio. Este más denso.

Ella sorbió su café. Yo me limité a mirar el mío.

Cada segundo que pasaba volvía el aire más denso. Como si opinara.

Notaba cómo me observaba. No directamente—es demasiado lista para eso —, pero sí como quien está pendiente de todo lo que no dices.

Me removí en el asiento. Crucé las piernas. Enderecé la espalda.

Sus ojos siguieron el gesto. Lo registraron.

Estábamos rodeándonos.

Ninguna nombraba lo que flotaba en el aire, pero ambas lo sentíamos.

Me pregunté si podía oír lo fuerte que mi corazón intentaba mantener el ritmo.

Y aun así—pese a todo—no fui capaz de marcharme.

Porque, en el fondo, una parte de mí quería esto.

No el interrogatorio. No el calor en el pecho. Sino la posibilidad de que, por una vez, no fuese invisible en su mundo.

Aunque solo fuera por una taza de café.

Aunque me costara más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Sabía que las preguntas llegarían.

Sofía Rey no hace lo casual. No de verdad. Sonríe como si fuera charla ligera, pero siempre está pescando. No cotilleos, no titulares—algo más profundo. Es lo que la hace brillante. Y aterradora.

—Entonces —dijo, con ese tono cálido y engañosamente neutro—, ¿has estado escuchando el pódcast?

Ahí estaba.

Primera piedra lanzada.

Bebí un sorbo con calma.

—He escuchado algunos episodios.

—¿Alguno favorito?

Me encogí de hombros.

—Soy más de crímenes reales. Menos romance. Más asesinatos sin resolver.

Sonrió como si estuviera siendo encantadora. No lo era.

—¿No te gustó el episodio de la carta? —preguntó con ligereza, como si esa no fuera la pregunta que había reconfigurado todo mi sistema nervioso.

—Fue… impactante —dije con cautela.

—Impactante —repitió, divertida—. Qué palabra más diplomática.

—Bueno, trabajo en educación. La diplomacia es parte del paquete.

Estaba orgullosa de lo firme que sonaba mi voz. Mis manos, debajo de la mesa, contaban otra historia.

Sus ojos se volvieron más incisivos.

—¿Te recordó a alguien?

Me congelé.

No por fuera, creo. Pero por dentro—parálisis total.

Inclinó la cabeza, fingiendo no notar que me había quedado inmóvil.

—¿Alguien que pudiera haber escrito algo así? —continuó, con una inocencia calculada.

—Creo que medio pueblo cree que escribió esa carta —dije, intentando sonar sarcástica y quedándome en pánico disfrazado de ingenio seco.

—Cierto —dijo—. Algunos incluso me lo han contado. Con mucha… creatividad.

Sonreí. No me llegó a los ojos.

Removió su café, la cuchara tintineando contra la taza.

—Sigo preguntándome qué clase de persona escribiría algo así, ¿sabes?

—Mm.

—Alguien valiente, quizás. O asustada. O las dos cosas.

No respondí.

No porque no tuviera palabras—sino porque tenía demasiadas, todas apiladas como cristales dentro de la garganta.

—¿Y tú crees —añadió suavemente, sin mirarme del todo— que esas personas se arrepienten?

Parpadeé.

Intenté respirar como si fuera algo natural.

—Creo —dije— que algunas se arrepienten de haber dicho demasiado. Otras, de no haber dicho lo suficiente. Y la mayoría… simplemente se arrepiente. A secas.

Sonrió de nuevo, esta vez más leve. ¿Triste, quizá?

Me repetí que no leyera demasiado en eso.

Y fracasé.

El silencio volvió a instalarse, denso como estática. El tipo de silencio que parece una decisión pendiente.

Y entonces lo supe, con una claridad helada: sospecha de mí.

No del todo. Aún no. Pero algo en ella está rodeando la verdad, y si no salgo corriendo pronto, va a alcanzarme.

Y no sabía qué me daba más miedo—que me descubriera, o que no me viera nunca.

Cambiaba de tema con una destreza quirúrgica.

—Una de las chicas me ha dicho que hacías imitaciones en el instituto.

Parpadeé.

—¿Perdona?

Sonrió.

—Al parecer hacías una muy dramática de la señora Salinas. Algo sobre su "rigor educativo" y una mirada asesina capaz de esterilizar un aula.

La miré, indignada.

—Eso es difamación. Jamás imité a la señora Salinas.

—Sí lo hiciste —dijo, demasiado rápido—. Te subías la bufanda hasta la barbilla y decías: "Esto no es una democracia. Esto es gramática española".

Abrí la boca para protestar… y me detuve.

Porque lo había hecho.

Una vez.

Delante de exactamente tres personas. Una de ellas, aparentemente, había sido ella.

Se quedó ahí sentada, observándome. Esperando.

Y entonces, de la nada, ocurrió.

Me eché a reír.

No fue sarcástica. No fue ensayada. Fue de las de verdad—de esas estúpidas, involuntarias, que te abren en canal un segundo y hacen que todo parezca soportable aunque no lo sea.

Solo una carcajada.

Demasiado alta. Demasiado honesta. Demasiado viva.

El silencio que siguió fue peor que todo lo que habíamos dicho hasta ahora.

Porque cuando levanté la vista—cuando realmente la miré—vi que me estaba mirando diferente.

No con sospecha.

No con diversión.

Con reconocimiento.

Como si hubiera estado entrecerrando los ojos a través de la niebla durante semanas y de repente viera algo familiar.

A mí.

No la versión que he estado mostrando desde que volvió. No la consejera con la cara neutra y el dosier siempre en la mano. No.

A la auténtica.

A la chica que escribió cosas que no debía.

A la que aún no puede sentarse cerca de ella sin recordar lo que era quererla y no existir para ella al mismo tiempo.

Sentí el calor subirme por la garganta. Por la cara. Por todas partes.

—Perdona —murmuré, apartando la silla—. Debería irme. Tengo que…

—¿Hojas de cálculo? —sugirió ella.

—Exacto.

Me levanté demasiado deprisa. La silla chirrió.

Quería desaparecer bajo tierra. Evaporarme. Teletransportarme al contenedor más cercano y vivir allí tranquilamente con mis malas decisiones.

Pero no miré atrás.

No podía.

Escuché su voz a mi espalda, suave e imposible de ignorar:

—Gracias por venir.

No fue altiva. Ni triunfal. Fue sincera.

Y eso lo empeoró todo.

Porque ahora tenía algo.

No pruebas. No confirmaciones.

Pero un momento.

Una risa.

Una grieta.

Y la certeza aterradora de que aún me quedaba otra más por escapar.

Salí del café con la dignidad medio intacta.

Sin lágrimas. Sin confesiones. Sin desmoronarme en sus brazos como si estuviéramos en el clímax de un drama queer de Netflix.

Solo una silla mal empujada, una excusa falsa sobre deadlines y un capuchino a medio terminar que ahora me perseguía en sueños.

Como escapada, las he tenido peores.

El aire de fuera se sentía demasiado cortante. Como si el oxígeno fuera más frío después de haber exhalado algo real.

Caminé deprisa, con la esperanza de que el movimiento anulara la emoción. Como si recargar la página de un navegador atascado fuera suficiente. El pueblo pasaba ante mí en una sucesión de escaparates, macetas y desconocidos que no sabían que acababa de traicionarme a mí misma con una risa.

Cuando llegué al instituto, mi cara ya había vuelto a su configuración de siempre: compuesta, distante, levemente indiferente.

Mi versión de la armadura.

Dentro, las luces fluorescentes me dieron la bienvenida como fantasmas juiciosos. Murmuré saludos. Ignoré la punzada bajo las costillas. Asentí a alguien en el pasillo y fingí no ver el pin de "Lettergate" en su mochila.

Llegué a mi despacho y cerré la puerta.

La cerré con llave.

Exhalé.

Me senté.

Me quedé mirando la pared como si me debiera dinero.

Y entonces susurré—solo para mí, solo para el silencio—:

—Estúpida.

No ella. No el café. Yo.

Por haberlo dejado pasar. Por haberme reído. Por haber sentido.

Me repetí que no significaba nada. Que era un recuerdo. Un reflejo. Una mueca muscular de diversión, no de emoción.

Pero sabía la verdad.

No fue la broma.

Fue cómo me miró después.

El cambio en su expresión.

La forma en que su mirada se suavizó, apenas. Como si me viera como alguien digno de ser observado. Como si quisiera más.

Y eso—Dios, eso era lo que no podía soportar.

Porque durante años me convencí de que nunca miró. Y ahora…

Ahora ya no estaba tan segura.

Ahora tenía su voz diciendo "Gracias por venir" repitiéndose en mi cabeza como el estribillo de una canción de la que no quiero admitir que todavía me sé la letra.

Me pasé las manos por la cara. Intenté respirar.

Intenté convencerme de que no había cambiado nada.

Que no sabía nada. Que yo seguía a salvo.

Pero en el fondo, algo ya estaba moviéndose.

Y por mucho que retrocediera, no iba a poder cerrar esa grieta.

Porque cuando alguien te ve—de verdad—no puedes fingir que no ha pasado.

Puedes huir.

Puedes cerrar la puerta.

Puedes enterrarte en hojas de cálculo y evaluaciones de alumnos.

Pero seguirás sintiéndolo.

Ahí mismo.

En el silencio que queda después de una risa que no deberías haber dejado escapar.

El despacho estaba demasiado en silencio cuando volví.

No era paz. No era calma.

Era ese tipo de silencio fluorescente que se instala cuando has tenido una pequeña detonación emocional y no hay nadie delante a quien fingirle que todo sigue igual.

Abrí el cajón donde guardo mi reserva de emergencia de subrayadores—clasificados por colores, ordenados, emocionalmente irrelevantes—y cogí un bolígrafo rojo.

Sangró un poco en la primera página.

Yo también.

Los formularios de los alumnos me esperaban. Cajitas ordenadas llenas de ansiedad y sueños en exceso. Leí dos. Tal vez tres. No lograba concentrarme.

Pasé la hoja.

Y me descubrí garabateando en los márgenes.

Empecé con una espiral pequeña. Luego otra. Y otra más, encajadas entre sí, como un descenso lento a tinta.

Solía hacer eso en el instituto.

Durante los exámenes de mates. En las reuniones del personal. Especialmente después de que ella pasara por mi lado en el pasillo y sonriera como si yo fuera ruido de fondo.

Entonces, las espirales ayudaban. Le daban algo a mis manos mientras mi pecho se convertía en estática.

Ahora…

Ahora eran una confesión.

Me quedé mirando la página.

Podía seguir sintiendo sus ojos en mí. No de esa mañana—de ahora. Como si su mirada me hubiera seguido, se hubiera metido en mi cuello del jersey y se negara a irse.

Había algo en esa mirada. No pena. No sospecha.

Curiosidad. Reconocimiento. Tal vez incluso esperanza.

Y odiaba lo mucho que quería creer que era todo eso a la vez.

Me eché hacia atrás en la silla, golpeé el bolígrafo contra la carpeta e intenté sacudírmelo.

Estás bien, me dije. No sabe nada. Solo es… encantadora. Desarmante. Peligrosamente observadora.

Nada más.

Pero la parte de mí que no sabe mentir—la adolescente de diecisiete años que nunca se fue—ya estaba susurrando:

Si vuelve a preguntar, no vas a poder mentir.

No bien.

No del todo.

No cuando te mira así.

Dejé el bolígrafo sobre la mesa.

Cerré el expediente.

Presioné las palmas de las manos contra los ojos e intenté respirar como una adulta funcional.

No sirvió.

Porque esto no es racional.

Es personal.

Es antiguo.

Y no va a desaparecer.

No cuando todavía recuerdo cómo se rió aquella tarde en la biblioteca. No cuando todavía sé exactamente cuántas veces reescribí esa carta. No cuando su voz hoy—suave, precisa—sonaba exactamente igual que en mi cabeza cuando imaginaba que la leía y… comprendía.

Abrí los ojos.

Las espirales seguían ahí.

Y en el centro de la más grande, sin darme cuenta, había escrito su nombre.

Pequeño.

Curvado.

Escondido como un secreto.

Sofía.

Lo miré durante mucho rato.

Y entonces dije, en voz muy baja, como si me costara algo:

—No sé si sospecha algo. Pero si sigue mirándome así… no voy a poder seguir mintiendo.

8

Sofía



No fue un gran momento. No de esos que conviertes en poema, o rebobinas en cámara lenta hasta que significa más de lo que debería. Fue una risa. Solo eso.

Estábamos en esa cafetería ridícula que huele a infancia y aceite recalentado, y ella dijo algo —seco, afilado, con esa honestidad que corta un poco más de la cuenta— y yo contesté con una estupidez a la altura. Y entonces, rió.

No una sonrisa. No ese gesto medio curvado que hace cuando quiere escapar del momento antes de que empiece.

No. Rió de verdad. De golpe. De forma tan real que no pude procesar lo que acababa de presenciar hasta que ya era tarde.

Y luego se frenó. Así, sin más. Muro arriba. Sonrisa borrada. El pánico asomando en sus ojos como si alguien hubiera activado la alarma contra incendios en su pecho.

Se fue antes de que pudiera decir algo que la hiciera quedarse. O que le ayudara a hacerlo. O que probara que no estaba imaginando la cercanía que se coló entre nosotras durante ese medio segundo.

Ahora han pasado horas.

El pueblo está en silencio. Yo estoy acurrucada en un jersey que huele a detergente y arrepentimiento, y no dejo de repetir esa risa en la cabeza como si fuera un secreto que solo yo pude escuchar.

No fue ruidosa. Ni duradera.

Pero fue suya. Y creo —no, sé— que fue real.

Y eso es lo que no puedo dejar de repasar una y otra vez. Porque fue una prueba. De que bajo el sarcasmo, la tensión, las huidas perfectamente calculadas… aún hay alguien ahí.

Alguien que, tal vez —solo tal vez— me vio mucho antes de que yo supiera cómo mirar de vuelta.

Me repetí que no era nada. Solo cafeína y nostalgia. Un momento de debilidad entre dos adultas que fingen no haber orbitado el mismo pasillo durante años como satélites nerviosos.

Pero eso es mentira. No fue nada. Fue una chispa.

Y ahora estoy aquí, horas después, intentando no escribir sobre ello. Intentando no convertirlo en algo que pueda editar, pulir, y meter entre bloques publicitarios.

Pero no puedo soltarlo.

Necesito hacer lo que siempre hago cuando mi corazón no sabe qué hacer consigo mismo.

Necesito hablar.

Así que alargo la mano hacia el micrófono. No por ellos. No por mis oyentes. Ni siquiera por claridad.

Por ella. O quizá… por la versión de ella que todavía existe, escondida en esa risa.

Hay un tipo de silencio que suena fuerte.

No incómodo. No hostil. Solo… lleno. Como si estuviera intentando contener algo que se derramaría si parpadeas en la dirección equivocada.

Ese es el tipo de silencio que arrastra Maya.

Al principio pensé que era por mí. Por el podcast. Por la carta. Que tal vez yo la ponía nerviosa. O peor… que la aburría.

Pero cuanto más la observo, más lo veo.

Ese silencio no es distancia.

Es una armadura.

Cada frase que dice está medida, como si intentara pasar por alguien que no siente demasiado. Su sarcasmo no es ingenioso por el gusto de serlo—es

precisión. Control. Un filtro entre ella y cualquier cosa que pudiera alcanzarla demasiado dentro.

Y sinceramente…

Sé exactamente cómo se siente eso.

Yo también lo hacía. En el instituto, me reía más fuerte que nadie porque así la gente no hacía preguntas para las que no tenía respuestas. Convertía en chistes los sentimientos que no sabía nombrar.

No conocía a Maya entonces—no de verdad. Pero mirarla ahora es como plantarme delante de un espejo emocional que no recordaba haber construido.

Camina por los pasillos como si fuese demasiado para todo y al mismo tiempo no suficiente para nada. Mira a la gente como si los estuviera memorizando por si acaso tiene que irse antes de que se den cuenta de que está ahí.

Y cuando habla conmigo… hay un destello—mitad miedo, mitad esperanza —que me dice que lo que sea que está reprimiendo…

Es personal.

Y quizá… tiene que ver conmigo.

No dejo de pensar en cómo se ríe… y cómo se apaga justo después. En la manera en que juega con las servilletas, los bolígrafos, las tapas de los cafés. En cómo da lo justo para parecer accesible, pero nunca tanto como para que alguien llegue a tocar algo de verdad.

Es como si estuviera construyendo un puente a medias, esperando —no sé si con miedo o esperanza— a que alguien lo cruce desde el otro lado.

Y no sé qué le da más miedo: que alguien lo intente… o que nadie lo haga jamás.

Quiero preguntarle. Romper ese compás que parece escrito para dos personas que no se atreven a hablar. Decir algo que desarme el patrón.

Pero en lugar de eso, estoy aquí sentada, con las piernas cruzadas sobre una silla que cruje cada vez que me muevo, hablándole a un micrófono que ha escuchado todas mis versiones: la impecable, la deshecha, la que parece valiente solo porque nadie está delante para ver cómo me tiembla la voz.

Empiezo susurrando:

—A veces, lo más valiente que puedes decir es nada. Pero otras veces, el silencio es solo miedo disfrazado de elegancia.

Hago una pausa. Dejo que las palabras se acomoden solas en el aire.

Y entonces lo digo:

—Y Maya Bell… lleva ese silencio mejor que nadie que haya conocido nunca.

Mi voz se quiebra.

No mucho. Solo lo justo.

Porque esto ya no va de hacer un podcast.

Va de contar la verdad.

Y, de pronto, me doy cuenta de que eso que ella no dice… está empezando a decir algo por sí solo.

No tenía pensado grabar esta noche.

Ni guion, ni puntos clave, ni esa estructura emocional milimetrada que suelo usar para que todo encaje justo al minuto treinta y seis.

Solo estoy yo.

Sentada en el suelo de esta habitación de invitados convertida en improvisado búnker de grabación, envuelta en una manta que huele a canela y a suavizante, con las rodillas recogidas y el micro apoyado sobre una pila de libros que probablemente nunca terminaré.

Sin música de entrada. Sin prueba de sonido.

Solo yo.

Y la voz que he estado evitando.

Ajusto el filtro antipop. Me subo la manta por encima de la cabeza como si construyera una fortaleza hecha de cosas suaves y negaciones voluntarias.

Y pulso "grabar".

Una respiración.

Otra.

Y empiezo:

—Hola. Soy Sofía. Esto no es un episodio como los demás. Ni siquiera es un episodio completo. Solo es algo que necesito decir. Para mí. Y, quizás… para alguien más.

Vuelvo a pausar.

El silencio ya no suena a hueco. Suena a verdad intentando encontrar forma.

—Últimamente he pensado mucho en todo lo que no dije cuando tenía diecisiete años.

En todo lo que no sabía cómo decir.

En lo que ni siquiera me atrevía a reconocerme a mí misma.

Me recoloco. La silla se queja. Puedo oír mi corazón en la garganta.

—Y me pregunto… si hubiera sido más valiente, o más amable, o simplemente más presente en aquel momento… ¿habría cambiado algo? ¿Alguien a quien quiero habría sufrido un poco menos?

Trago saliva.

Y el micro lo recoge todo.

—Este episodio se titula "Las cosas que no dije cuando tenía diecisiete". Y esto es todo lo que es: una confesión. Una reflexión. Un quizá.

Cierro los ojos y dejo que las palabras salgan como un suspiro:

—No dije gracias.

No dije que tenía miedo.

No dije que tus palabras —tu carta— me hicieron sentir vista de una forma que no sabía que necesitaba.

No dije que la leí tres veces en el baño porque no sabía qué hacer con algo tan sincero.

No dije que me reí en el pasillo no porque fuera gracioso… sino porque no sabía cómo sostener algo tan puro sin romperlo.

Exhalo.

Y suena a alivio. Y también, quizá, a culpa.

—No dije que importabas. Y lo siento.

Ya está.

La frase que nunca le he dicho a nadie.

La que ha estado escondida detrás de cada entrevista, cada historia, cada hora que he pasado intentando entender a otras personas para no tener que mirarme yo.

—Si estás escuchando esto— Y no sé si lo estás— esto es lo que debería haber dicho:

Te escuché. Aunque fingiera que no. Te escuché.

Me detengo.

No porque no tenga más que decir.

Sino porque, de algún modo, ya he dicho más de lo que pensé que podría decir en voz alta.

—Recuerdo el pasillo.

Lo digo bajito, como si nombrarlo muy alto pudiera despertar algo que llevo años intentando enterrar.

—Era en la tercera planta. Los taquilleros con los números despintados. Ese olor a abrillantador de suelos y desesperación recalentada en microondas. Iba caminando con Jessica y Jo. Tenía un chupa-chups en la boca—de manzana verde, mi favorito entonces—y alguien me entregó un sobre.

Pausa.

El recuerdo me envuelve como niebla.

—Sin nombre. Solo el número de mi taquilla. Una letra escrita con una caligrafía que parecía cuidada. Como si la persona que la escribió la hubiera rehecho una docena de veces antes de decidirse por esta versión.

Lo recuerdo con una nitidez que duele.

El sobre entre mis manos. El peso. La expectación. La confusión.

—Lo abrí tras la escalera. Ni siquiera esperé. Y lo leí una vez. Y otra. Y otra más. Me temblaban los dedos.

Era precioso.

No grandilocuente. Ni excesivamente poético. Solo… honesto.

Y eso fue lo que me desarmó.

—La carta decía:

"No me conoces, no de verdad, pero yo sí te veo. Y esa forma en la que ríes, como si te costara algo, me hace querer proteger lo que hay debajo."

Dejo la cita flotando en el aire.

Todavía presiona contra mis costillas como un moratón.

—Debería haberme sentido halagada. O al menos intrigada. Pero me entró el pánico.

Porque eso era tener diecisiete: pánico con brillo de labios.

—No sabía cómo recibir algo tan puro. Así que se la enseñé a Jessica. Ella se rió. Yo también. Hice una broma sobre lo "obsesionada" que debía de estar esa chica misteriosa. Y vi cómo una parte de mí se rompía mientras el resto seguía como si nada.

Respiro hondo.

Y en esa respiración hay algo roto.

—Me gustaría decir que no lo sabía. Que era demasiado joven. Que era más fácil burlarse de algo que admitir que importaba. Pero la verdad es… que tenía miedo. Miedo de que alguien me quisiera así, sin pedir nada a cambio. Miedo de que alguien mirase más allá de la fachada… y aún así dijera sí.

Me muevo en la silla, la manta resbalando de mis hombros, la piel más fría ahora, como si la habitación también estuviera escuchando.

—Nunca supe quién fue. No con certeza. Pero a veces me pregunto si estaba mirando aquel día. Si me vio reír. Si oyó cómo convertí su confesión en un chiste.

Y ahora llega la parte que nunca quise decir. Ni siquiera a mí misma.

—Si lo hiciste… Si lo viste… Lo siento.

No es elegante. No es brillante. Pero es verdad.

Y quizá, después de todos estos años, eso sea suficiente.

—He leído esa carta más veces de las que he admitido. Y no solo entonces. A lo largo de los años. Noches solitarias. Citas desastrosas. Días peores. Recordaba su forma.

No eran palabras rimbombantes.

No hablaban de amor como fuegos artificiales, ni exigían atención con metáforas.

Pero me veían.

De una forma que se sentía… inmerecida. Y sagrada. Y aterradora.

—Esa carta—quienquiera que fueras, dondequiera que estés— no me salvó la vida. Pero hiciste algo casi más difícil.

Paro la grabación un segundo. Me seco una lágrima.

Y vuelvo a darle al rec.

—Me hiciste creer que podía ser amada. Sin ganármelo. Sin fingir. Sin actuar.

En aquella época, nadie me había dicho que el deseo podía sentirse suave. Que no tenía que tener un coste. Que podía ser tranquilo. Seguro. Tierno.

—Tú no pediste nada. Solo me diste tu verdad. Y yo no supe qué hacer con ella, así que la rompí.

Dejo que las palabras caigan. Como deben caer.

Porque no hay envoltorio bonito para este tipo de disculpas.

—Y esto nunca lo he dicho antes:

Lo necesitaba. Aunque no supiera cómo dar las gracias. Aunque tirase esa carta al fondo de mi taquilla como si quemara. Necesitaba saber que alguien podía ver más allá de la versión que yo misma había construido con tanto cuidado. Esa chica que reía demasiado alto y tenía los bordes demasiado blandos para sobrevivir.

Me estiro un poco en el suelo, las piernas dormidas ya, pero me da igual.

—Así que si estás escuchando esto— y una parte de mí lo espera, aunque la otra esté muerta de miedo— quiero que sepas esto.

Mi voz es más lenta ahora. Más baja. Como si las palabras también estuvieran respirando.

—Importaste. Todavía importas. Y esa carta… se quedó. Incluso después de que yo fingiera haberla olvidado. Incluso después de olvidar cómo decir algo verdadero.

Cierro los ojos. Visualizo la escalera. El sobre. Ese instante en que me sentí observada… y no juzgada.

Y susurro:

—Gracias.

No es algo grandioso. Ni tardío.

Solo… sincero.

El tipo de "gracias" que se queda viviendo en el forro del pecho mucho después de que el momento haya pasado.

Porque aquella carta no me arregló. No me salvó. No me convirtió en alguien más valiente.

Pero me dijo—bajito, con insistencia—que merecía ser vista.

Y nunca he olvidado cómo se sintió eso.

Detengo la grabación.

Hay un momento justo después—más largo que un suspiro, más corto que una respiración—en el que todo dentro de mí se queda en silencio. No en paz, exactamente. Pero en calma.

Como si mi cuerpo aún no se hubiera dado cuenta de que de verdad lo he dicho todo en voz alta.

No edito. No corto las pausas. No elimino el temblor de mi voz en el minuto catorce.

Lo dejo todo.

Incluso el temblor.

Especialmente el temblor.

Porque, quizá por una vez, eso es lo que más importa.

La pantalla me pregunta: ¿Seguro que quieres publicar este episodio?

Dudo un segundo con el cursor sobre el botón.

Parece un ritual, de alguna forma. Como si hacer clic en "subir" fuera abrir una ventana y gritar algo que nunca debí decir al viento—y rezar para que caiga en las manos correctas.

O en los oídos correctos.

Hago clic.

Así, sin más.

Ya está fuera.

Sin música. Sin despedida pulida. Sin anuncios. Solo mi voz, cruda, real y un poco rota por el centro.

Cierro el portátil con cuidado. No como si cerrara una puerta, sino como si pasara la página de un diario que no sé si volveré a leer algún día.

Y entonces… me quedo sentada.

Envuelta en mi manta, con las rodillas pegadas al pecho, escuchando el silencio de la habitación como si pudiera responderme.

No lo hace.

Pero tampoco suena vacío.

Suena… suspendido.

Como si el aire estuviera esperando.

No una respuesta. Ni siquiera un cierre.

Solo… tiempo.

Quizá ella nunca lo escuche. Quizá no importe. Quizá todo esto se pierda entre algoritmos y desaparezca en un mar de ruido de fondo.

Pero quizá no.

Quizá alguien lo escuche y se reconozca en mi voz.

Quizá la persona para la que estaba destinado lo sienta antes de entenderlo.

Quizá lo único que no supe decir con diecisiete años, por fin llegue—con diez de retraso, sí—pero todavía cálido.

Todavía honesto.

Todavía suyo.

Me tumbo en el suelo, el brazo sobre los ojos como si intentara esconderme del techo.

Y susurro, no al micrófono esta vez, sino al universo, al aire, a nadie y a alguien y a ella—

—Por si estás escuchando. Gracias. Por verme antes de que yo supiera cómo verme a mí misma.

No hay música.

No hay crescendo dramático.

Solo el leve zumbido del mundo avanzando sin saber que algo importante acaba de ocurrir dentro de una habitación minúscula con mala luz y una chica que, por fin, ha dicho la verdad.

Y quizá eso sea suficiente.

Quizá eso sea lo que realmente significa sanar.

No algo grande. Ni ruidoso.

Solo… dicho.

9

Maya



Hay un baño en la segunda planta de mi antiguo instituto que recuerdo mejor que mi primer beso.

Las luces parpadeaban como en una casa encantada. Las puertas de los cubículos no cerraban bien—tenías que atrancar una mochila contra ellas si querías algo de intimidad. Siempre olía un poco a lejía y a sueños rotos. Y las baldosas… madre mía, las baldosas. Blancuzcas, con juntas del color de los secretos mal enterrados.

Allí fue donde la escribí.

No en casa, ni en la biblioteca, ni en un rincón romántico o poético.

Allí.

Sentada sobre la tapa fría del váter, con las rodillas encogidas, el corazón latiéndome tan fuerte que pensé que el conserje podría oírlo a través de la pared.

Recuerdo el bolígrafo—tinta azul, de los baratos, de esos que se emborronan si respiras mal. También recuerdo el papel. Era el reverso de un examen de literatura suspendido, uno que llevaba semanas en la mochila porque la profesora había escrito "un esfuerzo decepcionante" en rojo. Me pareció adecuado. Una chica decepcionante escribiendo sentimientos decepcionantes para alguien a quien jamás tendría el valor de mirar a la cara.

Pero lo escribí igual.

No porque pensara que cambiaría algo.

Sino porque si no lo escribía, sentía que iba a explotar.

Y si explotaba, estaba segura de que sería el tipo de desastre que nadie se molestaría en limpiar.

La carta no era larga. Nunca se me dio bien alargar las cosas. Tampoco se me daba bien ser directa. Ni tener esperanza.

Solo… necesitaba que lo supiera.

Que cuando se reía, el mundo se tambaleaba. Que la miraba morder el tapón del bolígrafo como si resolviera ecuaciones con los dientes. Que me había aprendido de memoria la forma en que movía los dedos al hablar, aunque nunca supe qué decir yo a cambio.

Que soñaba con tocarle la mano y me despertaba temblando porque ni siquiera dormida podía hacer algo así sin consecuencias.

No la firmé. Por supuesto que no.

Ya era suficientemente peligroso haberla escrito.

Era como una cápsula del tiempo que no tenía intención de enterrar. Pero, de alguna forma, lo hice.

Allí. En aquel baño. En el examen arrugado. Bajo las luces parpadeantes y el miedo demasiado brillante.

Hay versiones de una misma que solo conoces una vez.

Aquella chica, encogida sobre el azulejo helado, con los dedos manchados de tinta y el corazón a punto de desbordarse… fue la persona más valiente que he sido nunca.

Y a la que más le debo.

Usé el reverso del examen porque ya llevaba en él el peso del fracaso.

Me pareció apropiado.

Había algo silenciosamente poético en escribir una carta de amor sobre una F: como si dijera "esto es todo lo que hice mal… y esto, tal vez, es lo único que podría hacer bien."

Empecé escribiendo su nombre.

Luego lo taché.

Después me quedé mirando la hoja tanto rato que las letras se me quedaron grabadas en la vista como si fueran fantasmas.

La tinta se corría más de lo que esperaba. O quizás era mi mano, que no dejaba de temblar.

No recuerdo haber escrito la carta en orden. Recuerdo escribir en espiral. Frases que se perseguían unas a otras. Pensamientos que no sabía cómo colocar porque el cuerpo me latía entero a base de "y si" y "ahora qué".

Recuerdo exactamente una frase:

"Cuando te ríes, olvido dónde estoy."

No porque fuese romántica.

Porque era verdad.

Sofía tenía una forma de reírse como si no le debiera nada al mundo. Como si la alegría fuera algo que se pudiera llevar puesto. Y yo… yo solo intentaba no disolverme cada vez que pasaba por mi lado en el pasillo.

Otra frase:

"No me conoces, pero yo reconozco la forma de tu voz mejor que mis propios pensamientos."

Mordí la esquina del papel al escribirla. Por nervios. O por hambre. O por desesperación.

Estaba tan enamorada de ella que dolía.

Y no era ese dolor bonito de mariposas. Era el otro. El que se clava en la garganta como algo punzante. El que te hace encogerte cuando alguien dice tu nombre demasiado de golpe. El que te lleva a escribir una carta con las manos temblorosas en un váter que no cierra porque te da más miedo que te vean que que te pillen.

No dije que estaba enamorada de ella.

No directamente.

No era tan imprudente.

Pero cualquiera que leyera aquello lo habría sabido.

El deseo estaba ahí—en los márgenes. En cómo describía la forma en que sujetaba los libros. En cómo decía que "tu voz hace que las cosas dejen de doler, aunque solo sea un segundo."

Y en cómo la terminé, con solo tres palabras:

"Por favor, mírame."

Con diecisiete años no sabía exactamente qué quería decir con eso.

Solo sabía que la mayoría de los días me sentía invisible.

Y que si ella me miraba—aunque fuera una vez—tal vez bastara para anclarme a algo real.

Doblé la carta con cuidado. Con una lentitud casi ridícula.

Como si un doblez mal hecho pudiera deformar lo que quería decir. Como si el papel tuviera memoria. Como si algún día alguien la sostuviera entre los dedos y aún pudiera sentir cuánto me temblaban las manos cuando la solté.

No la firmé.

Pero puse en ella todo lo que tenía.

Era martes.

Lo recuerdo porque el profesor de química estaba de baja y el instituto entero olía a libertad y a desinfectante.

Había doblado la carta tantas veces que ya no parecía papel: era tela. Suave por las esquinas. Caliente de tanto estar en mi bolsillo. Palpitaba. Como si tuviera vida propia.

No dejé de tocarla en toda la clase, por miedo a que desapareciera si apartaba la vista. Como si fuera a quemarme el muslo. Como si fuera a dejarme una marca con forma de verdad.

Al final del día, me obligué a hacerlo. Ahora. Sin más borradores. Sin más "quizá mañana". Ahora. O nunca.

El pasillo frente a su taquilla estaba casi vacío—solo el sonido de un cubo de fregona rodando a lo lejos y los fluorescentes zumbando como un ataque de nervios contenido.

Su taquilla era la 143.

Aún lo recuerdo.

Conté los números en voz baja, aunque sabía perfectamente dónde estaba. Como si el ritual pudiera impedir que el valor se me escapara por los tobillos.

Cuando llegué, me quedé quieta.

Un segundo. Dos.

Solo miraba el metal. Esa ranura estrecha en la puerta, como una boca dispuesta a tragarme entera.

Pensé en darme la vuelta. En tirar la carta a la basura. En prenderle fuego y bailar sobre las cenizas para asegurarme de que no pudiera volver.

Pero la mano se me adelantó.

Deslicé la carta. Rápido. Preciso.

Un pequeño empujón. Y desapareció.

Ya está.

Lo que tardó menos de un segundo en hacerse me dejó clavada al suelo como si acabara de cometer un crimen.

El corazón me latía tan fuerte que temí que el conserje lo oyera y llamara a seguridad. Me ardían las orejas. La sangre me zumbaba en la nuca. Quería vomitar, desaparecer y correr un maratón, todo a la vez.

En lugar de eso, me alejé.

Despacio primero, como si no estuviera a punto de explotar. Luego más rápido, por el pasillo, pasando el ala de matemáticas, hasta llegar al laboratorio de ciencias. Me metí en el trastero de atrás, ese donde nadie miraba jamás.

Me senté entre matraces polvorientos y cajas de mecheros Bunsen caducados, con las rodillas recogidas, respirando como si acabara de salir de un edificio en llamas.

Y puede que fuera así.

Porque lo que acababa de hacer no se sentía como esperanza.

Se sentía como rendición.

Como si hubiera entregado la parte más afilada y más blanda de mí, sin saber si la iban a sostener o a romper.

En ese momento, no me permití imaginarla leyéndola. No dejé que la esperanza se asomara.

Solo me senté a oscuras, con las manos aún temblando, el corazón resonando en las costillas como un nombre que nunca me atreví a decir en voz alta.

Porque decirlo habría significado algo.

Y yo ya había dicho demasiado.

Al día siguiente, intenté olvidar.

Fui al instituto con la mirada baja, el ánimo por los suelos y los auriculares puestos, aunque no sonara nada. Solo necesitaba una capa más entre el mundo y yo. Entre ella y yo.

A la hora de comer, casi había conseguido convencerme de que no la había leído. Quizá se había perdido. Quizá le pareció una broma y la tiró. Quizá ni siquiera llegó a sus manos.

Quizá seguía a salvo.

Me equivoqué.

Recuerdo ese momento con tanta nitidez que podría estar ocurriendo ahora mismo.

Estábamos en el patio—el sol demasiado brillante, las risas rebotando contra los muros de ladrillo como si no tuvieran a dónde ir. Yo estaba sentada bajo el árbol junto al comedor, fingiendo interés por el sándwich triste que me había traído ese día.

Y entonces escuché su voz.

Sofía.

Leyendo.

Mis palabras.

En voz alta.

Como si no fueran nada.

—"Cuando te ríes, olvido dónde estoy" —leyó, con una carcajada.

—"Venga ya, esto es de lo más dramático"—.

Sus amigas se partían de risa.

Jessica resopló tanto que casi se atraganta con el zumo.

Jo dijo algo como: "¿Estamos en una novela juvenil ahora?"

Yo no me moví.

Ni respiré.

Ni corrí.

Sonreí.

Eso es lo que más me duele—que sonreí.

Me uní.

Me reí como una más. Como si esas palabras no fueran mías. Como si no las hubiera escrito desde lo más hondo y asustado de mí. Como si no quisiera desaparecer con tanta fuerza que las uñas se me clavaban en los muslos bajo la mesa.

Sofía siguió leyendo.

—"No me conoces, pero conozco la forma de tu voz mejor que mis propios pensamientos."

—"Vale, pero… ¿quién dice eso?" —bromeó.

Y volvieron a reír.

Y yo también.

Porque ¿qué otra cosa podía hacer?

¿Llorar?

¿Ponerme en pie y gritar: "Es mía, y cada palabra era verdad"?

No.

Solo asentí, mantuve la sonrisa pegada a la cara y dejé que el calor me subiera por el pecho hasta quemarme por dentro.

Y lo peor—lo verdaderamente cruel—es que ella no lo sabía.

No quería hacer daño.

Solo estaba siendo Sofía. Popular. Ruidosa. Torpe con los secretos ajenos.

Pero yo no era como ella a los diecisiete.

Yo era diecisiete como una herida. Como un susurro. Como una pregunta que nadie quería oír en voz alta.

Y ese momento.

Esa risa.

Me enseñaron todo lo que necesitaba saber sobre la vulnerabilidad.

Por eso, desde ese día, dejé de entregar nada que no pudiera recuperar.

Dejé de escribir. De soñar. De esperar.

No lloré en el baño.

No me salté ninguna clase.

Simplemente me doblé sobre mí misma hasta hacerme más pequeña. Más silenciosa. Más dura.

Porque la suavidad me había costado una humillación pública.

Y esa clase de vergüenza no se quita con agua ni tiempo.

Nunca descubrieron que había sido yo.

Ni ella. Ni sus amigas. Nadie.

Y me aseguré de ello.

Me reí la más fuerte. Puse los ojos en blanco cuando empezaron las especulaciones románticas. Dije cosas como: "Madre mía, hay gente que necesita urgentemente bajarse de la nube."

Y con eso, me borré.

Perfectamente.

Eficazmente.

Por completo.

Esa tarde, al llegar a casa, me senté ante el escritorio, abrí la libreta… y no escribí.

Por primera vez en años, no me salía nada.

Ni un poema. Ni un diario. Ni una letra de canción inventada.

Cada palabra parecía un riesgo. Cada frase, una amenaza que no podía volver a permitirme.

Así que cerré la libreta. La metí en un cajón. Y no la volví a abrir durante una década.

Ese fue el día en que aprendí que no se puede confiar al mundo las partes más blandas de una.

Que si entregas tu corazón en minúsculas, puede que alguien lo convierta en chiste antes de que aprendas a deletrear tu nombre.

A partir de ahí, se me dio bien el sarcasmo.

Muy bien.

Aprendí a esquivar más rápido que una tenista profesional. A burlarme de mí misma antes de que lo hiciera nadie. A convertir cada enamoramiento en broma, cada aleteo en mueca, cada posibilidad en un "da igual".

Empecé a salir con chicos—no porque quisiera—sino porque era más seguro. Porque nadie hacía demasiadas preguntas. Porque su atención no me asustaba como lo hacía la de ella.

Y cada vez que me entraban ganas de escribir otra carta—aunque fuera solo para mí—recordaba ese momento en el patio.

La risa.

El ardor en la cara.

El pulso golpeando como si quisiera salirse de mi piel.

Y me tragaba el impulso entero.

Me convencí de que el amor era cosa de otras personas. Que a chicas como yo no les escriben confesiones, solo les toca resistir. Que si mantenía mi corazón envuelto en espino, nadie se atrevería a reírse de lo que no pudieran ver.

Me gradué con honores.

Fui a la universidad.

Obtuve un título en psicología.

Aprendí todas las teorías sobre apego, mecanismos de defensa y traumas formativos.

Y aun así…

Nada tenía tanto sentido como el recuerdo de aquella hoja doblada y la forma en que ardía al volver a mí, leída por alguien que nunca supo lo que había hecho.

Porque eso es lo que pasa cuando sobrevives a algo que te ha rajado por dentro:

Aprendes a no sangrar.

Pero no dejas de sentir el eco.

Especialmente cuando la persona que encendió la mecha vuelve a aparecer en tu vida diez años después…

Y te sonríe como si nunca te hubiera visto encogerte.

Es curioso lo que sobrevive.

No los grandes momentos. No las fiestas, ni las frases del anuario, ni los días de espíritu escolar.

No. Lo que se queda es un trozo de papel reciclado, doblado cuatro veces, empujado por la rendija de una taquilla como si fuera una oración. El sonido de alguien leyendo tus palabras en voz alta. La temperatura exacta de tu vergüenza cuando se ríen.

Eso es lo que se queda.

Guardé el borrador.

El original.

No el que metí en su taquilla—ese nunca lo volví a ver. Sino la primera versión. La desordenada. La que tiene manchas de tinta y una pequeña rotura en el borde donde apreté demasiado fuerte. La que reescribí tres veces y aun así no conseguí que dijera lo que quería.

Vive al fondo de un cajón en mi apartamento, debajo de un montón de fotos viejas y garantías caducadas.

Pero a veces lo saco.

Como esta noche.

El papel está suave ahora, como piel. Ha envejecido de una forma que yo no. Está amarillento en las esquinas. Pero las palabras…

Siguen afiladas.

Siguen siendo mías.

Siguen siendo suyas.

Lo leo otra vez, como he hecho demasiadas veces.

Y esta vez, algo cambia.

Porque esta vez, ella está aquí.

Sofía.

En este pueblo. En este instituto. En mi vida, otra vez. Riendo un poco más bajo. Mirando un poco más profundo. Haciendo preguntas con los ojos que antes no sabía hacer con la boca.

Y me pregunto—peligrosamente, estúpidamente, quizá—si lo leyera ahora, ¿lo escucharía de forma distinta?

¿Entendería lo que quise decir cuando escribí "Por favor, mírame"?

¿Me miraría, por fin?

El caso es que he pasado tanto tiempo estando enfadada. Con ella. Conmigo. Con el universo por su perfecta crueldad en los tiempos.

Pero últimamente… esa rabia parece más ligera.

Gastada.

Como un abrigo que ya no me queda.

Porque ha vuelto.

Y ha traído la carta consigo—aunque no lo sepa. Aunque aún no sepa que fui yo.

Y no dejo de pensar:

Quizá nunca debía haberlo olvidado.

Quizá esto siempre iba a volver.

No sé qué quiero de ella.

¿Una disculpa? ¿Una segunda oportunidad? ¿Una señal de que no fui completamente invisible?

O tal vez solo un instante en el que no sienta que tengo que esconderme detrás de una broma para poder estar en la misma habitación.

Lo único que sé es esto:

Una vez escribí algo que sentí como si fuera mi corazón entero, expuesto sin defensas.

Y nunca llegué a terminarlo.

Pero ahora, diez años más tarde, la chica para la que lo escribí está sentada a dos pasillos de distancia, leyendo cartas de desconocidos, intentando encontrar a un fantasma.

Y yo estoy aquí, muy viva, con una verdad que llevo una década fingiendo que no importa.

Quizá no sea demasiado tarde.

Quizá el final de esa carta todavía esté esperando.

Quizá nunca fue sobre el papel.

Quizá siempre fue sobre la voz.

Y quizá—

solo quizá—

estoy lista para usar la mía.

10

Sofía



Hay algo inherentemente maldito en las fiestas de reencuentro del instituto. Todo el mundo finge que ha superado el trauma o que ha sabido rentabilizarlo. La iluminación es siempre un punto demasiado romántica para gente a la que una vez viste vomitar en clase de gimnasia. ¿Y la música? Una mezcla trágica de nostalgia y mal gusto que te hace replantearte cada recuerdo que alguna vez consideraste formativo.

Naturalmente, confirmé mi asistencia. Principalmente porque estaba un ochenta por ciento segura de que Maya no vendría. Lo que, en mi particular idioma del autoengaño esperanzado, significaba: vendrá seguro.

El evento es en el recién renovado centro comunitario—que, básicamente, es el antiguo auditorio con velas y un aire acondicionado que funciona. Hay un DJ con pinta de dar clases de geografía por las mañanas y bandejas de canapés tan pequeños y artísticos que me hacen desear haberme comido un bocadillo antes de llegar.

Escaneo la sala. Ya es instinto, a estas alturas. Como si buscara algo que perdí hace mucho tiempo pero que solo ahora he admitido que quiero recuperar.

Y entonces la veo. En una esquina, con un vestido negro y el pelo recogido en ese moño suelto, casi despeinado, que dice: me importa lo justo como para que te preguntes si me importa en absoluto. Tiene una copa de vino en la mano

y la actitud de alguien que ha calculado la ubicación de todas las salidas de emergencia.

Parece exactamente como alguien que no quería venir. Y, por supuesto, eso la convierte en imposible de ignorar.

Respiro hondo. Me arreglo el pintalabios usando el reflejo de una cuchara como si fuera una adulta funcional. Y camino directamente hacia eso a lo que llevo dando vueltas desde el momento en que volví a este pueblo.

Al principio no me ve. O quizá sí, pero finge que no. Sea como sea, sigue allí cuando me planto delante de ella. Sigue allí cuando digo:

—No esperaba verte aquí.

Alza una ceja, despacio, con precisión quirúrgica.

—Nadie lo espera nunca —responde.

Hay un segundo de pausa. Y luego… Sonreímos. A la vez. No es una sonrisa educada. Ni forzada. Es… honesta. Y, de pronto, el reencuentro pasa a ser ruido de fondo. Porque he encontrado a la única persona por la que vine esta noche. Y esta vez, no pienso irme sin una respuesta.

Maya no se mueve cuando me coloco a su lado. Simplemente alza su copa en un brindis silencioso, como si fuésemos cómplices de un crimen que ninguna de las dos se atreve a nombrar.

—¿Sigues odiando el small talk? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Solo cuando viene acompañado de sudor, ruido y canapés de gambas —responde, imperturbable.

Me echo a reír. Porque esa es la cosa con Maya: nunca te da el calor fácil. Te da el filo, la mordida, la réplica perfecta. Pero cuando la suelta en el momento justo, se siente como un apretón de manos secreto que nadie más en la sala podría entender.

Pasa una bandeja de bebidas flotando entre la gente. Cojo dos, le tiendo una sin preguntar. Duda. La acepta. Progreso.

Nos apoyamos contra la pared, como si eso fuera suficiente para sostenernos en pie a través de nuestra mutua desgana por el resto del mundo.

—He oído que alguien ya ha vomitado en el parking —comento, echando un vistazo alrededor.

Maya da un sorbo.

—Nada como un buen vómito junto a un Honda Civic para hablar de crecimiento personal.

Se nos escapa una sonrisa. Una pausa. Más fácil, esta vez.

Un grupo de chicas pasa cerca—antiguas alumnas de unos cursos más abajo, con esos ojos brillantes de quien no puede creer estar en la misma fiesta que Sofía Rey, la voz del podcast.

Nos saludan con la mano, se ríen, cuchichean algo que suena peligrosamente parecido a: "¿Están juntas?"

Maya vuelve a alzar una ceja.

—Creo que acaban de hacer un ship contigo —murmura.

—¿Y si te digo que me halaga un poco?

—Solo sería raro si también te halaga que nos hayan llamado "lesbianas vintage con tensión a fuego lento".

Casi escupo la bebida.

—¿De verdad han dicho eso?

Se encoge de hombros.

—No hacía falta.

Durante unos segundos, nos reímos de verdad. De esa risa profunda, desde el pecho, imposible de fingir. De esa que te saca de ti misma un instante y convierte el aire entre dos personas en algo distinto. Más ligero. Más cálido.

Maya se relaja. Apenas un poco. Las líneas alrededor de sus ojos se suavizan. Deja de aferrarse al tallo de la copa como si fuera un arma.

Y, de repente, estamos hablando. No actuando. No esquivando. Hablando.

De antiguos profesores. De aquella vez que sonó la alarma de incendios en mitad del baile de graduación y la mitad del alumnado pensó que era una broma. De cómo ninguna recuerda quién fue Reina del Homecoming, pero ambas recuerdan la canción que sonaba cuando volvieron las luces.

Vamos por la segunda copa, y el sarcasmo sigue ahí—pero ahora lleva algo más. Una nota distinta. Algo parecido a la curiosidad. O a la cautela. O a la esperanza.

Miro sus manos. Siguen firmes. Siguen cerca. El espacio entre nosotras ya no es solo físico. Es metafórico, emocional. Tal vez incluso momentáneo.

Me inclino un poco. No lo suficiente como para asustarla. Solo lo justo para que sepa que estoy aquí.

Y esta vez, no se aparta.

—Vale —dice Maya, alzando su copa como si fuera un micrófono—. Peor recuerdo del instituto. Venga, dispara.

Fingo un escalofrío teatral.

—¿Solo uno?

Sonríe de medio lado.

—Si salgo yo en él, no quiero saberlo.

—Entonces lo querrás escuchar seguro.

Me detengo. La dejo en suspense. Solo un poco.

—Una vez, en clase de Educación Física, estaba tan distraída mirando cómo alguien sacaba de volea que tropecé con mi propio cordón y me estampé de cara contra el suelo. Delante de unas treinta personas.

Inclina la cabeza.

—¿Alguien?

—Estoy protegiendo su identidad.

Maya alza las dos cejas.

—O sea que estabas mirándole el culo a alguien.

—Me acojo a mi derecho a no declarar.

Se ríe. Esa risa seca, baja, que parece venir de un sitio más profundo que los pulmones.

—Te toca —le digo.

Finge pensar un segundo, pero sé que ya lo tiene claro.

—Fingí una reacción alérgica para librarme de un examen de mates.

Casi derramo el vino.

—¿Qué?

—Tenía un paquete de pañuelos escondido en la manga, calculé un estornudo, todo. Hasta me enrojecí los ojos con bálsamo de labios mentolado. Le dije al profesor que era "una reacción al polvo de la tiza".

—Eso es… sinceramente, icónico.

—Era una genia adolescente. Caótica, pero genia.

Volvemos a reírnos. Y esta vez es distinto. No por las anécdotas. Ni por el alcohol. Sino porque, entre broma y broma, y entre todo lo que compartimos sin decir, hemos dejado de contenernos.

Durante unos minutos, solo somos dos personas que una vez compartieron pasillos. Que crecieron, se hicieron daño, se construyeron una coraza… Y ahora estamos aquí. Dejándonos llevar por la gravedad de la otra como si fuera algo que el cuerpo recuerda por sí solo.

—¿Alguna vez piensas en ello? —pregunto.

Maya me lanza una mirada de lado.

—¿En qué?

—En entonces. En quiénes éramos.

Se queda en silencio un instante.

Luego dice:

—A veces.

Asiento, sin presionar.

Y añade, en voz baja:

—Pienso en todo lo que no sabíamos.

Y me atraviesa. Como un dolor leve. Porque yo también lo pienso.

En las palabras que no dijimos. En las cosas que no supimos nombrar. En esas miradas que quizás significaban más de lo que nos permitimos creer.

Pienso en una carta. Y en cómo llevo semanas orbitando alrededor de ella… de ella.

Vuelvo a mirarla a los ojos. Ella no aparta la mirada. Hay una especie de pulso entre nosotras, casi visible. Como si el espacio vibrara con todo lo que hemos evitado nombrar durante años.

Cambia la canción. Las luces se atenúan un poco. Maya cambia ligeramente de postura, como si fuera a decir algo más. Pero no lo hace. Da otro sorbo. Y al dejar la copa, sus dedos rozan los míos.

Es breve. Quizá accidental. Pero lo siento. Como electricidad en agua templada.

Y esta vez… No se aparta.

Ocurre como ocurren siempre las cosas peligrosas: en silencio. Sin estruendo. Sin aviso. Sin cámara lenta.Solo una pausa entre canciones. Una respiración que cae demasiado cerca.

Maya deja su copa. Yo hago lo mismo. Estamos hombro con hombro, apenas separadas por un suspiro, y las luces a nuestro alrededor se difuminan como si fuéramos las únicas que importan en la escena.

No me mira. Pero tampoco se aleja.

Inclino ligeramente la cabeza, solo lo justo para ver el contorno de su mandíbula, la tensión en su garganta. Sus dedos se mueven a los lados como si no supieran si agarrarse a algo o soltarlo todo.

Ya no estamos hablando. Y sin embargo, esto suena más fuerte que cualquier palabra que hayamos dicho esta noche.

Respiro. Su perfume es sutil. Nada floral. Nada dulce. Limpio. Cortante. Familiar de una forma que me hace doler las costillas.

Se gira. No del todo. Solo el mentón. Lo suficiente para que nuestras miradas se crucen.

Y cuando lo hacen…

No es la Maya de hace diez minutos. No es la de la ironía fácil, la postura medida ni la armadura hecha de ingenio.

Es ella sin defensa. La versión que no enseña a nadie. Y me mira como si ya supiera que la he descubierto.

Como si le aterrase. Pero no lo suficiente como para irse.

Abro la boca para decir algo. Cualquier cosa. Pero las palabras se enredan. Porque ¿qué se puede decir cuando lo que sientes está atrapado entre la memoria y el vértigo?

Mi mano, sin pensar, roza su codo. Solo eso. Pero su respiración se entrecorta. Y el estómago se me hunde.

Porque conozco esa sensación. Es la que se tiene justo antes de un beso que te vas a arrepentir de no haber dado. La que se tiene con diecisiete años cuando alguien te sonríe como si importaras de verdad.

Es ahora. Está ocurriendo. Podría ocurrir.

Pero no ocurre. Porque Maya da un paso atrás. Solo medio paso. El justo para romper el momento en seco.

Me quedo quieta. Ella exhala como si intentara apagar un fuego con los pulmones.

Y en el espacio donde algo hermoso podría haber crecido, solo queda el zumbido silencioso de las frases que no se dijeron.

Intento mantener su mirada. No me lo permite.

Mira hacia otro lado. Y por primera vez en toda la noche, siento frío. Porque yo no estaba jugando. No esta vez. No con ella.

La voz de Maya no llega de inmediato. Se queda en su pecho, flotando, pesada, como si incluso ella dudase de querer pronunciar lo que está a punto de decir.

Y entonces—apenas por encima del volumen de la música, tan suave que tengo que inclinarme para oírlo—

—No juegues conmigo.

Se me para el corazón. No por lo que dice, sino por cómo lo dice. Por el peso. Por el modo en que su voz oscila entre el miedo y la rabia contenida. Por cómo suena a algo que ya ha tenido que decir antes. Por cómo lo siento más en la garganta que en los oídos.

—Maya… —empiezo, con cuidado.

Pero ya está retrocediendo. Un paso exacto. Suficiente para recuperar el aire entre nosotras. Suficiente para enfundarse de nuevo esa armadura que pensé—solo por un momento—que había empezado a quitarse.

Sus hombros se tensan, pero no como quien se endereza con orgullo. Sino como quien se prepara para el golpe. Como si yo fuera el golpe.

—No era eso… —vuelvo a intentar, pero ella alza una mano.

No con brusquedad.

No con dureza.

Solo… lo justo.

—No puedo —dice. Y suena como una puerta cerrándose.

—No si tú no estás segura. No si esto es solo curiosidad disfrazada de ternura.

Se me atraganta la respiración.

—No es eso.

Pero ya está mirando al suelo. A su copa. A cualquier sitio menos a mí.

Y sé—sé—que esto no va solo de esta noche. Va de algo más antiguo. Algo sin cicatrizar. Algo que nunca quise tocar… pero lo hice.

Vuelve a alzar la mirada. Y cuando nuestros ojos se encuentran, los suyos están tranquilos. Pero lejos. Como si ya se hubiera ido por dentro.

—Es solo que… —añade, casi para sí misma—. Tú siempre has tenido esa luz. Y yo…

No termina la frase. No hace falta. Deja la copa sobre la mesa.

Un tintineo suave. Más ruidoso que toda la música.

Y entonces…Se marcha. Sin dramatismos. Sin mirar atrás. Solo un vestido negro deslizándose entre la multitud, silencioso e imposible de no seguir.

Pero no lo hago. No todavía. No esta vez.

Me quedo quieta. Porque ir tras ella ahora sería correr detrás de mi propia confusión. Y si algo he aprendido—sobre todo con chicas que construyen fortalezas con su silencio—es que no quieren que las persigas. Quieren que las veas.

Y yo no puedo hacer eso si salgo corriendo.

Así que me quedo ahí. Con el vino tibio en la mano y el corazón más frío de lo que debería estar. Dejo que el hueco que ha dejado se llene de aire, de pena, de todo lo que estuvimos a punto de ser esta noche.

Y me hago una promesa, clara y callada, justo en ese instante:

Si tengo razón—si ella es la chica de la carta, la que escribió las palabras que nunca dejé de oír— no voy a dejar que se marche otra vez. No así. No ahora que por fin estoy lista para escuchar.

La gente se mueve a mi alrededor como si yo no existiera. Ríen, brindan, se hacen selfies borrosas con personas con las que no han hablado en diez años pero que ahora aseguran que fueron "lo único que me salvó en segundo". Todo es ruido. Ruido de fondo.

Porque la ausencia de Maya llena la sala más que cualquier música.

Me quedo de pie durante un buen rato, mirando el lugar donde estaba hace unos segundos. La mano aún aferrada a una copa que ya no quiero. La boca seca de palabras que no dije lo bastante rápido. O con la suficiente suavidad. O, tal vez, que simplemente no dije.

Al otro lado del salón, alguien inicia una conga. Observo el desfile de personas con las que compartí pasillos, taquillas, miradas fugaces.

Y solo puedo pensar en su voz.

No juegues conmigo.

No era rabia. No del todo. Era miedo, disfrazado de advertencia. Una línea trazada con tiza temblorosa, esperando que no la cruzara… a menos que fuera de verdad.

Y lo soy. Solo que aún no sabía cómo decirlo. Hasta ahora.

Porque ahora… estoy segura.

Llevo semanas girando en círculos. El podcast. Las cartas. Los silencios. Su sarcasmo como andamiaje alrededor de algo frágil que no quería mostrarme. Pensé que quizás estaba idealizando. Romantizando. Reescribiendo el pasado para entender el presente.

Pero ya no dudo más. Sé quién escribió la carta.

No necesito que lo diga. Lo vi en cómo se congeló cuando hice la pregunta equivocada. Lo escuché en ese leve tropiezo de su respiración cada vez que nuestras manos casi se tocaban. Lo sentí en la risa que se le escapó como si llevara diez años escondida.

Era ella. Siempre fue ella. Y ahora que lo sé—de verdad lo sé— no puedo des-saberlo.

Cierro los ojos. Inhalo el aroma a vino barato y recuerdos caros.

Y me hago una promesa a mí misma, callada, honesta, sólida:

No voy a acorralarla. No voy a forzarla. Pero tampoco voy a ignorarlo más.

Porque Maya Bell no es solo la chica que se quedó. Es la chica que me vio antes de que yo me viera a mí misma.

Y no voy a perderla otra vez. No por miedo. No por silencio. No por todo lo que no dijimos cuando teníamos diecisiete años y estábamos aterradas.

Si ella es la chica de la carta—*mi* carta— esta vez pienso responder.

Aunque tenga que hacerlo con los ojos en vez de con las manos. Con verdad en lugar de tinta. Con presencia en lugar de disculpas.

Dejo la copa en la mesa. Camino hacia la salida sin prisa.

Y susurro las últimas palabras, solo para mí: —Y si tengo razón… no la pienso dejar escapar.

11

Maya



Lo que tiene el "casi" es que deja ecos. No hay beso. No hay confesión. Ni una salida dramática bajo la lluvia.

Solo el fantasma de un momento que pudo haber ocurrido. Que *debió* haber ocurrido. Y que, aun así, sigue pegado a tu piel como un perfume horas después.

Volví a casa tras la fiesta de reencuentro con ese fantasma aferrado a mí. Ni siquiera encendí las luces. Solté las llaves, me quité los zapatos, y me quedé de pie en la cocina a oscuras, como si la falta de luz hiciera más fácil sentir algo que no fuera esta sensación de estar desnuda por dentro.

Aún podía oír su risa. Sentir la electricidad suspendida en el aire entre nosotras. Probar el vino que nunca llegamos a brindar. Y, sobre todo, podía notar el peso de lo que no hice.

No me acerqué. No la toqué. No dije nada.

Porque llevo una década evitando la vulnerabilidad como si fuera una enfermedad que ya sobreviví una vez y no pienso volver a contraer.

Pero esta noche… esta noche, el silencio no se sintió seguro. Se sintió como un fracaso.

Me preparé una taza de té que no pensaba beber. Abrí un libro que no pensaba leer. Dejé que el vapor de la tetera empañara las ventanas mientras mi

mente rebobinaba cada respiración compartida al otro lado de una sala medio vacía.

Ella me miró como si supiera. Como si me estuviera preguntando. Y yo no fui capaz de darle lo que se merecía. Ni con la boca. Ni con los ojos.

Pero tal vez… tal vez con las manos. Porque si hay un sitio donde siempre he sabido hablar, es sobre el papel.

Nunca fue solo una carta. Era un mapa. Un espejo. Una forma de decir "aquí estoy" sin temblar delante de alguien que quizás no fuera a decirlo de vuelta. Y quizá aún lo sea.

Así que fui hasta el cajón de mi escritorio. El que no he abierto en años.

Dentro: el borrador original. Doblado tantas veces que está a punto de deshacerse. La tinta desgastada, las esquinas suaves de tanto haberlo tocado en secreto.

No lo releo. Solo lo sostengo. Como si fuera un latido que un día arranqué de mi pecho y quise olvidar.

Luego saco una hoja en blanco. Lisa. Intacta.

Y empiezo a escribir.

No desde el miedo. No desde el arrepentimiento. Sino desde algo más suave. Una necesidad de ser reconocida.

Y esta vez—no pienso dejarla sin firmar.

Hay un tipo muy concreto de silencio cuando estás escribiendo algo que de verdad importa. No es un silencio real. Tiene un zumbido. Presiona contra la piel, esperando ver si vas a encogerte o seguir adelante.

Me siento en el escritorio con una hoja limpia delante y el viejo borrador colocado a cierta distancia, fuera del alcance de la mano. Los dedos me tiemblan un poco, pero no les permito dudar. Elijo el bolígrafo con cuidado—uno azul, como el que usé la primera vez. No por nostalgia. Por continuidad. Por simetría.

No copio. No calco. Empiezo desde cero. Tinta nueva. Década nueva. El mismo corazón.

La primera frase cuesta. No porque no sepa qué decir, sino porque esta vez lo tengo muy claro.

Nunca pensé que volvería a escribirte. No porque no quisiera. Sino porque creía que esta parte de mí estaba enterrada demasiado hondo como para volver a

encontrarla.

Sigo escribiendo. Le cuento lo que recuerdo. No los recuerdos bonitos ni edulcorados. Los reales. Cómo su risa me atrapaba la mirada como si tuviera gravedad propia. Cómo me sentaba dos filas detrás de ella en clase de Lengua fingiendo que dibujaba, cuando en realidad memorizaba la forma en la que se colocaba el pelo detrás de la oreja. Cómo reescribí la carta tres veces antes de dejarla en su taquilla. Cómo casi me desmayé de tanto contener la respiración durante todo ese día.

Y luego— Le cuento lo que pasó cuando la leyó en voz alta. Lo que *eso* me hizo. No para hacerla sentir culpable. No para reprocharle nada. Sino porque merece saber lo alto que puede sonar una risa cuando envuelve tu confesión más frágil.

Escribo despacio. No por inseguridad. Sino porque ahora cada palabra pesa. La verdad es más pesada cuando por fin le das permiso para existir.

No la disfrazo. No me disculpo por haberla querido entonces. Ni por seguir queriéndola ahora.

Porque esa es la cuestión: No estoy escribiendo para cerrar nada. Estoy escribiendo para ver con claridad.

Y cuando llego al último párrafo, mi mano ya no tiembla. El nudo en el pecho ya no es miedo. Es liberación.

Firmo con mi nombre. Sin iniciales. Sin acertijos. Sin muros protectores.

Solo: **Maya.**

Me echo hacia atrás y la leo una vez. No es perfecta. No es poética. No está escrita para impresionar.

Es solo… honesta. Y eso ya es más de lo que fui capaz de ser con diecisiete años.

Doblo la carta con cuidado. Una vez. Luego otra. La meto en un sobre. Lo cierro. Sin pegatinas. Sin perfume. Solo papel, tinta y todo lo que nunca me atreví a decir en voz alta.

La sostengo entre las manos como si pudiera cambiar de forma. Como si pudiera desaparecer si parpadeo demasiado tiempo. Pero no lo hace.

Es real. Y es mía. Y ahora… ha llegado el momento de que sea suya también.

Salgo de casa justo antes del amanecer. No para ser dramática—aunque soy muy consciente de la imagen: una chica con abrigo de lana, un sobre en el bolsillo, el cielo del color exacto del arrepentimiento.

Salgo temprano porque necesito que el mundo esté quieto. Necesito menos ojos. Menos testigos. Menos ruido que me convenza de no hacer lo que ya he decidido hacer.

El sobre va en el bolsillo interior de la chaqueta, pegado al pecho como un segundo latido. Puedo sentirlo a cada paso, como si murmurara: ¿Estás segura? ¿Estás segura? ¿Estás segura?

Las calles están vacías. Las farolas zumban. La panadería de la esquina huele a harina y a sueño.

Y la casa de alquiler de Sofía—la antigua casa de su abuela, la del buzón desconchado y la hiedra que se niega a morir—está tan callada como el resto del pueblo.

Sin luces. Sin movimiento. Perfecto.

Me detengo ante la verja. Ahora tengo la carta en la mano, los dedos apretando el sobre como si en el último segundo fuera a cambiar de opinión y comérmelo.

Pero no lo hago.

Camino por el sendero, con las botas como único sonido. Abro el buzón.

Se resiste un poco. Como si tampoco quisiera formar parte de este momento.

Deslizo el sobre dentro. Con cuidado. Como si pudiera romperse.

No incluyo nada fuera. Ni un corazón. Ni un "léeme". Ni una explicación.

Ella sabrá lo que es. Si quiere. Si está lista.

Doy un paso atrás. Respiro hondo. El aire es afilado, lleno de pájaros que aún no se han decidido a cantar.

Miro al cielo. No sé por qué. Quizá para comprobar si el universo aprueba. Quizá porque necesito que algo más grande que yo sea testigo de lo que acabo de hacer.

El cielo no dice nada. Solo hay gris suave y silencio.

Me parece justo.

No espero. No llamo. No me doy la opción de dudar.

Me doy la vuelta. Y me marcho.

El viento se levanta al cruzar la calle. No sé si es una bendición o una advertencia. No puedo distinguirlo.

Pero mis pasos se sienten más ligeros. No aliviados, exactamente. Solo… honestos. Como si por fin caminara sin llevar a cuestas el peso de mi propio silencio.

Y sí—tengo el pecho encogido. Sí—tengo las manos frías. Sí—me escondería bajo el escritorio a gritar contra un cojín hasta dejar de sentir esto.

Pero debajo del pánico, debajo del eco de *¿qué acabas de hacer?*, hay algo más callado. Algo más parecido a la paz.

Lo he hecho. Lo he dicho.

Sí, lo he puesto por escrito. Pero sigue contando.

Y por una vez… no me estoy escondiendo.

Hay un tipo de náusea muy específico que viene con el acto de ser valiente. No es física, exactamente. Es como si el alma diera un paso adelante, mientras el cuerpo se queda en posición fetal susurrando: *¿pero qué demonios has hecho?*

Estoy sentada en mi cocina, la tetera encendida por tercera vez, sin intención real de hacerme un té. Tamborileo los dedos sobre la mesa. El móvil está boca abajo sobre la encimera. No voy a mirarlo. Me niego a mirarlo.

Porque aún no lo ha leído. Porque tal vez no lo lea nunca. Porque quizá acabo de entregarle la parte más blanda de mí misma a alguien que ya me enseñó lo que se siente cuando no te sostienen.

Me abrazo las rodillas contra el pecho.

La carta ya está ahí fuera. Firmada. Con mi nombre real. Con mi voz real. Sin metáforas ingeniosas. Sin frases tipo *"quizá no va sobre ti"*.

Y no sé qué esperaba sentir… pero esto— Esto se siente como saltar a una piscina por la noche y darte cuenta demasiado tarde de que el agua está helada.

Intento distraerme. Pongo una lavadora. Contesto correos. Riego las plantas que suelo ignorar.

Nada sirve.

Cada pocos minutos, mi mente rebobina el texto. No el suyo—el mío. El nuevo. El que doblé con tanto cuidado. El que aún parecía piel cuando lo metí en el sobre.

Recuerdo cómo me tembló la mano al firmarlo. Recuerdo que no pude respirar durante cinco segundos después.

Y ahora… estoy esperando. Sin decir que estoy esperando. Sin darme el lujo de tener expectativas.

Porque esto no iba de obtener una respuesta. Eso es lo que me repito.

Iba de liberarme.

Excepto que es mentira. Por supuesto que quiero una respuesta. Por supuesto que quiero saber qué sintió cuando vio mi nombre al final. Si lo leyó una vez, dos, diez— Si le temblaron las manos como a mí.

Me acurruco en el sofá con una manta que tengo desde la universidad y me quedo mirando el techo como si fuera a devolverme respuestas.

Fuera, el sol se arrastra por el cielo sin ninguna prisa. Le tengo envidia. Ojalá pudiera ser así: lento, radiante y libre de expectativas.

En cambio, aquí estoy. Con un jersey que no recuerdo haberme puesto, contando las horas desde que dejé la carta en su buzón, como si ese número pudiera salvarme de mí misma.

Seis horas. Y nada.

Quizá no la ha recibido. Quizá sí, y aún está leyéndola. O quizá— Quizá solo me está dejando hundirme en mi propio pánico hasta que me vacíe lo suficiente como para olvidar que alguna vez lo intenté.

Cierro los ojos. Respiro. No para calmarme. Solo para recordarme que todavía puedo hacerlo.

La notificación llega a las 12:14. Estoy sentada en el suelo, apoyada contra la estantería, con una taza de café frío al lado y el corazón perdido en el cesto de la ropa sin doblar.

Cuando el móvil vibra, no lo miro de inmediato. Me he entrenado para no saltar. Para no esperar nada. Para no asumir.

Pero hay algo en el momento—mediodía, sin motivo aparente—que me empuja a mirar.

Un nuevo mensaje. Es de ella. Y ya sé lo que es antes de abrirlo.

Ni siquiera respiro. Desbloqueo la pantalla. Y ahí está:

Una foto. La carta. Desplegada, lisa, apoyada sobre su regazo.

Mi letra. Mis palabras. Mi nombre. Expuestos, aún cálidos de donde ella los ha leído.

Debajo de la imagen, una línea de texto.

La he leído cien veces. Siento muchísimo cómo actué. ¿Podemos hablar?

Eso es todo. Sin emojis. Sin rodeos. Sin evasivas.

Solo verdad, limpia, callada y suave en los bordes.

Y aun así… es suficiente para romperme.

Porque significa que me ha visto. No solo las palabras. A *mí*.

A la chica de diecisiete que las escribió. A la mujer que las reescribió. A la persona que esta mañana se plantó frente a su buzón y dejó su corazón dentro de una caja metálica sin dirección de vuelta.

La ha leído. Más de una vez. Y no se ha reído. No ha huido. No ha respondido con silencio, ni peor aún: con indiferencia cortés.

Ha respondido con ternura. Con arrepentimiento. Con una puerta entreabierta, lo justo para que yo decida si quiero cruzarla.

Sujeto el móvil como si estuviera hecho de algo delicado. No porque tema romperlo. Sino porque me da miedo lo que está sosteniendo dentro de mí.

Leo el mensaje otra vez. Y otra. Cada palabra es como una puntada en un sitio que no sabía que seguía sangrando.

¿Podemos hablar?

No es un gran gesto. No es una declaración épica. No es una disculpa cinematográfica con música de fondo y carreras bajo la lluvia.

Es mejor.

Es real. Y me aterra.

Porque he pasado tanto tiempo construyendo una vida diseñada para no necesitar este tipo de momentos…

Esos en los que alguien te encuentra justo en la herida, y no te exige que la hayas cerrado antes.

Quiero responder. Ahora mismo. Quiero decirle *sí, ya, donde quieras*.

Pero no lo hago. No todavía. No porque tenga miedo de ella.

Sino porque—por primera vez—no tengo miedo de mí misma.

Dejo el móvil sobre la mesa. Cierro los ojos. Siento el temblor que aún me recorre las manos.

Y sonrío. No con valentía. No a lo grande. Solo… de verdad.

Como si, quizás, algo bueno estuviera empezando. Y no tuviera que mendigarlo.

No le contesto. No porque no quiera. No porque esté castigándola. Ni a mí.

Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, siento algo que no necesita una reacción inmediata, ni una armadura, ni una respuesta cuidadosamente medida.

Siento… quietud. Como si hubiese salido de mi propio cuerpo y descubierto que ya no tengo que seguir corriendo.

El móvil descansa en el escritorio. Sin abrir de nuevo. Pero su mensaje flota por la habitación como si estuviera impreso en las paredes. En mi piel. En ese espacio donde antes solo había ecos de lo que nunca me atreví a decir.

Ella ha leído la carta. Me ha visto. Y no ha retrocedido.

Eso basta—por ahora.

Enciendo una vela, no por dramatismo, sino porque el olor a vainilla y bergamota hace que la habitación vuelva a parecer mía. Me siento en el escritorio. No para escribir. No para pensar. Solo para estar.

Eso. Solo eso.

Sin ansiedad arañando detrás de las costillas. Sin espirales dibujadas en los márgenes. Sin cálculos sobre cómo deshacer lo que ya está hecho.

Solo respiración. Y silencio. Y la carta, que ya no está doblada en un cajón esperando pudrirse bajo su propio peso.

Me abrazo las rodillas, con las mangas del hoodie cubriéndome las manos como si aún tuviera diecisiete años y estuviera escondida a plena vista.

Y entonces sonrío. De verdad. Pequeño. Torcido. Pero mío.

Porque, de alguna forma, entre todo el ruido, entre los *casis* y los *todavía no* y los *nunca más*… he dicho la verdad. No solo a ella. A mí. Y no ha destruido nada. Ha liberado algo.

Quizá no todo. Quizá no para siempre. Pero algo.

Recuerdo cómo se sintió escribir la última línea de esa carta. Cómo la tinta se atascó un instante en el bucle de mi nombre. Cómo dudé antes de poner el punto final, como si pudiera estirar un poco más el momento.

Porque eso fue lo que sentí. No un final. Un instante prolongado. Uno que nunca creí que recuperaría.

Pero ahora está ahí fuera. En sus manos. Tal vez en su voz. Seguro en sus pensamientos.

Y no necesito controlar lo que venga después.

Por primera vez, confío en que, pase lo que pase… yo seguiré siendo yo. Y ese *yo* ya no está hecho de puertas cerradas y verdades tragadas.

Vuelvo a respirar. No hondo. No dramático. Solo… sin esconderme.

Porque quizá eso sea lo que significa empezar a amar. No un gran gesto. No el eco de lo que pudo haber sido.

Sino el valor callado de dejarte ver.

Y esta vez, me he dejado.

Quizá mañana le escriba. Quizá le diga que sí.

Pero ahora mismo, esta respiración no le pertenece a nadie más que a mí.

Y eso, de alguna forma, es suficiente.

Quizá porque ya no tengo nada que ocultar. O quizá porque—sin darme cuenta—acabo de darle permiso para volver a verme.

12

Sofía



La carta está sobre la mesa. Desplegada. Quietecita. Como si ahora respirara más tranquila, después de haber sido leída cien veces, quizá más.

Estoy sentada en la cama con las piernas cruzadas, envuelta en el mismo jersey que llevé anoche, como si fuera un escudo que se me ha olvidado que ya no necesito. El móvil está al lado de la carta, con la pantalla apagada. Sin notificaciones. Sin distracciones. Solo silencio. Y su promesa.

Dijo que vendría. Sin aspavientos. Sin emoticonos. Solo: *"Si aún quieres hablar, estaré allí."*

Yo le dije que sí. Y ahora, espero.

Hay una taza de café en el alféizar de la ventana, ya fría desde hace horas. No la he tocado desde que la hice. Huele a algo que se quedó a medias.

La habitación está cálida. Encendí una vela que no necesitaba. Lavanda y algo cítrico que no sé nombrar. Comodidad disfrazada de calma.

Vuelvo a coger la carta. Rozo el borde con los dedos, como si pudiera hacerse añicos si la aprieto demasiado.

"No era solo una carta. Era todo lo que no podía decir en voz alta. Todo lo que era. Todo lo que esperaba que algún día vieras, aunque no pudiera decírtelo con los ojos."

He leído esa frase al menos una docena de veces. Cada vez me corta y me cose a partes iguales.

No tenía ni idea. Y, a la vez… una parte de mí siempre lo supo.

Llaman a la puerta. No con fuerza. Tampoco con duda. Solo… con presencia.

Me levanto demasiado deprisa. El cuerpo me da un respingo, como si hubiese estado fingiendo descanso.

Un paso. Luego otro.

No me miro al espejo. No me arreglo el pelo. No repaso nada. Abro la puerta.

Y ahí está. Maya Bell. La chica de la carta. La mujer del silencio. La versión de ella que, por fin, no ha salido corriendo.

Se parece exactamente a sí misma. Salvo por la forma en que está de pie, como si pudiera romperse con un cambio de viento.

No nos abrazamos. No sonreímos. Solo… nos miramos.

De verdad. Nos *vemos*.

Y por primera vez desde que tenía diecisiete años, entiendo lo que significa que alguien te mire sin esperar nada. Sin defensas. Sin fingir ser más—ni menos—de lo que eres.

Me hago a un lado. Ella entra. Y la puerta se cierra a nuestra espalda con el clic más suave que he oído nunca.

No se sienta enseguida.

Maya se queda de pie en medio de la habitación, como si estuviera intentando memorizar el plano antes de pisar cualquier mina emocional. No la presiono. Solo camino despacio hacia la mesa pequeña donde descansa la carta, existiendo en silencio entre nosotras, como una especie de testigo. No la recojo esta vez. Ya le he dicho todo lo que necesitaba decirle a esas páginas.

Ahora se trata de ella.

Maya por fin se sienta en el sillón junto a la ventana, con una delicadeza que parece dictada por los huesos, como si su cuerpo llevara algo frágil dentro. Las manos apoyadas en las rodillas. La mirada clavada en la estantería. Los hombros ligeramente encorvados.

Todo en su lenguaje corporal dice: *Estoy aquí, pero no sé cómo quedarme.*

Yo me siento frente a ella. El silencio no es cómodo. Tampoco es hostil. Es… denso. Como si contuviera todas las versiones que hemos sido la una para la otra y no supiera qué hacer con ese peso.

Espero unos segundos. Y entonces lo digo:

—Gracias. Por la carta.

Se estremece. Apenas. Pero luego asiente. No deprisa. No como si fingiera. Solo una vez.

Y algo en la sala se afloja. Muy poquito. Pero se afloja.

Mantengo la voz baja. No sé muy bien por qué. Tal vez porque cualquier sonido más alto rompería este puente frágil que estamos intentando construir.

—La he leído… muchas veces.

—Me lo imaginaba.

Su tono no es frío. Es prudente. Como si cada sílaba tuviera que pasar una prueba de resistencia antes de salir.

—No me la esperaba —admito—. No así. No de ti. No ahora.

Por fin me mira. Esos ojos. Los que nunca se atrevían a mirarme de frente en el instituto. Los que siempre se escapaban. Y que nunca entendí que estaban esperando ser vistos.

—Yo tampoco esperaba escribirla —dice—. Pero no escribirla… dolía más.

Asiento. Conozco ese tipo de dolor. El que se te enquista en el pecho hasta que decides sacarlo o dejar que gane.

—Has venido —digo.

—Estuve a punto de no hacerlo.

—Lo sé.

—Pero quería.

No lo dice como una confesión. Lo dice como una verdad que, por fin, se permite creer.

Hay otra pausa. Esta es más suave. Más redonda. Como si, por fin, el silencio no nos estuviera atacando, sino envolviendo.

Miro la taza de café en el alféizar.

—¿Quieres…?

—No —responde enseguida. Y añade, con un hilo de voz—: Gracias, de todas formas.

Sonreímos al mismo tiempo. Una sonrisa pequeña. Compartida. Cansada. Pero sincera.

Algo se mueve. Muy poco. No lo suficiente para borrar la distancia. Pero sí para empezar a recorrerla.

Pienso en todas las frases que había ensayado. En todas las formas ingeniosas que imaginé para abrir esta conversación. Y las dejo ir. Porque ahora ya no importan.

No estamos actuando. Somos dos personas. En una habitación. Intentándolo.

Nos quedamos así durante un rato largo. Sin móviles. Sin excusas. Solo el aire, denso, antiguo, expectante.

Entonces, Maya habla. En voz baja. Casi sin mirar.

—La escribí en el baño de la segunda planta —dice—. El que está junto al laboratorio viejo. La luz parpadeaba. Me acuerdo de eso. La puerta no cerraba bien.

Se ríe por lo bajo. No porque sea gracioso. Sino porque parece irreal.

—La escribí en la parte de atrás de un examen de literatura suspenso. Recuerdo pensar que tal vez sería poético. O irónico. O simplemente más fácil de destruir si me arrepentía.

Escucho. No porque crea que tengo derecho a hacerlo. Sino porque, por fin, ella está dispuesta a contarlo.

—No sabía lo que estaba haciendo —añade—. Solo sabía que tenía que decir algo. Aunque no pudiera ver tu cara al leerlo. Aunque tú no supieras que era yo.

La voz le tiembla un poco. No mucho. Lo justo para que la mía se quede en silencio.

—La leí —susurro—. La leí dos veces antes de decir nada.

Asiente, como si ya lo supiera. Como si le hubiera perseguido esa duda en todos los silencios intermedios.

—Pensé que te estabas burlando —dice—. Cuando te reíste. Cuando tus amigas…

—Me reí —la interrumpo, con suavidad—. No porque fuera gracioso. Sino porque me entró el pánico.

Maya parpadea. Pero no aparta la vista.

—Tenía diecisiete años y estaba asustada y era idiota —continúo—. Nunca me habían… visto así. No de una forma que no pareciera una actuación. Y me dio miedo. Así que me reí. Porque eso es lo que hacía cuando no sabía cómo sentirme.

Se recuesta un poco, exhalando por la nariz.

—No fui lo bastante valiente para buscar a quien la había escrito —añado —. Y, con el tiempo, me convencí de que quizá no había significado tanto como pensé. O de que tal vez… me lo había inventado.

—Significó todo —dice ella.

Y en ese momento lo sé. Las dos llevamos una década sosteniendo mitades distintas del mismo recuerdo. Cada una creyendo que era la villana en la historia de la otra.

—Lo siento —digo. No con dramatismo. No para arreglarlo. Solo porque… lo siento.

Maya traga saliva. Los ojos le brillan, pero no se desbordan.

—Yo también —responde—. Por esperar que supieras algo que nunca te dije.

La miro. La miro de verdad.

No es la chica que recuerdo—la que murmuraba detrás de los libros, la que lanzaba miradas fugaces creyendo que nadie la veía. Ahora tiene otra presencia. Más firme. Más suave en los bordes. Más afilada en lo que importa.

Pero esa expresión—mitad escondida, mitad esperanzada— esa sí que me resulta dolorosamente familiar.

—No te vi entonces —susurro—. Pero ahora sí.

Esta vez, no se encoge. Asiente. Una vez. Y basta.

Las manos de Maya siguen juntas en su regazo, pero los hombros han bajado. Solo un poco. No está relajada. No está abierta. Pero ya no parece dispuesta a salir corriendo.

Es más de lo que me atrevía a esperar.

—Quise contestarte —digo, con la voz casi estable—. Entonces. Pero no sabía cómo responder a algo que parecía venir de un mundo distinto al mío.

Sus ojos se posan en los míos. No con reproche. Con curiosidad.

—Pensaba todo el tiempo —sigo—: ¿Y si escribo lo equivocado? ¿Y si digo demasiado? ¿O demasiado poco? ¿Y si me equivoco y ni siquiera era para mí?

La boca de Maya se curva apenas en una sombra de sonrisa.

—Siempre fue para ti.

—Y yo no sabía cómo sostener eso.

Hay una pausa. Pero esta no duele.

—Lo siento —repito, más despacio esta vez—. No solo por reírme. También por todas las veces que no te vi. Por cada momento en que pasé de largo sin saber lo que me estaba perdiendo.

Ella asiente. Luego se inclina un poco hacia delante.

—No quería que te disculparas —dice—. No del todo. Solo… quería dejar de sentirme como un fantasma cada vez que pasaba cerca de ti.

Se me cierra la garganta. Pero no huyo.

—Estoy cansada de ser un eco —añade.

Y no hay dramatismo en su voz. Solo verdad. Seca. Simple.

Alargo la mano por encima de la mesa, sin pensarlo. Mis dedos rozan los suyos.

Ella no se aparta. Yo no aprieto.

Solo dejo que mi mano repose ahí.

Una pausa. Una respiración. Una elección.

Maya mira nuestras manos. Luego vuelve a mirarme. Sus ojos ya no están tensos. No están vacíos. Hay calor. El tipo de calor que titila antes de convertirse en llama.

—No era solo una carta —dice en voz baja—. Era todo lo que no podía decir. Todo lo que pensaba que tenía que tragarme. Tú eras esa… cosa brillante. Y yo no sabía cómo acercarme sin quemarme.

—No era para tanto —murmuro.

—Para mí sí.

Silencio otra vez. Pero ahora es distinto. No es un muro. Es una manta.

—Quiero saber quién eres ahora —digo.

Maya suelta el aire despacio. Como si esas palabras hubieran abierto algo que no sabía si se podía abrir.

Se recuesta en el sillón, sin apartar la vista de mí.

—Bueno —dice, con una sonrisa apenas insinuada—, sigo usando bolígrafos azules. Sigo escribiendo en la parte de atrás de cosas que no debería. Pero ya no los muerdo.

Me río. Y suena a aire por fin entrando.

No estamos curadas. No estamos completas. Pero algo se ha movido.

Ella deja que sus dedos giren en los míos, enlazando solo uno. Y en ese gesto tan pequeño y tan intencionado, lo siento—

La historia empieza de nuevo. Esta vez, con las dos dentro.

No sé quién se inclina primero. Es una de esas cosas que no se pueden medir ni por centímetros ni por tiempo. Solo un impulso hacia el centro, igual, mutuo, aterrador en el mejor sentido.

No hay prisa. Llevamos diez años girando en torno a este momento. Tenemos derecho a tomárnoslo con calma.

Sus ojos bajan a mi boca, una vez. Los míos siguen en los suyos.

No hay música. No hay luces perfectas. Solo el sonido de la respiración y el rumor de algo demasiado constante como para ser miedo.

Le cojo la mano, esta vez entera. Ella me la da.

Nuestros dedos se enredan como si ya lo hubieran hecho antes. Tal vez no en la realidad. Pero sí en sueños, o en cartas, o en recuerdos que se negaron a desvanecerse.

Me detengo. Ella no se aparta.

Sus labios se entreabren, apenas. No es una invitación. Es una respuesta.

Y eso es todo lo que necesito.

Cuando nos besamos, no es como fuegos artificiales. Es como calor. Como una puerta que se abre en una mañana fría. Como algo pequeño y verdadero que florece justo donde antes solo había silencio.

Su boca es suave. Cauta. No porque no quiera esto. Sino porque lo quiere. Y quiere cuidarlo.

Inclino un poco la cabeza. Su mano encuentra mi cintura. Mi pulgar roza la línea de su mandíbula.

Nos quedamos así—unidas, respirando en la forma de algo real—más tiempo del que habría imaginado.

Y cuando nos separamos, no es porque se haya acabado el momento. Es porque, por fin, estamos lo bastante seguras para detenernos sin miedo a desaparecer.

Maya me mira como si me viera por primera vez. Pero esta vez, sin capas de ruido ni dudas ni desvíos adolescentes.

Yo sonrío. Ella también. Pequeña. Torcida. Pero llena de algo que no tuvimos entonces: elección.

No decimos nada. No hace falta.

Apoyo la frente contra la suya. Cierro los ojos. Dejo que el silencio se estire entre nosotras como un puente que, por fin, podemos cruzar.

Ella exhala. Insegura, pero firme. Mi pulgar dibuja una línea tras su oreja.

Y pienso—esto es lo que debía sentirse así.

No una actuación. No una confusión. No miedo disfrazado de coqueteo.

Solo… esto.

Maya se aparta un poco, pero no rompe el contacto visual.

Cuando habla, su voz es apenas un susurro.

—Gracias por esperar.

Asiento. Y pienso en todo lo que no dije con diecisiete años. En las palabras que enterré por miedo. En las que no supe reconocer, ni siquiera cuando estaban escritas solo para mí.

Esto no es una segunda oportunidad. Es otra cosa.

Es nuevo. Y es real.

Terminamos en el suelo. No porque la cama fuera demasiado formal o las sillas demasiado rígidas. Sino porque este era el sitio que se sentía más honesto. Más nuestro. El tipo de lugar donde puedes estar sin fingir nada.

Maya tiene la espalda apoyada en la pared. Yo también. Nuestros hombros se rozan, no todo el tiempo, pero sí lo suficiente como para recordar que no estamos solas.

Entre las dos, en el suelo, está la carta. La dejó allí cuando nos sentamos. Con cuidado. Como si fuera a la vez reliquia y ofrenda.

Ninguna la ha vuelto a tocar. Pero no hace falta releerla.

Ya la hemos vivido.

Sus dedos juegan con el borde de la manga. Los míos siguen la costura de mis vaqueros. Es el tipo de silencio que no pide ser llenado. Solo… permite.

Fuera, el cielo empieza a volverse blando. Ese azul pálido antes del anochecer que hace que todo parezca a punto de recordarse a sí mismo.

Dentro, solo hay respiración. Y calor. Y la quietud increíble de, por fin, haber llegado al sitio donde tenías que estar.

Maya se gira un poco hacia mí, con las rodillas encogidas. El pelo le cae sobre la cara y no se lo aparto. Quiero hacerlo. Pero no. Todavía no.

En lugar de eso, la observo mientras sus dedos se deslizan hacia la carta.

Toca una esquina con la yema de dos dedos. No la levanta. Solo la roza.

—Pensé que esta parte sería la más difícil —dice en voz baja.

—¿Cuál?

—Decirlo. Soltarlo.

—¿Y lo es?

Se lo piensa un segundo. Luego niega con la cabeza.

—No. Ya no.

Pausa.

—Creo que lo más difícil era pensar que nunca volverías a mirarme igual.

Entonces sí la miro.

Y digo lo único que me parece lo bastante cierto.

—No lo hago.

Parpadea.

—No te miro igual —repito—. Porque yo tampoco soy la misma. Porque ahora veo todo lo que me perdí. Y no quiero volver a perdérmelo.

Cierra los ojos solo un segundo. Cuando los abre, está sonriendo. Y no es una sonrisa insegura. Es real. La clase de sonrisa que ocupa el espacio donde antes vivía el miedo.

Nos quedamos así, quietas. Calladas. Cerca.

Ella apoya la cabeza en la pared. Yo también. Nuestros brazos se tocan, ya sin esfuerzo.

Y en algún momento entre el antes y el ahora, dejamos de necesitar ponerle nombre a esto.

Porque ya no va sobre la carta. Va sobre todo lo que viene después.

Miro la hoja entre nosotras. Doblada. Leída. Dicha.

Y entonces, sin pronunciarla, digo la última frase del capítulo. La que solo yo puedo oír. La que sabe que algo ha cambiado para siempre:

"Supongo que no era solo una carta. Era un destino. Y por fin... he llegado."